



Guerra y Revolución en España

historias
DESDE
abajo

Valeria Ianni

historias
DESDE
abajo

Los monopolios mediáticos de la (in)comunicación recrean día a día la hegemonía de la historia oficial. Hartos de esos discursos globalizados y apologéticos, necesitamos nadar contra la corriente y recuperar la tradición revolucionaria. ¡Basta ya de aplaudir a los vencedores! ¡Basta ya de legitimar lo injustificable! Frente a la historia oficial de las clases dominantes, oponemos una historia radical y desde abajo, una historia desde el ángulo de los masacrados, humilladas y desaparecidos.

En cada acontecimiento de la historia contemporánea se esconden la guerra de clases, la lucha entre la dominación y la rebelión; entre el poder, la resistencia y la revolución. Cada documento de cultura es un documento de barbarie. Debajo de la superficie, laten y palpitan las rebeldías de los pueblos sometidos, la voz insurrecta de las clases subalternas, los gritos de guerra de las explotadas y los condenados de la tierra.

Esta colección, de autores jóvenes para un público también joven, pensada para las nuevas generaciones de militantes y activistas, se propone reconstruir esas luchas pasándole a la historia el cepillo a contrapelo. La contrahegemonía es la gran tarea del siglo xxi.

COORDINADOR DE LA COLECCIÓN: NÉSTOR KOHAN

Guerra y Revolución en España

VALERIA IANNI



Una editorial latinoamericana

Diseño de la cubierta David Alfonso

Edición: Ana María Muñoz Bachs

Derechos © 2008 Valeria Ianni

Derechos © 2008 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-921235-80-1

Library of Congress Control Number: 2007931784

Primera edición 2008

Impreso en México por Quebecor World S.A., Querétaro

PUBLICADO POR OCEAN SUR

OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

México: Juan de la Barrera N. 9, Col. Condesa, Del. Cuauhtémoc, CP 06140, México D.F.
E-mail: mexico@oceansur.com • Tel: (52) 5553 5512

EE.UU.: E-mail: info@oceansur.com

Cuba: E-mail: lahabana@oceansur.com

El Salvador: E-mail: elsalvador@oceansur.com

Venezuela: E-mail: venezuela@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Cartago Ediciones S.A. • E-mail: ventas@e-cartago.com.ar

Australia: Ocean Press • Tel: (03) 9326 4280 • E-mail: info@oceanbooks.com.au

Chile: Editorial "La Vida es Hoy" • Tel: 2221612 • E-mail: lavidadeshoy.chile@gmail.com

Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: ediciones@izquierdaviva.com

Cuba: Ocean Sur • E-mail: lahabana@oceansur.com

Ecuador: Libri Mundi S.A. • Tel: 593-2 224 2696 • E-mail: ext_comercio@librimundi.com

EE.UU. y Canadá: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com

El Salvador y Centroamérica: Editorial Morazán • E-mail: editorialmorazan@hotmail.com

Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com

México: Ocean Sur • Tel: 5553 5512 • E-mail: mexico@oceansur.com

Venezuela: Ocean Sur • E-mail: venezuela@oceansur.com



www.oceansur.com

www.oceanbooks.com.au

VALERIA L. IANNI (1977) es historiadora de la Universidad de Buenos Aires (UBA) e Investigadora del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas).

Ha trabajado como maestra de escuela e investigadora del PIMSA (Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina). Integró el colectivo barrial Vecinos por la Memoria, la Verdad y la Justicia, que denunció la existencia de los campos de concentración de la dictadura militar argentina. Además de varios artículos académicos, ha publicado el libro *La guerra civil española para principiantes*.

Índice

INTRODUCCIÓN ¿POR QUÉ ESTUDIAR LA GUERRA Y LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLAS HOY?	1
ESPAÑA ANTES DE LA REPÚBLICA	
España en las primeras décadas del siglo xx	5
Las organizaciones obreras en las primeras décadas del siglo xx	6
La crisis de posguerra	8
La respuesta a la crisis en España: dictadura de Primo de Rivera	13
LA REPÚBLICA ESPAÑOLA	
La instauración de la II República española	19
Las posiciones frente a la República	22
El «Bienio Reformador» (1931–1933)	26
Oposiciones al Bienio Reformador por derecha y por izquierda	32
El «Bienio Negro» (1933–1935)	34
La insurrección de Asturias (octubre de 1934)	36
El Frente Popular	40
La organización del golpe de Estado contra la República	46

GUERRA Y REVOLUCIÓN EN ESPAÑA	
El golpe del 18 de julio de 1936	51
La resistencia y el fracaso del golpe	53
La Revolución española	60
La participación internacional y la «Guerra Civil»	70
La centralización del poder en el campo republicano	77
La organización política nacionalista	82
La defensa de Madrid: ¡No pasarán!	83
Vivir en guerra	86
Los primeros meses de 1937	94
Crisis en la alianza antifascista	99
El avance nacionalista en el Norte	104
La República abandonada	107
La batalla del Ebro	110
Las últimas batallas	114
ESPAÑA DESPUÉS DE LA GUERRA	
La imposición de un proyecto de sociedad de largo plazo	121
La Guerra Civil española como primera etapa de la Segunda Guerra Mundial	128
A pesar de todo, la lucha sigue...	130
La Guerra Civil española hoy	132
CRONOLOGÍA	135
BIBLIOGRAFÍA	141



CONTEXTO LATINOAMERICANO

Una revista de Ocean Sur

www.contextolatinoamericano.com
f ContextoLatinoamericano

La versión digital de Contexto Latinoamericano actualiza semanalmente cada uno de sus espacios dedicados a la actualidad, la opinión y el debate, al tiempo que ofrece una síntesis diaria del acontecer noticioso en América Latina y el Caribe.

PROYECTO EDITORIAL CHE GUEVARA

www.cheguevaralibros.com
f LibrosCheGuevara

Los títulos publicados en español e inglés propician el conocimiento de la vida, el pensamiento y el legado del Che a través de un ordenamiento temático por medio del cual se accede íntegramente a sus múltiples facetas.



Introducción

¿Por qué estudiar la guerra y la Revolución españolas hoy?

Han pasado ya muchos años de la Guerra Civil (1936–1939) y la Revolución en España. La España de hoy, plenamente inserta en el llamado Primer Mundo, parece tener poco que ver con aquella de los años treinta. A primera vista puede no mostrar muchos puntos de contacto con el país que padeció la larga dictadura de Francisco Franco. Fuera de las fronteras ibéricas, el mundo actual aparece como muy diferente de aquel que salía de la Primera Guerra Mundial (1914–1918) y estaba por entrar en la Segunda (1939–1945).

Pero si España no es ya el país que era, si el mundo de hoy es radicalmente distinto del de aquella época, entonces, ¿cuál es el sentido de estudiar la Guerra Civil española hoy? Se podría responder que siempre es importante conocer el pasado, y esto tendría parte de verdad. Pero el riesgo está justamente en convertir la lucha de tantos hombres y mujeres en un pasado sin vida.

En cambio, si nos acercamos a este pasado abandonando la fría y mentirosa «neutralidad», el panorama cambia. Cuando revivimos la lucha de tantos obreros, campesinos, estudiantes, maestros, poetas, artistas; cuando aparecen en primer plano los enemigos a los que debieron enfrentarse y los aliados

que consiguieron entre otros pueblos del mundo; cuando nos acercamos a las transformaciones propuestas y concretadas..., cuando hacemos este esfuerzo, la Guerra Civil y la Revolución españolas empiezan a mostrar importantes líneas de continuidad, similitudes y conexiones con el presente.

Para todos los que, desde una u otra tendencia política o ideológica, creemos que la injusticia capitalista que se ensoberbece sobre el mundo tiene solución, la experiencia del pueblo español con su Guerra y su Revolución es una fuente inagotable de aprendizaje. Con sus victorias y sus derrotas, con sus grandes aciertos y sus errores, la Guerra y la Revolución españolas siguen ofreciendo valiosísimas enseñanzas para conocer los problemas que aún hoy están sin resolver.

ESPAÑA
ANTES DE LA
REPÚBLICA

OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL
LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional. Ocean Sur es un lugar de encuentros.



España en las primeras décadas del siglo xx

Muy lejos ya del Siglo de Oro (xvi), durante el cual fue vanguardia de la expansión mundial, la España del siglo xx se destaca por el peso de estructuras y relaciones arcaicas. En el plano económico, la actividad agrícola sigue teniendo un peso preponderante y su forma de explotación es eminentemente tradicional. Los dueños de las tierras son en muchos casos herederos de antiguos señores feudales que, sobre todo en las provincias del Sur, tienen grandes latifundios trabajados por jornaleros a cambio de un salario de hambre. En regiones donde pervive aún la pequeña propiedad, los procesos de endeudamiento hacen que muchos campesinos se vean obligados a combinar su actividad tradicional con trabajos para otros. La falta de perspectivas hace que una gran cantidad de hijos de estas familias campesinas abandonen sus casas, para emigrar a las ciudades o hacia América en busca de mejor suerte.

La Iglesia, por su parte, sigue gozando del monopolio de la educación, del registro de nacimientos, matrimonios y defunciones. Ni las reformas religiosas del siglo xvi, ni los procesos de separación entre Iglesia y Estado del siglo xix, que tuvieron lugar en Europa, han modificado en lo fundamental el papel de esta institución en España. En pleno siglo xx mantiene su poder «espiritual» acompañado, como de costumbre, de un enorme poder «material»: recibe dinero del Estado, es propietaria de tierras e industrias, y tiene grandes activos en distintos Bancos.

En el mismo sentido, la monarquía sigue gobernando, y las restricciones a la participación política de las mayorías están a la orden del día. Las conspiraciones y golpes, encabezados casi siempre por sectores de un ejército superpoblado, no redundan en una ampliación real de la ciudadanía. Hasta el intento más avanzado en este sentido, la instauración de la I República en 1873, ha fracasado.

Todo lo anterior no significa en modo alguno que España estuviera aislada del mundo circundante. Aunque en una posición subordinada, la integración de España al mercado mundial no es un fenómeno nuevo. Existe una burguesía local y, desde fines del siglo XIX, capitales extranjeros, sobre todo ingleses, crean e invierten en ramas industriales. Al calor de este desarrollo industrial crece el proletariado. Hacia 1930, sobre un total de 8 000 000 de personas en edad de trabajar, la mitad está obligada a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario para poder subsistir. De ellos, 2 000 000 son obreros industriales y 2 000 000 jornaleros (obrerros rurales). Cerca de 1 500 000 de campesinos destinan parte de su tiempo a trabajar por un salario, y del millón de artesanos, muchos están en una situación similar.

Las organizaciones obreras en las primeras décadas del siglo XX

Desde fines del siglo XIX, y más aún desde comienzos del XX, los obreros luchan y se organizan. La burguesía y los terratenientes responden con la represión de las fuerzas armadas. Dos tendencias político-ideológicas se delinean dentro del movimiento obrero en esta etapa: el socialismo y el anarquismo.

Con medios distintos, ambas impulsan una transformación de la sociedad en beneficio del pueblo.

Socialistas y anarquistas llevan adelante una gran tarea cotidiana para elevar la cultura a través de bibliotecas, conferencias, círculos de lectura, escuelas de formación, obras de teatro, salidas al aire libre... Tanto el anarquismo como el socialismo promueven también la organización de los obreros en sindicatos y centrales sindicales. Sin embargo, estas dos tendencias presentan entre sí importantes diferencias.

El Partido Socialista Obrero Español (PSOE), creado en 1879, tiene un programa considerablemente moderado centrado en promover reformas que amplíen la participación política y, a través de ella, la participación económica de los trabajadores. Es decir, activa la participación en la contienda electoral para conseguir, desde el interior de las instituciones de Gobierno, mejoras para los obreros. Sin embargo, en un país de monarquía tradicional como era España, esta estrategia se parecía más a la colaboración que a la confrontación con esos órganos opresivos. Así, en 1890, la monarquía promulga una ley electoral, al mismo tiempo que tienen lugar varias huelgas. Ante esta situación, el PSOE participa en las elecciones parlamentarias y condena el uso de la huelga como instrumento de lucha política. Los anarquistas, en contraposición, condenan cualquier participación política, por considerar que esta siempre lleva en sí algún modo de opresión. Si los anarquistas son anticlesiásticos, también son profundamente antiestatistas.

Estas diferencias también se manifiestan en torno a la forma de organización sindical y a los medios de lucha propuestos. Mientras la Unión General de Trabajadores (UGT), creada por el PSOE en 1888, promueve la organización centralizada de sindicatos por rama de actividad industrial, los anarquistas se abocan a la formación de sindicatos por oficio, federados en

una central, pero no respondiendo a una dirección centralizada. Consideran esto contrario a la autodeterminación que debe mantener cada sindicato. Con este espíritu, en 1910 forman la Central Nacional de Trabajadores (CNT). Al condenar cualquier participación en el Estado, elecciones incluidas, los anarquistas ponen como forma de lucha básica la huelga general. Conciben esta forma de acción directa como un medio tanto para obtener reivindicaciones inmediatas (mejoras salariales, en las condiciones de trabajo, etcétera) como para iniciar una insurrección general que alcance la meta final: destruir el capitalismo y su Estado. Por el contrario, la línea de la UGT propone la implantación de convenios colectivos que regulen y reglamenten la relación patrón-obreros que el Estado garantiza.

No es casual que en una realidad como la española, donde la Iglesia y la monarquía mantienen su poder, haya sido el anarquismo la tendencia con mayor arraigo entre los obreros en las primeras décadas del siglo xx. Solo 7 años después de su fundación, la CNT cuenta con 1 000 000 de afiliados, la mayor parte de los cuales es de la industrial Cataluña. La falta de vinculación entre la línea de reformas progresivas y pacíficas con la realidad de España se refleja también en el desarrollo de una línea más radical dentro del mismo PSOE, ligada a la Federación Nacional de Juventudes Socialistas de España.

La crisis de posguerra

El triunfo de la revolución proletaria en Rusia según Antonio Gramsci (1891–1937), intelectual y militante comunista italiano, la primera posguerra, abre un largo período de crisis. No solo la economía debe enfrentar depresiones y dificultades, sino que la crisis de dominación de la burguesía abre el terreno

para que el proletariado dispute el poder (Gramsci: *Notas sobre Maquiavelo*).

Es un período de grandes cambios dentro del movimiento obrero internacional. La línea socialdemócrata sostenida por la II Internacional de Trabajadores entra en una severa crisis. No ha luchado con firmeza contra la guerra interimperialista que ha costado la vida de 20 000 000 de personas, la mayoría de origen obrero y campesino. En contraste con esto, en 1917 ha triunfado en Rusia una estrategia opuesta a la de buscar reformas progresivas dentro del orden vigente, política imperante en la II Internacional. Los obreros y los campesinos rusos dirigidos por el Partido Bolchevique con una estrategia revolucionaria insurreccional convierten la guerra imperialista en guerra civil. Vuelven las armas en contra de los terratenientes y capitalistas rusos, y forman su propio ejército, el Ejército Rojo. Al mismo tiempo, obreros, soldados y campesinos crean sus propios órganos de poder revolucionario: los soviets (asambleas). Allí ellos, el pueblo mismo, toman y ejecutan las decisiones. Rusia se convierte en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

El triunfo socialista en Rusia, eslabón débil del capitalismo, obliga también a revisar la tesis tradicional de que la revolución proletaria debía comenzar en un país altamente desarrollado. El gobierno soviético de obreros y campesinos derroca a los zares e instaura una república, realiza la reforma agraria, universaliza los derechos de participación política, o sea, lleva adelante reformas y tareas que en los países pioneros de la Revolución Industrial había realizado la burguesía. Pero junto con estas transformaciones emprende otras destinadas directamente a la construcción del socialismo: abolición de la propiedad privada de los medios de producción, control obrero de los lugares de trabajo, nacionalización de la banca, monopolio del comercio exterior.

La ruptura de los bolcheviques con la tendencia representada por la socialdemocracia culmina con la formación de una nueva Internacional: la III Internacional de Trabajadores o Internacional Comunista (IC), también conocida por su abreviación en ruso, KOMINTERN. La IC convoca a los obreros del mundo a organizar sus propios Partidos Comunistas para enfrentar las nuevas tareas que abre el proceso revolucionario iniciado en Rusia.

El ejemplo de Rusia es especialmente ilustrativo para la España de aquella época. Si bien las pervivencias feudales y autocráticas eran mucho más fuertes en Rusia que en España, es cierto que tampoco esta última estaba dentro de la vanguardia del desarrollo capitalista. En 1921, sectores que provienen de la UGT y de la CNT confluyen en la creación del Partido Comunista Español (PCE), que desde su inicio cuenta con las Juventudes Comunistas. No obstante, durante su primera década de existencia, el PCE no logra una amplia adhesión entre las masas.

Las alternativas ante la crisis mundial como decíamos, la posguerra obliga a las clases dominantes a impulsar reformas económicas y, ante todo, a encontrar nuevas formas de dominación política que respondan a los nuevos tiempos. El triunfo obrero en Rusia viene a profundizar el descrédito en que ha caído la burguesía liberal, con sus instituciones, sus valores y su modo de vida. La idea de que el liberalismo equivale a progreso queda muy cuestionada luego de una guerra tan cruenta como la de 1914–1918.

Por otro lado, el proletariado tampoco ha logrado convertir su victoria rusa en victoria mundial. El ciclo revolucionario abierto en 1917 llega a su fin en la primera mitad de la década de 1920. No se logran triunfos similares en el resto del mundo. Tampoco en la desarrollada Alemania, donde se centran las mayores expectativas de los bolcheviques. Allí, la «Revolución

«Espartaquista» es derrotada a sangre y fuego en enero de 1919. El gobierno de coalición en el que participa la socialdemocracia reprime la insurrección y ejecuta a sus líderes, entre los que se encuentran Rosa Luxemburgo (1871–1919) y Karl Liebknecht (1871–1919), militantes de primera línea. En Hungría, la revolución encabezada por Béla Kun (1886–1936) luego de tomar el poder y realizar importantes transformaciones, resulta derrotada. Durante 1919 y 1920, los obreros de Turín (norte de Italia) forman consejos de fábrica en un intento revolucionario que es también aplastado.

El resultado del fin de este ciclo es doble: por un lado la URSS queda aislada; por otro, fracciones de las clases dominantes perciben que los métodos tradicionales de acallar al enemigo han dejado de ser efectivos. Durante el período que va desde la Primera hasta la Segunda Guerra Mundial, es decir, entre 1918 y 1939, surgen en diversos países movimientos de derechas de nuevo tipo.

En Italia, Benito Mussolini (1883–1945) forma en 1919 las Fases de Combate. Sus «camisas negras» van ganando el apoyo de las clases dominantes al atacar a las organizaciones campesinas y a los obreros socialistas y comunistas. Tres años después, crea el Partido Nacional Fascista. La combinación que logra es original: un partido de masas para defender el orden social vigente. Pequeños patronos, artesanos y campesinos medios que están perdiendo sus propiedades son su fuente principal de reclutamiento.

Para la misma época, exactamente en 1920, grupos nacionalistas alemanes crean el Partido Nacionalsocialista Alemán del Trabajo, a partir del pequeño Partido Obrero Alemán. Uno de sus líderes es Adolf Hitler (1889–1945). El Partido Nazi, al igual que su par italiano, tiene sus símbolos identificatorios, sus órganos de propaganda y su brazo armado: la sección de asalto,

o SA. El crecimiento de la influencia del partido nazi está en relación directa con la profundidad de la depresión y el desastre económico de posguerra, agravados en Alemania por las onerosas reparaciones que les imponen los vencedores.

Hacia finales de la década del veinte, tras una breve recuperación, el capitalismo mundial entra en una de las peores crisis de su historia. Con hondas raíces económicas la crisis se manifiesta en todas las esferas de la vida social. La sobreproducción y desvalorización de los capitales se convierten en un freno para la acumulación. Su consecuencia más directa es la baja brutal de la actividad económica. Muchos capitalistas van a la ruina, y otros optan por «liquidar» sus empresas. Esto provoca el crecimiento abismal de la desocupación: miles y miles de obreros quedan en la calle sumidos en una desesperante pobreza.

Como siempre, para los capitalistas y sus aliados la salida de la crisis se basa en aumentar la explotación de los obreros. El enorme crecimiento de la masa de desempleados lleva a que, acuciados por el hambre, muchos acepten trabajar más por un menor salario. Esta salida individual se ve contrapesada por la existencia de fuertes organizaciones obreras, políticas y sindicales, consolidadas a lo largo de varias décadas.

Las clases dominantes no están dispuestas a tolerar ningún tipo de acción de los obreros en un momento de malos negocios y quiebras generalizadas. Se vuelcan, entonces, a apoyar a los nuevos movimientos nacionalistas, profundamente antiobrereros. Burgueses oportunistas y aristócratas en decadencia ayudan a estos fascismos a llegar al poder con la expectativa de hacer dinero, especialmente con la industria bélica, pagando salarios insignificantes.

Mientras los países capitalistas atraviesan por esta grave crisis, en la URSS la economía crece. A pesar del desgaste provocado primero por la guerra mundial, luego por la guerra civil, y del aislamiento en que ha quedado, la URSS se sostiene.

Por supuesto, esto no significa que la URSS no enfrente graves problemas. La industrialización acelerada y la colectivización del campo exigen enormes sacrificios. Políticamente, la muerte de Lenin (1870–1924) abre la disputa por el liderazgo entre dos personalidades que sintetizan dos maneras muy distintas de concebir las tareas del momento: León Trotsky (1879–1940) y José Stalin (1879–1953). A pesar de todo, la propia existencia de la Unión Soviética se convierte en un argumento irrefutable a favor de la posibilidad de organizar la sociedad sobre bases no capitalistas.

En conclusión, la crisis va abriendo el terreno para que la lucha de clases se vuelva más abierta y enconada. La Guerra y la Revolución en España se insertan en este proceso.

La respuesta a la crisis en España: dictadura de Primo de Rivera

España se mantiene neutral durante la Primera Guerra Mundial, lo que le permite hacer buenos negocios con ambos bandos. La actividad industrial crece mucho en los primeros años de guerra, aumentando también el número de obreros ocupados. Esta situación favorece la acción del proletariado, que reclama mejoras salariales y medidas en contra del aumento del costo de la vida. A partir de 1916 se abre un ciclo de acciones: «huelgas salvajes» en Madrid, huelga de mineros asturianos apoyada por la huelga nacional de ferroviarios, huelgas acompañadas de manifestaciones callejeras y, a veces, de ataques a iglesias. La respuesta del Estado es la represión y persecución de dirigentes del movimiento obrero. Pero todavía con la crisis en que entra el crecimiento industrial local luego de la finalización de

la guerra, los obreros se movilizan para conquistar la jornada laboral de ocho horas. En 1919 consiguen un decreto real que establece esa limitación.

A comienzos de la década de 1920, mientras la economía atraviesa un período crítico y los conflictos sociales crecen, ninguna de las fracciones dominantes es capaz de ponerse al frente de la situación, y como suele suceder cuando la burguesía necesita reafirmar su dominación y no cuenta ni con la suficiente unidad entre sus fracciones ni con el consenso de los de abajo, aparece el ejército como protagonista.

Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en otros países europeos, en España el retroceso en las formas de dominación liberales es menos nítido debido al menor peso que estas habían tenido con anterioridad. Aun así, las ya estrechas libertades políticas sufren nuevas restricciones.

Con el consentimiento del rey Alfonso XIII (1886–1941) y el apoyo de la oficialidad, el 13 de septiembre de 1923 se instaura la dictadura militar de Miguel Primo de Rivera (1870–1930). Este general proviene de una familia castrense con fuertes raíces en la nobleza española. Como militar, ha participado en las guerras coloniales de Cuba, Filipinas y Marruecos. También ha sido capitán general de dos de las ciudades más importantes de España: Valencia y Barcelona. En esta última ha conducido a sus tropas en la represión a obreros.

Las primeras medidas de la dictadura fueron la suspensión de la vigencia de la Constitución y la disolución de las Cortes parlamentarias. Se instaura la censura, y los opositores, sean obreros, estudiantes, intelectuales o autonomistas, son perseguidos.

A través de reformas controladas, la dictadura de Primo de Rivera consigue dilatar las transformaciones radicales que necesita España. Obtiene para las clases dominantes una colonia,

Marruecos, luego de casi un siglo de pérdida de posesiones coloniales. Sin poder aniquilar al conjunto del movimiento obrero, busca dividirlo con una política diferenciada. Los sectores que se mantienen en la oposición son duramente reprimidos; pero quienes adoptan un perfil favorable a la colaboración con el Gobierno reciben otro tipo de trato. Así, la CNT pasa a la clandestinidad, y sus militantes son perseguidos por la policía y la patronal. En cambio la UGT, que adopta una postura de colaboración, es premiada con la incorporación de su máximo dirigente, Francisco Largo Caballero (1869–1946), como Consejero de Estado durante 1924.

En el plano económico, la dictadura emprende la modernización de la infraestructura del país. Al frente del ministerio de Hacienda está un joven que rápidamente se convierte en emblema de la derecha española: José Calvo Sotelo (1893–1936). Durante los años de su gestión, la economía mundial atraviesa un breve impasse antes de la crisis del treinta. Las medidas adoptadas están a tono con los cambios internacionales en la forma en que el Estado interviene sobre la actividad económica: reducción de la deuda pública, inversión estatal directa, realización masiva de obras públicas de construcción y mejoramiento de carreteras, puertos y regadíos. Incluso la medida más «radical», el establecimiento del monopolio del petróleo, propagandizado como un acto de soberanía para el desarrollo industrial, termina siendo un gran negocio que no cumple con el cometido de garantizar el aprovisionamiento local de hidrocarburos.

Pero a pesar de este gatopardismo, de cambiar algo para que no cambie nada, los problemas estructurales de España siguen sin resolverse. Los conflictos que la dictadura logra acallar por un tiempo a través de la cooptación o la coacción directa, reaparecen más tarde con acrecida fuerza. A fines de la década del veinte, la dictadura intenta darle forma legal a su poder: convoca a Cortes y elabora un proyecto de Constitución.

Ante el intento de fijación de un equilibrio que no ha dejado de ser inestable y lábil, resurgen las diferencias entre las fracciones de las clases dominantes. Los católicos conservadores, representantes de la derecha tradicional, se oponen a los corporativistas, admiradores del fascismo. Incluso los monárquicos siguen divididos en «alfonsistas» y «carlistas».

Los quiebres y disputas en las altas cúpulas de la sociedad dan lugar a un avance de la oposición a la dictadura. Intelectuales, estudiantes, republicanos de toda índole y trabajadores se manifiestan de diversas maneras en contra de la perpetuación dictatorial. Hasta sectores de la propia burguesía y del ejército pasan a la oposición.

Sin bases de apoyo, Primo de Rivera queda flotando en el aire y renuncia. El Gobierno que lo sucede, al mando del general Dámaso Berenguer (1878–1953), intenta limar las aristas más represivas del régimen. Pero la situación es tal, que excluye las soluciones de compromiso.

**LA REPÚBLICA
ESPAÑOLA**

OTROS TÍTULOS EN LA COLECCIÓN

historias
**DESDE
abajo**



LA GUERRA DE VIETNAM

Agustín Prina

Una breve narración de la epopeya de Vietnam y sus combatientes. Narra sus victorias sobre Japón, Francia y Estados Unidos; la lucha armada y política de esta pequeña nación y su indomable espíritu.

ISBN 978-1-921235-79-5, 198 páginas



POESÍA COMO UN ARMA

25 poetas con la España revolucionaria en la Guerra Civil

Mariano Garrido

Selección que reúne obras de poetas que pusieron su pluma al servicio de la vida y contra el fascismo. Construye una antología de autores que dentro y fuera de la España en guerra civil. Incluye obras de poetas claves de la literatura hispanoamericana.

ISBN 978-1-921235-96-2, 120 páginas

La instauración de la II República española

La crisis mundial potencia la crisis política que España atraviesa. La caída de Primo de Rivera es producto, y al mismo tiempo da lugar, a un proceso de politización de masas. Estudiantes, obreros, intelectuales, parte del ejército se movilizan, aunque con grados de conciencia y organización diversos. El gobierno de Berenguer en principio concede algunas reivindicaciones, pero no puede resolver los problemas económicos, políticos y sociales de fondo. La necesidad de las clases dominantes de reformular el manejo del poder, acompañada de su incapacidad para hacerlo, combinada con la creciente participación política, configuran una situación potencialmente revolucionaria.

Sin encontrar una salida para la crisis, el Gobierno convoca a elecciones municipales. Intenta de este modo encarrilar dentro de la institucionalidad los conflictos de una sociedad que se polariza. La respuesta no se hace esperar.

El 17 de agosto de 1930 dirigentes de diversas tendencias republicanas y autonomistas, aunados por su oposición a la dictadura, firman el Pacto de San Sebastián. Luego, se suman los socialistas del PSOE. Se comprometen no solo a derrocar la dictadura, sino a poner fin a la monarquía e instaurar la República. Proponen medidas democratizadoras como el sufragio universal, la convocatoria a Cortes Constituyentes y la discusión de la cuestión de las autonomías regionales. De este modo, la

propaganda electoral se convierte en una campaña a favor de la República, y las elecciones municipales devienen un verdadero plebiscito acerca de la monarquía.

En diciembre de ese mismo año, militares republicanos se sublevan en la guarnición de Jaca. El propósito: terminar con la monarquía. Pero la sublevación de la base aérea de Cuatro Vientos, que debía sumarse a la de Jaca, fracasa. En algunas regiones el movimiento obrero sale a las calles para manifestar su apoyo, pero el Gobierno logra controlar la situación. Los líderes de la rebelión, los capitanes Fermín Galán (1899–1930) y Ángel García Hernández (1900–1930), son fusilados. Caen al grito de «¡Viva la República!». En repudio a su ejecución, estallan huelgas en distintas partes del país.

El fracaso de este intento armado convence a las organizaciones republicanas firmantes del Pacto de San Sebastián de concentrar todas las fuerzas en la vía electoral para acceder al gobierno. La mayor parte del movimiento obrero acompaña esta decisión.

En las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, los republicanos logran una aplastante victoria en las grandes ciudades. De las 50 capitales de provincia, los republicanos ganan en 41, al conseguir en ellas 953 concejales contra los 603 que obtienen los monárquicos. Incluso en las regiones rurales, donde los «caciques» siguen teniendo la capacidad de movilizar votantes, los monárquicos apenas logran superar los sufragios republicanos. El veredicto es contundente: las horas de la monarquía están contadas.

El 14 de abril, los concejales electos del municipio de Eibar, en la provincia vasca de Guipúzcoa, proclaman la República. Los telegrafistas, muchos de ellos socialistas, se encargan de difundir la noticia rápidamente por todo el país. A las 11 de la mañana, el general José Sanjurjo (1872–1936), director supremo

de la Guardia Civil, se pone bajo las órdenes del nuevo ministro de Gobernación, Miguel Maura (1887–1971). El conde de Romanones (1863–1950) se entrevista con el republicano Niceto Alcalá Zamora (1877–1949). Romanones, alto funcionario de la monarquía, terrateniente, dueño de casas de alquiler en Madrid, accionista de minas y bancos, acepta pasado el mediodía que Alfonso XIII deje el trono y se vaya del país.

Por la noche de ese mismo día se conforma el Gobierno provisional con los integrantes del comité revolucionario acordado en el pacto de San Sebastián. Nueve de sus miembros son republicanos y tres, socialistas. Niceto Alcalá Zamora y Miguel Maura, ambos de la Derecha Liberal Republicana, se convierten en presidente y ministro de Gobernación respectivamente.

Alcalá Zamora proclama por radio la instauración de la II República española. Casi simultáneamente, el rey Alfonso XIII declara: «Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo (...) Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro, en fratricida guerra civil (...).» Sin abdicar formalmente al trono, tras un breve paso por París, el rey se instala en la Italia fascista, hasta su muerte en 1941.

La República busca diferenciarse del pasado monárquico, y para ello los símbolos juegan un papel central. La bandera roja y gualda de la monarquía es sustituida por la bandera de tres bandas: roja, amarilla y morada. *El Himno de Riego* es establecido como canción nacional, en lugar del himno sin letra de la Casa de Borbón.

La historia de estos símbolos tiene gran significado. La bandera de tres bandas había sido empleada por los movimientos liberales del siglo XIX. Es muy probable que, a su vez, ellos hayan

adoptado el color morado del emblema de los comuneros castellanos que, a comienzos del siglo **xvi**, se alzaron en contra de Carlos V. Los comuneros habían levantado un programa que prefiguraba a las revoluciones burguesas de Inglaterra y Francia de siglos posteriores. Por su parte, el himno republicano homenajea al militar liberal Rafael de Riego (1785–1823), que tras combatir contra la invasión napoleónica a la Península en 1808, se negó a embarcarse hacia América con sus tropas para sofocar los movimientos independentistas. Tanto los comuneros del siglo **xvi** como Riego fueron reprimidos, y los proyectos que encabezaban, enterrados.

Las posiciones frente a la República

La lucha contra la dictadura de Primo de Rivera hace confluir a grupos sociales muy diversos: sectores de la burguesía que hasta hace poco han hecho buenos negocios con su gobierno, campesinos, jornaleros, obreros, pequeños comerciantes, estudiantes, intelectuales, y hasta militares. Convergen tendencias políticas que mantienen diferencias importantes, como anarquistas, comunistas, socialistas, republicanos de izquierda, autonomistas, y hasta liberales de derechas. Cada uno lo hace empleando formas y medios distintos. Una vez conseguida la renuncia del dictador, este heterogéneo movimiento de oposición avanzó en contra de la monarquía misma.

Finalmente, con la instauración de la II República española se llega a una nueva situación, que saca a la luz las profundas divergencias que quedaban ocultas en la lucha antimonárquica y obliga a todas las clases sociales a reposicionarse en el espacio político.

La República es una forma de Gobierno mucho más compleja que la monarquía o una dictadura abierta. El poder político deja de estar personificado y concentrado en una figura como la del monarca. ¿Y a quién pertenece, entonces, el poder político? En teoría, al conjunto de los ciudadanos, todos ellos con iguales derechos ante la ley. Legalmente, cualquiera de ellos puede participar en el Gobierno. Este carácter impersonal y anónimo del ejercicio del poder abona la noción de que la República es el gobierno de todos. De este modo, el Estado aparece como neutral, como un «tercero» por encima de las diferencias sociales que la igualdad jurídica no anula. Sin embargo, detrás de esta apariencia está el dominio de clase de la burguesía.

Forma de dominación burguesa por excelencia, la República es al mismo tiempo el mejor terreno al que pueden aspirar los obreros bajo el capitalismo para desarrollar sus luchas y organizarse. Por supuesto, no bien los trabajadores se proponen superar la situación de desigualdad social, la burguesía no duda en poner fin a la igualdad jurídica con tal de salvaguardar su base de poder: la propiedad privada.

Por esto, ante la instauración de la República en España, cada grupo social atribuye a este «Gobierno de todos» objetivos muy distintos e incluso antagónicos.

Para los trabajadores rurales, los arrendatarios y los aparceros, la República equivale a un cambio en su relación con la tierra y con los propietarios; es decir, es igual a reforma agraria. Por su parte, tanto los pequeños comerciantes y artesanos, como los empleados y funcionarios esperan que la República los ponga a salvo del proceso de empobrecimiento que sufren. Algo muy distinto es la República para los industriales descontentos con la dictadura, cuya expectativa es una forma de gobierno más barata.

Los estudiantes e intelectuales ponen en primer plano la necesidad de que la República termine con el monopolio católico de la educación y se ponga al frente de una profunda reforma cultural. Las comunidades de catalanes, vascos y gallegos esperan que la República reconozca sus autonomías, negadas secularmente por la monarquía; y en el interior mismo de estas tendencias autonomistas existen hondas diferencias entre los sectores obreros y los burgueses.

LAS ORGANIZACIONES OBRERAS

Entre 1931 y 1936, los partidos y organizaciones obreras españoles realizan evaluaciones muy diversas acerca de la República. Incluso dentro de cada uno de ellos se suscitan debates en torno a qué hacer en la nueva situación política.

El PSOE forma parte del gobierno republicano, en coherencia con el programa original del partido. Sin embargo, las dificultades para implementar reformas sociales van definiendo dos tendencias. La de la UGT, encabezada por Largo Caballero, más radical, en tensión con la línea «oficial» del partido liderada por Indalecio Prieto (1883–1962).

Dentro del anarquismo existen también diferencias cuyo origen es anterior a la instauración de la República. En 1927 se crea la Federación Anarquista Ibérica (FAI), con el objetivo de darle al movimiento libertario claridad y cohesión ideológica, y contrarrestar la línea de la CNT, que tendía a reducir la lucha a las reivindicaciones económicas. En esta misma época se organiza la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias, con una línea muy cercana a la FAI. Las Juventudes Libertarias se expanden rápidamente por todo el país.

Esta división entre un anarquismo radical promotor de la insurrección y otro proclive a la negociación, se profundiza con

la II República. Un sector de la CNT se opone a la «línea violenta» de la FAI y propone darle una tregua al gobierno republicano. Treinta dirigentes de esta tendencia firman un documento fundamentando esta posición que proclama la independencia político-ideológica de los sindicatos. Los llamados «treintistas» son expulsados de la CNT, pero la tensión permanece.

En estos primeros años de la República, el PCE adopta una posición similar a la de la FAI. En línea con la táctica insurreccional de la IC de la época, los comunistas españoles denuncian el carácter reformista del gobierno de los «generales y burgueses». Desprecian los nuevos espacios de acción política y se centran en la lucha por reivindicaciones económicas.

Otra es la evaluación que realizan sectores que luego confluirán en el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Están vinculados con la «Oposición de Izquierda» que se constituye en la URSS y en varios países alrededor de la figura de Trotsky, deportado de allí en 1929. Estos militantes españoles ligados a la «Oposición», y Trotsky mismo en sus cartas, sostienen que los comunistas no deben limitarse a la lucha económica inmediata. Por el contrario, tienen la obligación de encabezar una sostenida y consecuente lucha política. La burguesía será incapaz de realizar su propia revolución burguesa por el temor a la acción de campesinos y obreros. En consecuencia, la cuestión de la iniciativa se convierte en el problema central, es decir, quién conduce el proceso de democratización. Apuntan a que sea el proletariado armado teórica, moral y materialmente, quien se ponga a la cabeza de la transformación política para coronarla con el cambio raigal de la sociedad.

LAS ORGANIZACIONES DE LOS DUEÑOS DE ESPAÑA

La proclamación de la República promueve también la reorganización y el reposicionamiento de las clases dominantes. El

cambio en la forma de dominación política y la multiplicación de acciones directas protagonizadas por el pueblo generan pánico entre los propietarios de tierras, de grandes industrias y empresas, y la jerarquía eclesiástica. La reacción de los dueños de España pasa poco a poco de sus primeras formas inorgánicas, a conformar organizaciones políticas duraderas. A pesar de compartir su defensa de la sociedad vigente, las diversas tendencias políticas tienen ciertas diferencias programáticas. Mientras los monárquicos, divididos todavía en «alfonsistas» y «carlistas», se niegan a aceptar el sufragio universal, otros sectores buscan crear organizaciones derechistas con apoyo «popular», siguiendo los modelos nazi y fascista.

El «Bienio Reformador» (1931–1933)

El inicio de la República abre una nueva etapa en la historia de España. Todos los grupos sociales se reubican en el escenario político. Crece la movilización de los trabajadores que había impulsado el fin de la monarquía. La dinámica histórica se acelera. Las relaciones de fuerza entre las clases sociales no logran la estabilidad de los «tiempos normales», y cada fase de la República expresa estos cambios en la situación. Entre las elecciones de concejales de abril de 1931 y el golpe fascista de 1936, las fuerzas que se enfrentarán en la Guerra Civil definen posiciones, suman aliados, delimitan al enemigo y ajustan sus medios de lucha.

Los dos primeros años son conocidos como el «Bienio Reformador» (1931–1933). Durante este período, se forman las Cortes Constituyentes que sancionan una Constitución republicana,

democrática, muy avanzada para su época, y más aún si se compara con la española de 1876. La igualdad en derechos avanza: las mujeres pasan a tener derecho al voto, se instaura el matrimonio civil fundado en la igualdad entre los sexos y el derecho al divorcio, se conceden iguales derechos a todos los hijos, nacidos dentro o fuera del matrimonio, se reconoce el derecho a la asociación política y sindical y a la seguridad social de los trabajadores.

Manuel Azaña (1880–1940) encabeza el Gobierno formado a fines de 1931. En su gabinete encontramos junto a republicanos «puros», como el propio Azaña y Diego Martínez Barrio (1883–1962), a dirigentes autonomistas como Lluís Companys (1882–1940) y Santiago Casares Quiroga (1884–1950), y a socialistas como Francisco Largo Caballero e Indalecio Prieto. El nuevo Gobierno lleva adelante muchas de las reformas planteadas en la Constitución de 1931 y que apuntan a los problemas seculares de España: la separación de Iglesia y Estado, la redefinición del rol del ejército, el reconocimiento de las autonomías regionales, el desarrollo de la educación y la cultura, el reconocimiento de derechos de los trabajadores, y, por supuesto, la puesta en marcha de una reforma agraria.

SEPARACIÓN ENTRE IGLESIA Y ESTADO

La separación entre Iglesia y Estado es quizá la reforma que el Gobierno de Azaña lleva más a fondo. Hay que recordar la vigencia del poder de la Iglesia en pleno siglo xx. La cantidad de religiosos da una medida de la gravitación que esta institución conservaba en la sociedad: había 113 529 funcionarios religiosos, es decir, un religioso cada 500 habitantes. La cifra total igualaba a la de los estudiantes de secundario.

Ante esto, el Gobierno se hace cargo de los cementerios y sanciona las leyes de matrimonio civil y divorcio, elimina del presupuesto estatal la partida destinada al culto y al clero, nacionaliza los bienes de las comunidades religiosas y prohíbe cualquier tipo de giro de fondos al Vaticano. Muchas iglesias y escuelas parroquiales pasan a ser de la nación, y son ocupadas para desarrollar el programa de alfabetización. Además, el Gobierno expulsa a las órdenes religiosas extranjeras, prohíbe el régimen de clausura, decreta la disolución y confiscación de los bienes de la «Compañía de Jesús». Aun cuando la mayoría de las propiedades no estaban registradas bajo el nombre de la «Compañía», el Gobierno confisca nada menos que 191 edificios, de los cuales 33 eran escuelas.

El pueblo, por su parte, tiene sus propios métodos para enfrentar el problema del poder eclesiástico. Desde abril de 1931 se multiplican las quemaduras de iglesias y conventos en el interior del país y también en el centro de Madrid, donde arden muchas de las órdenes de monjas bernardas, carmelitas, de los jesuitas...

REFORMA DEL EJÉRCITO

Otra institución ligada a lo más tradicional de España es el ejército. Desde que el país fuera perdiendo su esplendor económico y geopolítico, para los nobles en decadencia el ejército se fue convirtiendo en un medio para mantener una posición social. La proporción enorme de oficiales da cuenta de este fenómeno. La función del ejército como instrumento para intervenir políticamente persistía, y resultaba indudable que en su seno crecía la conspiración antirrepublicana.

Para enfrentar esto, Azaña promueve el retiro de oficiales y realiza reformas en el reclutamiento. Pero estas medidas, que

generan malestar entre los sectores tradicionales, en los hechos terminan promoviendo el retiro de los oficiales republicanos que no soportan un ambiente cada vez más hostil.

En cuanto a las fuerzas policiales, el Gobierno reformador crea la Guardia de Asalto. El fin es contrapesar a la Guardia Civil tradicional, que cargaba con un largo historial de represión a sectores populares.

EL RECONOCIMIENTO DE LAS AUTONOMÍAS REGIONALES

La aprobación del estatuto de autonomía de Cataluña marca otro giro radical respecto a la política tradicional del poder central hacia las comunidades regionales. La monarquía contrarrestaba las fuerzas centrífugas provocadas por la falta de una vinculación económica orgánica entre las regiones, imponiendo la unidad por la fuerza. La Constitución de 1931 y el Gobierno reformador promueven el reconocimiento de vínculos entre todas las regiones pero sin negar la autonomía en materia de Gobierno local, educación, idioma, etcétera. Luego de la aprobación del estatuto catalán, se presenta una verdadera catarata de proyectos de autonomía: de Euzkadi (País Vasco), de Aragón, de Castilla y León, de Asturias, de Valencia, de Galicia...

REFORMA DE LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN

La decadencia de la educación es otro grave problema por enfrentar. En 1931, casi la mitad de los adultos españoles no sabe leer ni escribir. Cerca del 50% de la población infantil no tiene educación formal, en parte por el déficit de escuelas. Ante este panorama, el Gobierno eleva en un 50% los sueldos de los maestros, incorpora 7 000 nuevos docentes, construye 7 000

edificios durante su primer año de mandato, y transfiere al ministerio de Instrucción Pública establecimientos eclesiásticos y de escuelas confesionales. Por otro lado, para garantizar la alimentación de los alumnos pobres instala comedores en las escuelas.

También se producen cambios en las prácticas escolares. La eliminación de los castigos físicos, las experiencias directas en el medio rural, la apreciación de obras de arte, la incorporación de los idiomas regionales, en fin, el reconocimiento de los alumnos como sujetos, constituyen transformaciones profundas en las escuelas estatales.

La urgencia por llevar la cultura a todo el pueblo y la dificultad de equipar las escuelas da origen a las «misiones pedagógicas». Basadas en las experiencias de anarquistas y socialistas, las misiones están formadas por maestros, estudiantes y artistas, llevan bibliotecas, radios, cinematógrafos, tocadiscos y reproducciones de obras de arte a todo el país. Alejandro Casona y Federico García Lorca organizan el grupo La Barraca, su sección teatral. Gracias a las misiones pedagógicas, muchísima gente toma contacto por primera vez con este tipo de manifestaciones culturales.

EL RECONOCIMIENTO DE DERECHOS DE LOS TRABAJADORES

La Constitución de 1931 realiza importantísimos avances en el reconocimiento de derechos de los trabajadores. Además de los derechos de asociación (pacífica) y de sindicalización, proclama que el trabajo «es una obligación social y gozará de la protección de las leyes. La República asegurará a todo trabajador las condiciones necesarias de una existencia digna» (Constitución española de 1931, Cap. II, art. 46). Esta postura es completada

en ese mismo artículo con una enumeración detallada de qué es lo que deberá regular la nueva legislación. Desde la jornada de trabajo limitada, las vacaciones pagas y los derechos especiales de las trabajadoras mujeres, hasta la participación de los obreros «en la dirección, la administración y los beneficios de las empresas, en síntesis: “Todo cuanto afecte a la defensa de los trabajadores”». (Constitución española de 1931, *ibid.*)

Ni bien proclamada la República, los obreros inician un ciclo de huelgas a gran escala bajo la dirección de la CNT. La propia UGT es obligada por los acontecimientos a ponerse al frente de los reclamos. La experiencia demuestra que las conquistas legales solo se concretan en la práctica si los trabajadores se movilizan para imponerlas.

REFORMA AGRARIA

Más complejo aún que los problemas de la Iglesia, el ejército, las autonomías regionales y la educación, es el de la propiedad de la tierra. Las Cortes legislativas discuten diversos proyectos de reforma agraria. Aunque en ellos prima la noción de otorgar una indemnización a los dueños expropiados de grandes extensiones, la oposición de los partidos del «orden» es férrea y busca dilatar las decisiones lo máximo posible. Por su parte, la coalición en el Gobierno no está dispuesta a profundizar la reforma, si hacerlo trae aparejada la posibilidad de un alzamiento antirrepublicano.

La Ley de Reforma Agraria es sancionada en septiembre de 1932. Las únicas tierras que pueden ser expropiadas sin indemnización son las de señorío, en los demás casos el dueño recibirá un resarcimiento. Esta solución de compromiso no conforma a ninguno de los principales involucrados en el tema: irrita a los terratenientes y decepciona a campesinos y jornaleros. En

la práctica, la ley estuvo vigente solo 2 años, durante los que asienta a 12 500 jornaleros de los 60 000 previstos.

Mientras en las Cortes se debate sobre qué tipos de tierras se considerarán expropiables, cuál la superficie mínima, etcétera, los campesinos, muchos de ellos organizados sindicalmente, toman el problema en sus manos. Desde la proclamación de la República se extienden las ocupaciones de tierras. En Andalucía, «reino de latifundio», los campesinos ponen en marcha verdaderas insurrecciones, destituyen a las autoridades municipales, las reemplazan por comités, y realizan experiencias de colectivización de la tierra.

Oposiciones al Bienio Reformador por derecha y por izquierda

LA SUBLEVACIÓN DERECHISTA DE SANJURJO

Las clases dominantes españolas, especialmente sus sectores más conservadores, no ven con buenos ojos las medidas del Bienio Reformador. El hecho de que el Gobierno de Azaña no fuera a encabezar una revolución socialista ni nada parecido, no significa que ellas estuvieran dispuestas a aceptar la pérdida de ciertos baluartes de su poder.

Desde 1931 se suceden, con base en el ejército, las conspiraciones derechistas. La primera sublevación abierta la protagoniza el general Sanjurjo en agosto de 1932. Militar experimentado, tanto en el aspecto bélico como en el político, participó en las guerras de sucesión del siglo XIX con los carlistas; luego tomó parte en el golpe de Primo de Rivera de 1923 y tuvo a su cargo el desembarco en Alhucemas, que le dio a España

el triunfo en las guerras de Marruecos. Además, como director general de la Guardia Civil, fue el encargado de transmitirle al rey que la Guardia no dispararía contra el pueblo cuando, en abril de 1931, se instauró la República.

Sanjurjo busca frenar las reformas republicanas. Inicia el levantamiento en Sevilla donde logra controlar la ciudad pero no consigue otras adhesiones. En Madrid, punto estratégico para controlar el país, el intento golpista es controlado en pocas horas. Solo 145 oficiales, en total, se pliegan al alzamiento.

No obstante, la demostración de fuerza logra asustar al Gobierno republicano, que pospone y suaviza sus acciones, particularmente en la reforma agraria. Sanjurjo es juzgado y condenado a muerte, pero el presidente elegido por las Cortes, Alcalá Zamora, conmuta esta pena por la de 30 años de encierro.

LA INSURRECCIÓN DE LOS CAMPESINOS DE CASAS VIEJAS

La tensión entre pueblo y Gobierno reformador, más o menos presente desde su inicio, va en aumento. En enero de 1933 un movimiento anarquista intenta instaurar el comunismo libertario por medio de una insurrección que se inicia en Barcelona. Allí es derrotada rápidamente, pero en Casas Viejas (Andalucía) los jornaleros tienen mejor suerte. Toman los edificios públicos, destituyen al alcalde, cortan las líneas telefónicas y proclaman el comunismo libertario.

Siguiendo órdenes del Gobierno, la Guardia de Asalto y la Civil inician una feroz represión. Estas fuerzas solo logran quebrar la resistencia cuando incendian las precarias viviendas y fusilan a decenas de campesinos. El Gobierno «reformador»

ha perdonado a Sanjurjo pero reprime con dureza a los campesinos de Casas Viejas. Durante el «Bienio Reformador» llega a haber 9 000 anarquistas encarcelados, e incluso algunos son deportados a África. De este modo, Azaña termina su mandato en 1933, muy desacreditado ante el pueblo, y dejando el espacio libre para la contraofensiva de la derecha.

El «Bienio Negro» (1933–1935)

Las elecciones para diputados de 1933 reflejan la situación en la que ha terminado el Gobierno «reformador». La CNT redobla su propaganda en contra del sufragio y a favor de la insurrección, y los partidos de izquierda se presentan fragmentadamente. Como resultado, el abstencionismo alcanza un 32%.

Las clases dominantes, que no habían atinado a dar una respuesta orgánica ante el avance de la democratización, se preparan para defender el orden establecido. Por un lado, juegan su última carta «republicana». Se forma la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), una alianza de derechas convocada por Acción Popular, uno de los primeros partidos que no desdeña el juego electoral y que trata de conformar una base católica de masas. El líder de la Acción Popular y de la CEDA es José María Gil Robles (1898–1980), un católico admirador del nazi-católico austríaco Engelbert Dollfuss (1892–1934) y de Hitler. En su historial está el haber participado del congreso nazi de 1933.

En las elecciones de diputados de finales del 33, la CEDA obtiene el mayor número de bancas, pero no logra mayoría propia. Basado en el régimen parlamentario, el presidente de las Cortes encarga al líder del también derechista Partido Radical, Alejandro Lerroux (1864–1949), la formación del Gobierno. Este, con

el apoyo en Cortes de la CEDA, no pierde un instante en revertir todos los planos que fueron transformados durante los dos años previos. Detiene la reforma agraria y deroga la ley que la regula. Da marcha atrás con las leyes laicas y con los cambios en el ejército. Deroga el estatuto de autonomía catalana y reduce la autonomía fiscal vasca.

La estrategia antiobrera se despliega en todos los frentes. Económicamente, en el contexto de crisis mundial, el Gobierno derechista aplica medidas regresivas que aumentan el desempleo. Políticamente, reprime a los trabajadores y encarcela a militantes de izquierda.

Pero las clases dominantes tampoco esperan demasiado de las formas republicanas. La conflictividad social muestra que incluso el ensayo pseudoconstitucional del Gobierno radical-cedista no será duradero. La derecha no abandona en ningún momento los preparativos para defender con las armas lo que no podrá sostener con los votos.

Los requetés, milicias carlistas de Navarra, amplían su reclutamiento y comienzan a tener un sostenido entrenamiento militar. Consiguen el apoyo, en armas y dinero, de Mussolini, para una eventual sublevación antirrepublicana.

Con igual propósito, pero con una perspectiva político ideológica más moderna, en 1933, José Antonio Primo de Rivera, hijo del antiguo dictador, crea la Falange Española, émula directa del fascismo y el nazismo. Falange se plantea la tarea de luchar contra el comunismo y contra aquellos que permiten que prospere, esto es, la democracia y el liberalismo. En palabras de su fundador, la Falange es antimarxista, no porque Marx se haya equivocado, sino porque se ha cumplido todo lo que dijo. Entonces, para evitar que en España se produzca una revolución como la soviética, las fuerzas que están a favor de una España ordenada, jerárquica y unida, deben tomar la iniciativa. En

términos prácticos, tienen que prepararse para la «dialéctica de los puños y de las pistolas», y es lo que hace la Falange al constituirse en grupo de choque. Los jóvenes falangistas, encuadrados en una férrea disciplina, no pierden ocasión ni reparan en los medios con que atacar a militantes obreros e incluso republicanos liberales. Así van creando las condiciones para una ofensiva general. (Primo de Rivera: «Discurso de fundación de Falange Española», 29/10/1933.)

Poco después, Falange Española se fusiona con las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas (JONS), y adopta los símbolos y lemas que la identifican de ahí en adelante: el haz de flechas y el yugo, los gritos de «¡Arriba, España!» y «¡España, Una, Grande, Libre!» a los que se suma el himno *Cara al sol*, compuesto por Primo de Rivera.

La política del «Bienio Negro» y los ataques de grupos falangistas van unificando poco a poco a sus opositores. Las fuerzas de izquierda habían advertido que no permitirían que miembros de la CEDA fueran incorporados al Gobierno. Cuando el 4 de octubre de 1934, Lerroux incorpora a su Gobierno a tres ministros cedistas, la respuesta no se hace esperar.

La insurrección de Asturias (octubre 1934)

El avance derechista no amilana a obreros y campesinos, quienes comienzan a comprender que las clases dominantes obligarán a definir la relación de fuerzas en el plano político-militar.

Las huelgas se suceden, y la CNT, especialmente su fracción ligada a la FAI, redobla la apuesta hacia una vía insurreccional. Por su parte, el PCE, que sigue siendo pequeño, ya cuenta con

una organización militar: las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas. El ala izquierda del PSOE revisa su apreciación de la República. Largo Caballero plantea la necesidad de la dictadura del proletariado. Las Juventudes Socialistas (JS) empiezan también a entrenarse y el PSOE compra armas en el exterior.

Al conocerse la noticia de la incorporación de la CEDA al Gobierno, los trabajadores declaran la huelga general en Madrid, León, el País Vasco y Cataluña. Los choques armados se suceden en todos estos lugares, pero es en Asturias donde las acciones se transforman en una cabal insurrección. En esta región clave de la economía por sus minas de carbón, esenciales para la siderurgia, la «alianza obrera» entre las dos centrales sindicales, UGT y CNT, da a los trabajadores una enorme fuerza. La huelga insurreccional une así a todas las tendencias políticas obreras. El resultado es que anarquistas, socialistas y comunistas luchan juntos contra el Gobierno derechista, prefigurando lo que ocurrirá en 1936.

Los mineros forman milicias, y a golpe de dinamita logran dominar toda la cuenca carbonífera y Oviedo, la capital provincial. Pero no se trata solo de la ocupación y el control de los territorios, sino de la creación de órganos de poder propios, los comités revolucionarios, que inevitablemente remiten a los soviets de la URSS y a la Comuna de París (1871).

El Gobierno envía a la Guardia Civil, pero esta es superada por los obreros. Entonces, Lerroix y sus ministros delegan la «reconquista» en manos de los generales Manuel Goded (1882–1936) y Francisco Franco (1892–1975). Inmediatamente, los dos militares piden el envío de las tropas regulares y de la Legión Extranjera, al mando del general Juan Yagüe (1891–1952). La Legión no es un cuerpo más de las fuerzas armadas. Fundado por José Millán Astray en 1920 y contando con Francisco Franco en sus filas desde el inicio, el Tercio de Extranjeros o

«la Legión» es un cuerpo profesional de combate organizado para hacer frente a las guerras de Marruecos. A diferencia de gran parte del ejército español, más dedicado a conspirar que a la guerra, la Legión es un cuerpo de vanguardia. Su intervención en la represión de obreros marca una tendencia que se consumará con la Guerra Civil.

A pesar de esta diferencia de fuerzas, los mineros resisten varios días, defienden cada centímetro de terreno. Solo son derrotados por el empleo de la aviación y de artillería pesada. Al ejército profesional, a la Legión y sus aviones, les ha costado casi dos semanas «restablecer el orden» en Asturias.

El costo que paga el pueblo es alto: 3 000 muertos, 7 000 heridos y alrededor de 30 000 presos que son sometidos a las torturas más aberrantes. Muchos de los caídos o detenidos forman parte de los mejores cuadros obreros. Pero también la derrota sirve para aprender. La «unidad entre hermanos proletarios» ha revelado toda su fuerza y ha confirmado que solo la clase obrera unida puede enfrentar a militares, capitalistas, terratenientes y curas. Esta unidad se forja en la experiencia del ejercicio del poder a través de una democracia directa y ejecutiva.

Como derivación de esta experiencia tienen lugar importantes transformaciones en las organizaciones obreras. La activa participación de los comunistas en las barricadas y su disposición a combatir hasta el final les granjea la adhesión del proletariado que ahora sí empieza a sumarse a sus filas.

Asimismo, la fundación del POUM manifiesta la necesidad de encontrar soluciones a la gran tarea de la Revolución española. Con muchos puntos de contacto con la oposición de izquierda que se constituye dentro de la URSS e internacionalmente, el POUM sostiene la posibilidad y necesidad de una revolución socialista en España. Fundado en 1935 con la unificación del Bloque Obrero y Campesino (BOC) y de la Izquierda Comunista,

desde sus inicios cuenta con las Juventudes Comunistas Ibéricas. Entre sus actividades se destaca el haber realizado un importante trabajo de reflexión y debate teórico. Este partido, sin contar con una gran cantidad de militantes, y teniendo su base de apoyo casi exclusivamente en Cataluña, tendrá mucha importancia en el proceso posterior.

La Insurrección de Asturias deja también una gran enseñanza sobre quién es y cómo actúa el enemigo. Ha quedado palmariamente demostrado que las clases dominantes tienen su propio ejército profesional y no dudan en fusilar hombres y mujeres, en asesinar a prisioneros, en apresar a miles de personas. Ante el temor de perder sus privilegios, los dueños de España no reparan en los medios de lucha por emplear. Los dirigentes, militantes y cuadros populares, y también las masas, van llegando a la conclusión de que burgueses y terratenientes desatarán tarde o temprano la guerra civil.

El Gobierno republicano, por su parte, termina de perder su apariencia de dominación «anónima». Su carácter de clase queda expuesto cuando organiza y legitima las acciones represivas contra los trabajadores. Esta situación profundiza la radicalización de las masas.

A pesar de la brutalidad desplegada, las clases dominantes pretenden del Gobierno una represión aún mayor. Decepcionadas, dejan solo al derechista Lerroux. El detonante es la conmutación de la pena de muerte por reclusión durante veinte años al líder de la Insurrección de Asturias, el socialista Ramón González Peña. La CEDA se opone a la medida y retira a sus ministros. El Gobierno enfrenta un profundo descrédito por esta causa y por otras de corrupción. Se forma un nuevo y efímero gabinete conducido por Manuel Portela Valladares (1867/8–1952). Ante la gran inestabilidad, en enero de 1936 disuelve las Cortes y convoca a elecciones generales para el mes siguiente.

Así se cierra el «Bienio Negro», con los dueños de España dispuestos a descartar la legalidad y formas republicanas para impedir el avance desde abajo. Pero también hay un pueblo preparado para resistir y devolver el golpe.

El Frente Popular

LA FIRMA DEL PACTO DEL FRENTE POPULAR

El problema de cómo enfrentar la ofensiva de una burguesía desesperada por la crisis era la gran cuestión que debía enfrentar el movimiento obrero internacional. El año de inicio del «Bienio Negro» coincide con el triunfo electoral de Hitler en Alemania. La URSS observa con preocupación la tolerancia de las «democracias» al respecto. Estas naciones occidentales miran con recelo pero con expectativa el avance del fascismo. Con una Unión Soviética cada vez más aislada, la defensa de la «paz» y la preservación de este primer Estado obrero se convierten en el eje de la IC.

Ante este panorama poco alentador, hacia 1935 el Komin-tern pasa a promover la alianza de los obreros con la burguesía liberal, democrática o republicana en los «Frentes Populares». Para no ahuyentar a estos burgueses antifascistas, las metas y contenidos revolucionarios son dejados en un segundo plano. El arrollador avance del nazismo con sus campos de concentración, sus fusilamientos, sus ghetsos y toques de queda convence a muchos militantes revolucionarios de la validez de tal política para aquel momento particular.

La diferencia con la nueva línea de la Internacional es planteada otra vez por la «Oposición de Izquierda». Trotsky sostiene

que en esas alianzas la burguesía termina siempre imponiendo su programa. Por el contrario, debe emprenderse una política de «frente único de trabajadores» que agrupe obreros y campesinos; anarquistas, socialistas y comunistas. Para esta corriente, la alternativa no es «fascismo o democracia», sino «fascismo o revolución socialista».

Puede discutirse largamente cuál de las dos estrategias era la correcta. Sin embargo, por diversas razones la política de frente único no consigue movilizar a las mayorías. Hasta tal punto se va imponiendo la línea de alianza antifascista de la IC, que incluso el POUM participa del Frente Popular español. No hacerlo habría significado su muerte política.

Al igual que las reformas del primer bienio republicano habían contribuido a unificar a las organizaciones de derecha, el avance represivo y reaccionario del «Bienio Negro» promueve un mayor grado de unidad en las filas de izquierda. En enero del 1936 los representantes de Izquierda Republicana, Unión Republicana, PSOE, UGT, JS, PCE, POUM y Partido Sindicalista firman el Pacto del Frente Popular en el que acuerdan un programa mínimo de reivindicaciones. El contenido general del acuerdo consiste en la ampliación y profundización de los derechos y garantías establecidos por la Constitución de 1931.

El pacto del Frente Popular no tiene un carácter revolucionario. Los cargos de Gobierno serán ocupados exclusivamente por republicanos «puros». Una vez más, Manuel Azaña estará al frente del Gobierno. Se rechazan las propuestas del PSOE de nacionalizar la tierra y la banca y de implantar el control obrero sobre la industria. Sin embargo, dos puntos del programa hacen que partidos con perspectivas revolucionarias se sumen al Frente: la libertad y amnistía a los 30 000 presos políticos, y la restitución de sus empleos con indemnización a los cesanteados por razones políticas.

Los militantes de las organizaciones que integran el Frente Popular realizan una campaña de agitación sin precedentes para las elecciones generales de febrero de 1936. Republicanos de izquierda, socialistas y comunistas («oficiales» y «no oficiales»), promueven la participación masiva en la contienda electoral. Incluso los anarquistas, al margen del Frente Popular, se abstienen de lanzar su tradicional consigna de «¡No votad!»

La campaña se da en un clima de alta conflictividad social y está acompañada de numerosas acciones directas: tomas de tierras, huelgas, choques callejeros, etcétera. Estas elecciones quedan inmersas en un proceso de lucha más amplio. Tal vez a esto se deba su éxito. A diferencia de 1933, en febrero de 1936 vota casi el 90% de los inscriptos. El Frente Popular triunfa: obtiene 53 escaños más que los partidos de derechas.

Pero los resultados electorales también muestran que la sociedad española está dividida en dos. Mientras una parte cuenta con el poder de la mayoría del pueblo, la otra se apoyará cada vez más en el ejército y en las organizaciones armadas. José Antonio Primo de Rivera le pide armas al efímero presidente de transición, Portela Valladares, y le ofrece a su gente para evitar el traspaso de mando. Los monárquicos le piden a Gil Robles que dé un golpe de Estado, pero este se niega. Franco, como jefe del Estado Mayor, solicita que se declare el estado de Guerra. Valladares no acepta y entrega el poder. Asume el gobierno Manuel Azaña, y entre las primeras decisiones está el cese de Franco como jefe del Estado Mayor y su traslado como comandante general a las Canarias. Su traslado no fue el único, Mola pasa de Melilla a Pamplona.

Si bien Azaña había terminado su mandato anterior bastante desacreditado, la persecución de la que fue objeto durante la insurrección en Asturias, su detención y su autodefensa convertida en una denuncia de los atropellos del «Bienio Negro», le

devolvían la confianza del pueblo. Sin duda, también es cierto que los partidos de izquierdas y los republicanos no cuentan con otro candidato capaz de aglutinar a las diversas tendencias que forman el Frente Popular.

Lejos de convertirse en la clausura del proceso de creciente movilización, el Gobierno del Frente Popular abre nuevas posibilidades de acción. El debate dentro de las filas del antifascismo en torno al qué hacer se actualiza.

La línea del PSOE representada por Indalecio Prieto coincide con la del PCE en la evaluación del momento. Califican de revolucionarismo infantil las actitudes de otras tendencias que proponen redoblar las acciones de masas. Consideran que estas solo le hacen «el juego al fascismo», que está esperando cualquier excusa para lanzarse en contra de la República. En el extremo opuesto, la línea de la FAI se niega a emprender la defensa del Estado republicano, esté en el Gobierno una alianza más o menos «popular». Una tercera postura es la del POUM y, en cierto sentido, del ala del PSOE ligada a Largo Caballero. Sostienen que si para la burguesía la Revolución ha terminado con las elecciones, para el proletariado recién empieza.

EL GOBIERNO DEL FRENTE POPULAR (FEBRERO–JULIO DE 1936)

En múltiples aspectos, el período que va de febrero a julio de 1936 recuerda los momentos posteriores de la instauración de la República en abril de 1931: acciones directas en todo el país, tensión entre el Gobierno y el pueblo, acelerado rearme de las clases dominantes y sus cuadros políticos y militares... Sin embargo, el grado de polarización de fuerzas al que ha llegado la sociedad española en 1936 es cualitativamente diferente. La dinámica histórica se vuelve vertiginosa. En pocos meses se

producen hechos más significativos que en años enteros «normales».

El 17 de febrero de 1936, tan solo un día después del triunfo electoral, el pueblo pasa a la acción. El primer objetivo de las masas es la liberación de los presos políticos, la mayoría de ellos apresados luego de la Insurrección de Asturias. No esperan que el Gobierno tome esta iniciativa. En Valencia, en Oviedo, en Madrid y en otras ciudades, los trabajadores imponen de hecho lo que consideran el punto central del programa del Frente Popular. Los 30 000 presos salen a las calles y se reintegran a la lucha en un momento crucial. Recordemos que entre ellos hay importantes cuadros y dirigentes.

El 19 de febrero, los trabajadores emprenden huelgas por oficio, rama y generales en todo el país. Reclaman la reincorporación inmediata de los condenados o despedidos durante el «Bienio Negro», el aumento de salarios, mejoras en las condiciones de trabajo, el despido de empleados jerárquicos representantes de la patronal en las plantas, la nacionalización de los ferrocarriles, el control obrero de las fábricas. También declaran paros en solidaridad con otros trabajadores. En síntesis, entre febrero y julio de 1936 crecen el número de huelgas y su politización. Alrededor del 90% concluye con el triunfo de los obreros. Al compás de este proceso, las medidas de acción directa en el campo se multiplican.

Los choques callejeros son cotidianos. Entre los grupos fascistas, la Falange Española unificada con las JONS ha logrado ya una evidente hegemonía y el apoyo de las clases propietarias. Entre febrero y julio, sus ataques a obreros y militantes, a locales sindicales y partidarios se multiplican exponencialmente. A tal punto llegan las provocaciones, que su líder, José Antonio Primo de Rivera, es apresado en marzo. Por su parte, el campo

republicano o antifascista cuenta ya con la suficiente organización como para responder.

Ambas fuerzas no se enfrentan solo en las calles, las fábricas o el campo. También lo hacen en las Cortes. La virulencia de estos choques verbales va in crescendo. Quizá el punto más alto sea el cruce de la dirigente comunista Dolores Ibarruri, *Pasionaria* (1895–1989), y el derechista de Renovación Española, José Calvo Sotelo.

Sotelo llama directamente a la sublevación en contra del Gobierno del Frente Popular: «Contra este Estado estéril, propongo uno integral. Muchos lo llamarán fascista, pero si termina con las huelgas, los desbordes y los abusos contra la propiedad..., entonces soy fascista y a mucha honra.» Pasionaria responde: «Si hay generalitos reaccionarios, que en un momento determinado, azuzados por elementos como Calvo Sotelo, pueden levantarse contra el Gobierno, hay también soldados heroicos que pueden meterlos en cintura.» (Sesión de Cortes de 16/06/1936, Citado en Amilibia: *La Guerra Civil Española*.)

La inminencia de la Guerra Civil se siente en todos lados. El país está dividido en dos partes, cada una encolumnada detrás de un proyecto de sociedad. Entre ellas no puede ya haber negociación. La conservación de la propiedad en las manos de los terratenientes de siempre no es reconciliable con la exigencia de campesinos y jornaleros ante su derecho a la tierra. El mantenimiento de un régimen político basado en la exclusión de las grandes masas de población no puede ser combinado con la tendencia creciente del pueblo a formar sus propios órganos de Gobierno y de resolver con sus propias manos los problemas estructurales de España. E incluso, sin considerar las alternativas revolucionarias, la burguesía y los terratenientes ya no pueden conciliar con la República la defensa de sus privilegios sociales, es decir, su propiedad.

La organización del golpe de Estado contra la República

Desde abril de 1931, y más aún desde febrero de 1936, sectores de las fuerzas armadas piensan, organizan y proyectan un golpe que ponga fin a la II República Española y que permita desplegar una represión sin límites. En marzo de 1936 comienzan a ultimarse detalles. El Estado Mayor del golpe surge de la ultraderechista Unión Militar Española (UME), formada en 1934 por iniciativa de Sanjurjo y cuyo jefe de Estado Mayor es Francisco Franco. El plan es elaborado por el general Emilio Mola (1887–1937), y cuenta con el visto bueno del mismísimo Sanjurjo. Es impulsado por capitalistas (locales y foráneos), y terratenientes. Mussolini, que ya había ayudado a Sanjurjo en 1932, se comprometió en 1934 a apoyar un nuevo intento de sublevación. La Iglesia, a través del cardenal Pedro Segura (1880–1957) fundamenta ideológicamente la acción. El diario *ABC*, órgano de propaganda del alzamiento, busca unificar las opiniones del derechismo.

Las fuerzas de la reacción se aglutinan. La tríada ejército-falange-requetés se concreta y el plan queda listo. Franco, desde Canarias, debe ponerse al frente del alzamiento en Marruecos que iniciará Yagüe. Desde allí se dirigirá en barco hacia España, al mismo tiempo que Mola y Gonzalo Queipo del Llano (1875–1951) inicien la rebelión en Navarra y Sevilla respectivamente. Los falangistas apoyarán las acciones en cada pueblo o ciudad.

En Marruecos, falangistas y militares se saludan al grito de «¡CAFÉ!», sigla de «¡Camaradas, Arriba Falange Española!» No casualmente, allí, tierra de la Legión, comienza la ejecución del plan golpista.

LOS DETONANTES

Es evidente que el golpe está preparado con mucha antelación. También lo es que el inicio de una guerra civil no puede explicarse por algún suceso aislado y puntual. A pesar de ello, los asesinatos del teniente Castillo y de Calvo Sotelo en julio de 1936 adquieren gran relevancia. Si bien las posiciones ya estaban definidas, marcan el fin de las ensoñaciones de aquellos que aún creían posible encontrar una salida negociada a la crisis española.

El 12 de julio de 1936, a las 10 de la noche, el teniente José del Castillo (1901–1936), de la Guardia de Asalto, camina hacia su trabajo. De repente, cuatro hombres lo interceptan, le disparan y huyen. Él intenta desenfundar su arma, pero es demasiado tarde. Muere poco después. Dirigentes de la «primera línea» de la Falange se atribuyen el asesinato de Castillo, ratificando lo que todo el mundo daba ya por descontado. Comprometidamente republicano y antifascista, Castillo impartía entrenamiento militar a las Juventudes Socialistas Unidas (JSU), formadas ese año a partir de la unificación de las Juventudes Socialistas y Comunistas. Además, en varias ocasiones había participado en la represión de los disturbios callejeros producidos por militantes de Falange.

Al día siguiente, un grupo de guardias de asalto se presenta en la casa de Calvo Sotelo. Tras registrar la vivienda, lo detienen. Sotelo se inquieta, pero sus públicos llamamientos a la subversión contra la República hacen verosímil la existencia de una orden de detención. La presencia de un capitán de la Guardia Civil, institución reconocida por su participación en la represión a movimientos populares, termina de convencerlo, y accede a subir al carro. Dicen que al despedirse de su esposa, tras prometerle comunicarse con ella, habría agregado: «si es

que estos señores no me llevan a pegarme cuatro tiros». A las pocas cuadras recibe dos disparos en la cabeza, y su cuerpo es dejado en el Cementerio del Este.

En el cementerio, el día 14 de julio, con una diferencia de pocas horas, son enterrados el teniente Castillo y Calvo Sotelo. El ataúd de Castillo es envuelto en una bandera roja. Una multitud de compañeros de la Guardia de Asalto y de sus jóvenes discípulos comunistas y socialistas lo despide con el puño en alto.

El cadáver de Sotelo, en cambio, es cubierto con un hábito, y entre las manos le ponen un crucifijo. Sobre el ataúd está la bandera roja y gualda de la monarquía. El fascismo se moviliza en pleno. Goicochea, dirigente del partido de Sotelo, proclama: «Ante esa bandera colocada como una reliquia sobre tu pecho, ante Dios que nos oye y nos ve, empeñamos solemne juramento de consagrar nuestra vida a esta triple labor: imitar tu ejemplo, vengar tu muerte, salvar a España, que todo es uno y lo mismo, porque salvar a España será vengar tu muerte, e imitar tu ejemplo será el camino más seguro para salvar a España.» (Citado en Broué y Témime: *Revolución y Guerra en España*.)

El comienzo de la Guerra Civil abierta es cuestión de días. Indalecio Prieto, que no representa la tendencia más radicalizada del antifascismo, encabeza un grupo de socialistas y comunistas que le pide a Casares Quiroga que distribuya armas. Pero el primer ministro se niega. Cuatro días después, en Melilla, comienza el alzamiento militar.

**GUERRA
Y REVOLUCIÓN
EN ESPAÑA**



ISBN 978-1-920888-80-0
300 páginas

DE VALENCIA A BAGDAD **Los intelectuales y la defensa de la** **humanidad**

Eliades Acosta

Un análisis del surgimiento del fascismo durante los años de 1930 en Europa, que narra la historia de los intelectuales y artistas que han sostenido una combativa oposición frente al conservadurismo y hoy el neoconservadurismo. Reúne participaciones de García Lorca, Pablo Neruda, Hugo Chávez, Mario Benedetti y muchos más, llamando a oponerse a la pobreza y la guerra, en defensa de la cultura y la humanidad.



ISBN 978-1-920888-81-7
82 páginas

CHILE: EL OTRO 11 DE SEPTIEMBRE **Una antología acerca del 11 de septiembre** **de 1973**

Editado por Pilar Aguilera y Ricardo Fredes

Una antología acerca del 11 de septiembre de 1973 que incluye trabajos de Ariel Dorfman, Salvador Allende, Víctor Jara, Joan Jara, Beatriz Allende, Mario Benedetti y Fidel Castro.

“No es la primera vez. Para mí y para millones de otros seres humanos el 11 de Septiembre viene siendo hace veintiocho años una fecha de duelo”.
—Ariel Dorfman



ISBN 978-1-921235-54-2
280 páginas

LAS GUERRILLAS CONTEMPORÁNEAS **EN AMÉRICA LATINA**

Alberto Prieto

Una selección de ensayos y entrevistas sobre temas económicos, culturales, políticos y sociales que invitan a la reflexión respecto al presente y futuro del pensamiento político en América Latina. Rescata la tradición y las ideas de grandes revolucionarios latinoamericanos, en un ejercicio de memoria histórica indispensable para enfrentar los retos por venir. Un libro que resulta alentador.

El golpe del 18 de julio de 1936

En la madrugada del 17 de julio de 1936, Franco y otros militares ponen en marcha el golpe de Estado. Toman la ciudad de Melilla y extienden su poder a todo Marruecos. Movimientos similares se hacen con el poder en las islas Baleares (con la excepción de Menorca), y en Canarias, donde se encuentra Franco. Este llega a Tetuán en un avión alquilado en Inglaterra, el famoso *Dragon Rapide*. Una vez allí, se pone al mando de las tropas golpistas.

El día 18, los sublevados logran conquistar varios territorios de la Península. Desde Navarra, núcleo del tradicionalismo más reaccionario, el ejército de Mola se extiende por toda la meseta norte conquistando Castilla-León. La resistencia proletaria que se organiza en Valladolid, Burgos y Galicia no logra detenerlo. Mientras tanto, el ejército de Queipo del Llano se extiende por el sur. Las precisas órdenes de Mola son cumplidas al pie de la letra: «Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta de modo que se reduzca lo antes posible a un enemigo fuerte y bien organizado». (Circular secreta de Mola, citada en Amilibia: ob. cit.)

Andalucía, territorio «rojo», es sojuzgado a través de ejecuciones en masa. La plaza mayor se convierte en patíbulo para «escarmiento» de todos. A pocas horas de su entrada, el ejército de Queipo del Llano ha fusilado ya a 9 000 obreros. Los cadáveres quedan expuestos durante días en las calles, literalmente bañadas en sangre. Pero no es solo la muerte. Los militares emplean sistemáticamente una política de terror. El blanco de

la represión lo constituyen todos los que fueran sospechados de vinculación o simpatía con la República y sus familias. La voluntad de los golpistas es aniquilar material y moralmente a todos los «rojos», definición amplia que incluye a militantes de diversas tendencias y fundamentalmente a trabajadores desarmados. Así, obreros, jornaleros, profesores, maestros, artesanos, etcétera. son sometidos a todo tipo de torturas que van desde humillaciones públicas, como la purga o el rapado de las mujeres, hasta las violaciones y mutilaciones que llegan a la castración.

Entre estos «éxitos» de la brutalidad fascista hay que incluir el asesinato de uno de las más grandes poetas españoles: Federico García Lorca. Sin tener una militancia partidaria, Lorca es voz de su pueblo. Su compromiso con la República y con el derecho a la cultura lo han llevado por todos los rincones del país con La Barraca, el grupo teatral de las misiones pedagógicas. A poco de triunfar la sublevación golpista en Andalucía es detenido por la Guardia Civil en Granada, su tierra natal. Sin tribunal, ni juicio, ni nada que se le parezca, en la madrugada del 19 de agosto de 1936, un grupo de guardias civiles lo saca de su celda para conducirlo al cementerio. Como si se tratara de uno de sus romances gitanos, Federico García Lorca es fusilado junto a un maestro rural y dos toreros. Los cuerpos de las víctimas son tirados a un barranco, desconocido hasta el día de hoy (2006).

A pesar de la indignación que generan estas acciones en gran parte de la opinión pública internacional, los dirigentes militares, civiles y eclesiásticos de la sublevación se jactan de esta «firmeza». Queipo del Llano, desde la fascista Radio Sevilla, exclama: «Las mujeres de los rojos han aprendido, también, que nuestros soldados son hombres verdaderos y no milicianos castrados; dar patadas y rebuznar no llegará a salvarlas.» Por su parte, Franco le declara a Jay Allen, corresponsal del *Chicago*

Tribune: «Estoy dispuesto a exterminar, si fuera necesario, a toda esa media España que no me es afecta.» El coronel Barato da una cifra más precisa aún: «Habremos establecido el orden cuando hayamos ejecutado a 2 000 000 de marxistas.» (Citados en Broué y Témime: ob. cit.)

No obstante esta crueldad extrema, en este momento, la represión no inmoviliza al pueblo, sino que promueve una mayor radicalización. Esta disposición a la lucha de campesinos, obreros, intelectuales frustra que el golpe llegue con éxito a Madrid. A pesar de la enorme superioridad de militares profesionales, de armamento, del empleo de métodos aberrantes contra la población, los nacionalistas no logran tomar la mayor parte del territorio español, ni la capital.

La resistencia y el fracaso del golpe

El primer revés de magnitud que enfrentan las tropas sublevadas es la lealtad republicana de la Marina, que debía cumplir un papel clave en el plan golpista: transportar a la Península las tropas concentradas en Marruecos. Los marinos se rebelan contra sus propios oficiales, situación que se repite en varias guarniciones de las fuerzas armadas, e impiden el traslado. En un informe fechado el 23 de septiembre de 1936, el delegado de negocios alemán en España sostiene:

La defección de la marina ha contrariado por primera vez los proyectos de Franco. Ha sido un fracaso de organización muy grave, que ha amenazado con hundir todo el plan, que ha sacrificado inútilmente a las guarniciones de las grandes ciudades que en vano esperaron una orden con las armas en la mano y que, sobre todo, ha hecho perder un tiempo precioso. (Citado en Broué y Témime: ob. cit.)

Sin ese puente marítimo, sin disponer tampoco de la débil aviación española que también se mantiene leal, las tropas de Franco deben esperar en África la llegada de los aviones alemanes que crearán un puente aéreo. La imposibilidad de concentrar todas las fuerzas en la Península en poco tiempo muestra que la definición de la contienda no será cuestión de días.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA HA COMENZADO

El pueblo recibe la noticia sin sorpresa. La preparación del golpe era un secreto a voces, solo el Gobierno republicano parecía no darse por enterado. La distancia entre el pueblo y el Gobierno venía agrandándose desde hacía tiempo. En los días que siguen al 18 de julio, la brecha se convierte en abismo. El Gobierno llama a la calma, afirma que el intento de golpe ha fracasado y que la situación está controlada. Mientras tanto, los trabajadores con sus organizaciones forman sus propias milicias, sin esperar ya un llamado a la acción que parta de las alturas gubernamentales.

El Estado republicano se niega a organizar la defensa repartiéndole armas al pueblo. Los cambios de gabinetes y ministros se suceden con velocidad. Martínez Barrio, en su presidencia de un día, le propone a Mola un acuerdo. Este le habría contestado: «Si usted y yo llegásemos a un acuerdo, habríamos traicionado, tanto el uno como el otro, a nuestro ideal y a nuestros hombres». Más allá de la veracidad o no de la frase, queda demostrado que las autoridades no están a la altura de las circunstancias.

Paralelamente, el pueblo toma las calles. La huelga es general, hay choques con fascistas en todas partes, se queman iglesias por doquier y se redoblan las ocupaciones de tierras. Los

partidos obreros y sindicatos desentierran armas escondidas durante el «bienio negro». Como estas no alcanzan, hombres y mujeres se lanzan a la requisita de negocios, casas, y hasta de comisarías, para armarse.

Entonces son los milicianos, hombres, mujeres, jóvenes, e incluso niños, quienes frenan el avance nacionalista en España. Son ellos, obreros, mineros, campesinos, pastores, maestros, poetas, artistas, quienes convierten la resistencia en revolución. Todos ellos, militantes de España y de los más recónditos lugares del planeta, presentan batalla al fascismo que se expande por el mundo.

Ante esta realidad, Martínez Barrio, impotente, renuncia. Finalmente, José Giral, su sucesor, admite lo que es ya un hecho, y distribuye las armas entre los trabajadores.

Nacionalistas de toda laya y republicanos se enfrentan en cada pueblo, en cada ciudad, en cada región. Los combates son duros. Tan solo durante las dos semanas posteriores al levantamiento nacionalista hay ya decenas de miles de muertos. Hacia principios de agosto, la situación ha adquirido una cierta y relativa estabilidad. Ni unos ni otros tienen la fuerza suficiente para controlar por completo la situación. Los territorios que domina cada fuerza quedan definidos. Los nacionalistas controlan una amplia zona del Norte y una porción importante del Sur. Sin embargo, aún no logran la conexión terrestre entre ambas. Por su parte, las principales ciudades, Madrid entre ellas, y las regiones más ricas por sus industrias o recursos naturales, permanecen con la República.

BARCELONA

El general Goded debía iniciar el levantamiento en la capital catalana. Previendo esto, el pueblo barcelonés reclama al

Gobierno de la Izquierda las armas necesarias para enfrentar a los nacionalistas antes de que sea demasiado tarde. Pero las autoridades de la Generalidad se las niegan. Cuando los sublevados comienzan sus movimientos, una verdadera multitud casi sin armas los enfrenta. Los militantes obreros caen por decenas. Jóvenes dirigentes revolucionarios van en la primera línea de combate. Muchos de ellos pierden la vida, como el secretario de la JSU catalana, Francisco Graells (1936), el secretario de las juventudes del POUM, Germinal Vidal (1915–1936), y Enrique Obregón (1900–1936), secretario de la Federación Local de Grupos Anarquistas de Barcelona.

A pesar de la disparidad del armamento, los golpistas deben replegarse en algunos edificios importantes de la ciudad. Muchos soldados se sublevan contra sus oficiales y se suman a los trabajadores aportando armas. Finalmente, Goded firma y hace pública la rendición el día 20 de julio. El último cuartel en caer es el de Atarazas. En el ataque mueren muchos milicianos, entre los que está el anarquista Francisco Ascaso (1901–1936). No obstante, el pueblo toma el cuartel. Los obreros catalanes han triunfado, y sus milicias controlan la situación. Raudamente, envían columnas hacia Aragón para también allí ayudar a derrotar al fascismo.

Goded, detenido en los enfrentamientos de julio, es juzgado por un consejo de guerra y fusilado en agosto de ese mismo año.

MADRID

También en la capital española los obreros organizan la resistencia sin esperar instrucciones. La CNT y la UGT declaran una huelga general que de hecho se venía dando, y que se prolonga por semanas. Milicianos anarquistas y socialistas patrullan la

ciudad, cubierta de barricadas. Hasta el 20 de julio los choques con fascistas son aislados, pero ese día comienza el asedio al Cuartel de la Montaña, tomado por los nacionalistas.

El enfrentamiento fue encarnizado. Cuando desde adentro se alzó una bandera blanca y los milicianos comenzaron a avanzar, recibieron ráfagas de ametralladoras. Esta situación se repitió, acicateando la furia del pueblo. Cuando los milicianos entraron finalmente al cuartel, ejecutaron a los nacionalistas que quedaban allí y repartieron las armas del arsenal. Igual que en Barcelona, el pueblo en armas controlaba la situación de la ciudad más importante de España.

El éxito en Madrid, fundamental política y moralmente para los obreros de todo el país, se logra con un fuerte grado de unidad entre las distintas corrientes obreras. Como en Cataluña, esto permite que columnas madrileñas de milicianos partan hacia Guadalajara, Cuenca, Toledo, Aragón, Valencia y Málaga.

EL PAÍS VASCO

En el País Vasco, los dirigentes burgueses del nacionalismo son quienes controlan la situación. Ligados al catolicismo y las tradiciones, su adhesión a la República se basa en la reivindicación de la autonomía de la región, negada de cuajo por las derechas.

El ímpetu obrero y popular es controlado por la burguesía local. Manuel Irujo (1891–1981), líder del nacionalismo burgués vasco, explicita esta posición ambivalente. Reconoce que su sector da una lucha «en dos frentes»: contra el alzamiento fascista y contra las metas revolucionarias de los obreros.

VALENCIA

En Valencia se da una situación particular ya que no hay un gran combate en estos primeros días. Los obreros, liderados por la CNT, se declaran en huelga y rodean los cuarteles antes de que haya en ellos movimiento alguno. Los marinos se sublevan contra sus oficiales y se suman a los obreros. Los partidos y centrales de trabajadores controlan la situación en la ciudad mientras los nacionalistas se amotinan. Se suceden los choques con falangistas, los ataques, y las quemas de conventos e iglesias relacionadas con los nacionalistas. Poco después, Valencia queda completamente en manos de los republicanos.

MÁLAGA

En Málaga, los obreros, junto a la Guardia de Asalto, rodean el cuartel donde están los sublevados. Incendian las casas de los alrededores y las cubren con dinamita. Los nacionalistas se rinden, y el pueblo lincha al capitán Huelín, cabeza del alzamiento. El triunfo republicano tiene una importancia estratégica, pues Málaga, por su posición geográfica, es cabeza de puente con el Marruecos fascista.

ASTURIAS

Tras asegurar su territorio, los milicianos asturianos son de los primeros en encaminarse hacia Madrid para participar en la defensa. El jefe de la comandancia militar que se había declarado leal a la República aprovecha la ausencia de los combatientes, se subleva, y abre el territorio a los nacionalistas. Los milicianos deben, entonces, volver sobre sus pasos. Logran reconquistar

toda la provincia, excepto Oviedo. La heroica capital de la Insurrección de 1934 queda inesperadamente en manos fascistas.

TOLEDO

La situación en Toledo ejemplifica muy bien el relativo equilibrio de fuerzas de estas primeras semanas de guerra. Como en otras ciudades, la Guardia Civil se pliega al alzamiento fascista. Las milicias republicanas responden, y los facciosos solo logran mantenerse en el Alcázar (fortaleza) con importantes reservas de municiones, y más de medio millar de mujeres y niños de familias obreras que los golpistas mantienen como rehenes hasta asesinarlos.

La resistencia de los guardias civiles al mando del coronel Moscardó (1878–1956) adquiere dimensiones épicas, y es levantado como un símbolo de fuerza moral para los nacionalistas. El 23 de julio, los milicianos le informan a Moscardó que tienen a su hijo Luis prisionero, y que si no entrega la fortaleza lo mandarían fusilar. Para que no dude de la noticia, lo hacen hablar por teléfono con su hijo. Moscardó le dice que encomiende su alma a Dios, y que si llegara el caso, «diera un Viva España muy fuerte». Efectivamente, semanas después, Luis Moscardó es fusilado.

Los milicianos republicanos mantienen el sitio al Alcázar desde las barricadas que lo rodean. Entre el interior y el exterior del fuerte hay intercambios de balas, de insultos y, aunque resulte inverosímil, hasta de cigarrillos. La situación estará «congelada» por más de dos meses: ni los republicanos pueden entrar, ni los guardias civiles logran quebrar el cerco.

La Revolución española

EL «DOBLE PODER» EN LA ESPAÑA REPUBLICANA

Los obreros y los campesinos defienden la República, pero superando su propio marco. El pueblo armado se convierte en protagonista de su historia y la resistencia se transforma en revolución.

Los partidos y sindicatos habían sido los impulsores de la organización de las milicias en ese caluroso julio de 1936. A diferencia de los ejércitos tradicionales, sus jefes son líderes naturales a los que se les reconoce su capacidad y valentía. La obediencia ciega es reemplazada por una disciplina consciente.

Con ropa de trabajo y un fusil al hombro, los milicianos marchan al frente o patrullan la retaguardia. El pueblo en armas ejerce el poder local y empieza a resolver los problemas de España con gran energía. La dinámica de esos primeros meses de guerra hace que todas las fracciones impulsen, de una forma u otra, transformaciones de fondo. Incluso aquellas que consideren que no es el momento de una revolución proletaria van en la práctica mucho más allá de la revolución democrático-burguesa. La unidad en la acción alcanzada en estos momentos es fundamental para lograr los primeros y decisivos triunfos.

Los milicianos son quienes hacen fracasar el golpe fascista. De inmediato forman órganos de poder que se encargan del Gobierno, de legislar y ejecutar las medidas, de organizar la vida en el frente y en la retaguardia. Lejos de ocupar los aparatos estatales en su forma preexistente, crean al calor de la lucha órganos de poder popular conocidos como «consejos», «comités» o «juntas». Una enorme cantidad de estos surge en

pueblos, ciudades, provincias y regiones. En los consejos participan referentes de sindicatos y partidos que tienen fuerza en la zona. Por lo general, una de esas tendencias es la que conduce el movimiento.

En los inicios del proceso revolucionario español, ninguna de las múltiples tendencias políticas existentes se impuso por completo sobre el resto convirtiéndose en dirección nacional indiscutida. Las diferentes evaluaciones de la situación coincidían en un punto: la lucha contra el fascismo. Pero tenían divergencias fundamentales sobre cuál era el carácter que habría de tener el proceso, con quiénes debían aliarse los trabajadores, cómo había que organizar al pueblo en armas, cómo reorganizar el poder.

Estas diferencias entre partidos y organizaciones fueron, quizá, la causa principal de que ninguna de ellas haya tomado el poder central. El Gobierno nacional republicano, aunque desacreditado y carente de poder efectivo, sigue existiendo. Se da así una situación de «doble poder»: por un lado el del aparato estatal, y por otro, el del pueblo.

El peso relativo de cada uno de estos poderes varía en cada región. El avance en las transformaciones y las tareas concretas que efectivamente realicen los comités, depende de las características de la región y de la tendencia política que predomine.

En Cataluña, el fuerte predominio de la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias otorga al anarquismo una hegemonía en el proceso durante los primeros meses. La nueva situación obliga a sus militantes a enfrentar la cuestión del poder. A pesar de su condena a cualquier organización estatal, deciden acertadamente ser parte de un poder revolucionario: el Comité Central de las Milicias Antifascistas. La dimensión del poder de este órgano popular queda reflejado en la siguiente cita de uno de sus miembros, el anarquista Diego Abad de Santillán:

El Comité de las milicias lo era todo, velaba por todo, por la transformación de las industrias de paz en industrias de guerra, de la propaganda, de las relaciones con el gobierno de Madrid, de la ayuda a todos los centros de lucha, de las relaciones con Marruecos, del cultivo de las tierras disponibles, de la sanidad, de la vigilancia de las costas y de las fronteras, de miles de problemas diversos. (Abad de Santillán, Por qué perdimos la guerra.)

Sin embargo, el papel de conducción que ejerció el anarquismo se vio limitado por la propia concepción teórica de esta corriente. Por su desacuerdo con la existencia de dirigentes y líderes, se niega a erigirse con el control de los órganos e invita a otras organizaciones menos fuertes a sumarse casi en igualdad de condiciones. Por otra parte, tampoco propone la destitución del Gobierno republicano local, de la Izquierda. A mediano plazo, esto llevará a que su hegemonía inicial vaya disminuyendo.

En Aragón el peso de los anarquistas es también fuerte, tanto por su inserción local como por la influencia de las columnas catalanas que ayudan a derrotar al fascismo. Tras la defección de los jefes republicanos, la reconquista del campo va acompañada de medidas revolucionarias. La columna encabezada por Buenaventura Durruti (1896–1936) promueve así una de las transformaciones más profundas y originales de la Revolución española.

Cada pueblo o aldea aragonés forma su propio comité. En la gran mayoría de los casos resultan formados exclusivamente por anarquistas. Cada comité se encarga, tanto de juzgar a los fascistas, como de regular la expropiación de tierras. En consonancia con el principio federalista de la concepción libertaria, se elige al Consejo de Defensa de Aragón en un congreso de comités locales. Los miembros del Consejo son todos de la CNT;

la presidencia la ejerce Joaquín Ascaso (1906–1977), hermano del obrero caído en las luchas callejeras de Barcelona y amigo de Durruti.

En Asturias, el Comité de Guerra surge en septiembre por la fusión de dos comités creados por separado, uno conducido por los socialistas y otro por la CNT. En Santander, los socialistas controlan el Comité de Guerra. En Málaga dominan comunistas y socialistas. Mientras el Comité de Salud Pública dirige la represión a los fascistas, comités obreros se encargan de la salud y del abastecimiento, y comités de mujeres se ocupan de los refugiados. En el País Vasco se da una situación especial, pues los nacionalistas vascos dominan en todo el territorio, excepto en Bilbao, donde comparten el poder con los socialistas.

Estas diferencias no se deben solo a la posición política de quienes conducen el proceso. También tiene un peso capital la posición geográfica de la ciudad o región respecto del frente de guerra. Así, en Madrid, los sindicatos y partidos políticos pasan a ocuparse de actividades de Gobierno, particularmente de la organización de milicias. Pero la presencia muy cercana del ataque fascista hace que las transformaciones sociales no hayan llegado tan lejos como en la mejor resguardada Cataluña.

En fin, hay una amplia variedad de situaciones y soluciones a la cuestión organizativa. Pero si la resistencia se convirtió en revolución fue porque estuvo acompañada de la toma del poder local y regional.

LA COLECTIVIZACIÓN DE LAS FÁBRICAS

En general la guerra impone la necesidad de formalizar cambios en la propiedad industrial. Los decretos de incautación de las compañías ferroviarias y de las fábricas abandonadas por sus propietarios son de julio y agosto de 1936. En otros casos

las expropiaciones responden, además, a una cuestión programática.

Es en Cataluña donde este proceso llega más lejos. Allí, los anarquistas de la CNT se ponen al frente de las confiscaciones, y el 70% de las empresas son colectivizadas o sindicalizadas, incluyendo transportes, teléfonos, la prensa, y hasta restaurantes y hoteles. Al igual que ocurre con el poder político, el control obrero de las fábricas no se restringe a administrar lo heredado. Los trabajadores catalanes introducen innovaciones en el proceso de producción, concentran las plantas dispersas, reconvierten fábricas para producir material bélico, y, sobre todo, se involucran en la organización del trabajo, que ya no es monopolio despótico del patrón. La guerra exige que se mantenga o incluso aumente la producción, al mismo tiempo que parte importante de los trabajadores debe marchar al frente de batalla. Cataluña trabaja para el frente, como se titula una película de la época, y también para la retaguardia. La experiencia muestra cómo crece la capacidad de producción y creación de hombres y mujeres cuando trabajan para beneficio del pueblo.

En otras regiones domina la modalidad de intervenir estatalmente las plantas. Las fábricas gestionadas de esta forma, conocidas como «nacionalizadas», quedan bajo el mando de delegados obreros y representantes oficiales del Gobierno. En estas, también el esfuerzo incesante de los trabajadores permite mantener, y hasta aumentar, la producción.

LA REFORMA AGRARIA

«¡Tierra y libertad!» es la consigna que impulsa a trabajadores rurales y campesinos a defender la República. La formación de milicias va de la mano con la realización de la Reforma Agraria. Los campesinos y jornaleros deben decidir si las tierras

ocupadas se explotarán en forma individual o colectiva. Esta última modalidad se populariza en algunas zonas de Cataluña, y especialmente en los campos de Aragón, por los que atraviesa la columna Durruti. Rápidamente, el Consejo de Aragón se convierte en vanguardia de las colectivizaciones. El aumento y mejoramiento de la producción y la aplicación planificada de la ciencia a los cultivos, muestran la superioridad de este modo de organización respecto del que aplican los terratenientes.

En otras regiones, a pesar de la mayor productividad que otorga la cooperación, los campesinos se aferran al modo de explotación tradicional de parcelas individuales.

Desafortunadamente, el triunfo nacionalista en las tierras de latifundio en Andalucía aborta el reparto de la tierra allí donde es más urgente. Además, priva al campo republicano de la experiencia en ocupación de tierras que tenían las organizaciones de trabajadores rurales de estas provincias.

LAS AUTONOMÍAS REGIONALES

Al igual que ante otros problemas estructurales de España, la cuestión de las autonomías regionales es resuelta rápidamente en los primeros meses de revolución. Se reconoce, en parte legalmente y en parte de hecho, el derecho a la autonomía. Hasta que el poder central se empiece a reconstruir desde sus cenizas, la autonomía será casi total. Luego, al mismo tiempo que la situación de «doble poder» se resuelva, muchas decisiones que antes se tomaban localmente se reconcentrarán.

LA IGLESIA: BLANCO DE LAS ACCIONES DE MASAS

Tal como sucediera tras la instauración de la República pero en una escala cualitativamente diferente, muchísimas iglesias,

parroquias y conventos son quemados en las primeras semanas de revolución. La Iglesia se convierte en objeto de estas acciones no solo porque promueve el golpe de Estado, sino porque simboliza todo lo injusto y caduco de España. La furia secular de las masas se vuelca contra funcionarios y propiedades eclesiásticas. Muchas actividades revolucionarias son financiadas con las riquezas que se requisan a esta institución.

La separación entre Iglesia y Estado, revertida durante el «Bienio Negro», es resuelta de un modo tan simple como radical. Las iglesias, prácticamente, dejan de funcionar en el campo leal a la República, excepto en el País Vasco, donde existe un importante sector del clero que es republicano. Como gran terrateniente, la Iglesia pierde tierras que son apropiadas por los campesinos.

LA VIOLENCIA «DESDE ABAJO»

Otras cuestiones que el pueblo toma en sus manos son las del control y la vigilancia en la retaguardia. En los primeros días de revolución tiene lugar un verdadero «terrorismo de masas». En las ciudades se multiplican los «paseos». Terratenientes, fascistas orgánicos, sacerdotes y capitalistas son ejecutados en las afueras de la ciudad. En el campo, los jornaleros y campesinos se abocan a «saldar cuentas» con quienes los han humillado durante siglos. La mayor crudeza de la explotación en el campo se revierte en los explotadores con una violencia más brutal que la ejercida en las ciudades.

Los dirigentes revolucionarios buscan controlar esta violencia espontánea que lleva a cabo el pueblo sin que medie decisión de los órganos del poder popular. En este punto hay un acuerdo total entre anarquistas y comunistas, socialistas y trotskistas. Prontamente, los consejos y juntas regulan el ejercicio de poder

de la Policía y el uso de las armas. Establecen sanciones que llegan hasta la pena de muerte para quienes no respeten estas normas. La aplicación de las penalidades y la reorganización del poder popular permiten que la violencia «desde abajo» sea controlada.

En el mismo sentido, las direcciones revolucionarias dan órdenes estrictas de respetar las vidas de los prisioneros. Aun cuando los detenidos hubieran matado, bombardeado, realizado espionaje, etcétera, se prohíben los linchamientos. Durante mucho tiempo estos presos ni siquiera están incomunicados, y reciben visitas y noticias del exterior.

Hay una situación que muestra claramente este contraste entre el modo en que ejercen la violencia los republicanos y aquel en que lo hacen los nacionalistas.

José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española, está encarcelado en Alicante desde marzo de 1936. Hasta el golpe, sigue recibiendo cartas y visitas de familiares y de cientos de admiradores o seguidores que esperan instrucciones suyas. A fines de 1936, Primo de Rivera, su hermano Miguel y su cuñada son sometidos a juicio por atentar contra la República. José Antonio, abogado de profesión, asume la defensa de los tres. Se explaya en argumentos y discursos. Tras varios días de juicio, el Tribunal los condena a muerte. Sin embargo, por petición del líder falangista, las condenas de su hermano y cuñada son conmutadas por la de reclusión. El 20 de noviembre, José Antonio es fusilado en el patio de la prisión. Cuando termina la guerra, es sepultado con honores por el régimen franquista en el Valle de los Caídos. Así, para un enemigo declarado de la República: una causa, un juicio, una sepultura conocida. Este hecho marca una gran diferencia con la suerte corrida por García Lorca.

Todo esto permite cuestionar la aseveración de que «la violencia es igual, venga de donde venga». Ante todo, su empleo

está en función de dos proyectos muy diferentes. Los republicanos, más allá de sus diferencias internas, buscan transformar a España en un país más justo y libre. Los nacionalistas, por el contrario, tratan de conservar lo fundamental de una España desigual, basada en el privilegio de pocos y el sudor y sufrimiento de muchos.

La diferencia entre las nociones de ambas fuerzas respecto de la sociedad y el ser humano se refleja también en el modo cuantitativa y cualitativamente distinto en que cada una ejerce la violencia. Los nacionalistas promueven y legitiman el terrorismo, exaltan la tortura, los vejámenes, la violación. No se detienen a delimitar el blanco, sus acciones son masivas, ya que su guerra es contra la mayoría del pueblo. Como se ha visto, nada de esto existe en el campo republicano. Por lo tanto, no hay asimilación posible entre la violencia que emplean unos y otros.

LOS LÍMITES DEL «DOBLE PODER»

A pesar de toda la riqueza de experiencias que promueve, la situación de «doble poder» no puede perpetuarse. La dinámica impone la centralización como una necesidad. Por un lado, el enfrentamiento militar con un ejército profesional vuelve acuciante la coordinación de las milicias, que mantienen un alto grado de autonomía. Las desinteligencias en el campo de batalla tienen elevados costos, principalmente en vidas humanas. La guerra contra un ejército profesional no puede ganarse solo con ardor combativo.

Asimismo, la descentralización impone limitaciones a las tareas revolucionarias. Como vimos, los cambios en la propiedad y control de fábricas y tierras avanzan en algunas regiones más que en otras. Solo en Cataluña la expropiación toma en cuenta

no solo el alineamiento político del capitalista o terrateniente en cuestión, sino el tamaño de su propiedad. Tampoco es generalizada la restricción que la Federación de Colectividades Campesinas de Aragón impone a quienes optan por la producción individual: no pueden explotar mano de obra asalariada. La España revolucionaria carece de decretos generales de expropiación. A causa de ello, muchas iniciativas de autogestión enfrentan serios problemas de financiamiento, de provisión de materias primas, etcétera.

Por otro lado, si bien existe como propuesta, no se construye un nuevo Gobierno central originado en los poderes revolucionarios locales. La necesidad de un poder centralizado es imperiosa; tanto para la táctica de ganar primero la guerra para hacer después la revolución, como para la que postula que para ganar la guerra hay que profundizar la revolución. Ambas exigen una dirección unificada. Esta cuestión, lejos de ser pura propaganda «estalinista», es reconocida por todas las tendencias, incluso por la FAI.

La resolución que los protagonistas encuentran a este problema medular consiste en reflotar al Estado central republicano, es decir, el Estado cuyo Gobierno no quiso encabezar la resistencia y menos aún la revolución. Sin embargo, como no podía ser de otro modo, la reconstrucción del Gobierno republicano incorpora elementos del proceso revolucionario. En una primera instancia, el poder estatal remozado no aparece como antagónico a las conquistas de las primeras semanas, sino como su continuación.

La participación internacional y la «Guerra Civil»

Es corriente asociar la noción de «guerra civil» a la de guerra dentro de un país. Esto es cierto, pero solo en parte. Si no completamos esta idea puede pensarse que en una «guerra civil» no intervienen países extranjeros. Y esto, dudoso en general, es totalmente erróneo en el caso de España.

Tras las derrotas en Italia y en Alemania, la Guerra de España es considerada como la última oportunidad que tienen los trabajadores para frenar el avance del fascismo. Este problema trasciende ampliamente las fronteras nacionales. Por eso, la participación de países y pueblos en uno y otro campo de la Guerra Civil tuvo un papel fundamental en su dinámica y en su desenlace.

EL APOYO A LOS NACIONALISTAS

Si hacia fines de julio la situación parecía estabilizarse, la relación de fuerzas se modifica a partir de agosto de 1936. El avance de la derecha en el campo internacional fortalece la alianza estratégica entre los fascistas italianos y los nacionalistas españoles. Ahora los nacionalistas reciben, además, la ayuda de Alemania.

Aviones germanos trasladan a los catorce mil hombres de los nacionalistas varados en África. Recordemos las dificultades que han infligido a los nacionalistas la lealtad a la República por parte de la Marina y de la incipiente fuerza aérea ibérica. Así, solo gracias a la ayuda ítalo-germana, los ejércitos de Mola y Franco pueden contar con una aviación propia.

A partir de ese momento, el envío de aviones, barcos, tanques, armamento, municiones y hombres por parte de Alemania e Italia no se detiene. Mussolini manda a España a 120 000 soldados, encuadrados bajo el mando de sus propios generales. Casi la mitad de ellos, cerca de 50 000, perecen en los campos de batalla. En un clima de preguerra, Hitler fomenta asimismo la participación de soldados alemanes en la Guerra española, considerada como un insuperable entrenamiento militar. A diferencia de la italiana, la ayuda nazi se concentra en cuadros medios y en un número reducido de expertos. Los militares alemanes integran cuerpos de élite (como la siniestra Legión Cóndor), asesoran directamente a Franco y se dedican a la formación de mandos nacionalistas y falangistas. En 1937, los casi 30 000 alemanes consignados a España son cuadros medios. (Cifras de Tamames: *La República. La era de Franco.*)

La situación política de Portugal es también favorable a los golpistas. Instalado en el poder desde 1923, el dictador filofascista Antonio Salazar se convierte en un gran aliado, ya que permite que los nacionalistas ingresen material bélico por su territorio. Su colaboración también consiste en perseguir y deportar al campo nacionalista a los exiliados republicanos que lleguen buscando refugio a Portugal.

LA OFENSIVA NACIONALISTA DE AGOSTO

Con los recursos enviados por Alemania e Italia a principios de agosto de 1936, las fuerzas nacionalistas lanzan una ofensiva profunda en el Frente Norte. El objetivo prioritario es unir las dos zonas en que ha quedado dividido su territorio. Desde Andalucía, las tropas de Franco se dirigen hacia el Norte para unirse con las de Mola. Una de sus columnas, conducida por Yagüe, entra en Badajoz (Extremadura) el 13 de agosto. Aunque

las autoridades militares locales se suman a los nacionalistas, estos encuentran una resistencia encarnizada en la población.

Ni siquiera cuando las posibilidades de derrotar al invasor se evaporan, el pueblo se entrega. Sabe lo que le espera, los recuerdos de Andalucía están frescos en su memoria. En la catedral se atrincheran 50 milicianos y resisten durante dos días enteros. Cuando se les agotan las municiones, antes que rendirse, optan por suicidarse. Muchos escapan hacia territorios republicanos.

La represión fascista a la indócil población de Badajoz busca ser ejemplar. Son fusilados 4 000 milicianos en pocos días. Además de ejecutar en la torre de la catedral a todos los representantes del Frente Popular, varios cadáveres quedan expuestos en las calles durante días. Jay Allen, cronista del *Chicago Tribune*, recoge en su artículo del 30 de agosto de 1936 el relato de testigos que cuentan cómo 1 800 «rojos», campesinos y trabajadores con su ropa de trabajo, fueron obligados a entrar a la plaza de toros para ser allí ametrallados. La masacre duró doce horas, y la sangre habría alcanzado un palmo de profundidad. Yagüe justifica ante otro periodista norteamericano la masacre: «Naturalmente que los hemos fusilado. ¿Pensaban que me llevaría conmigo a 4 000 rojos mientras mi columna avanzaba luchando contrarreloj? ¿Debía dejarlos en libertad a mis espaldas, permitiéndoles que hicieran nuevamente de Badajoz una ciudad roja?»

Con la conquista de Badajoz, los nacionalistas consiguen unir por tierra sus dos zonas. Simultáneamente, el ejército de Mola, con el inestimable apoyo de la aviación germana, avanza en el Norte. Sitia Irún (País Vasco), y logra que las autoridades republicanas locales se retiren a Francia. Pero, al igual que en Badajoz, milicianos comunistas y de la CNT defienden cada palmo de terreno. Cuando se acaban las municiones, tiran piedras.

Solo entonces, luego de más de quince días de combates, se retiran a Cataluña incendiando todo a su paso. El 5 de septiembre, los sitiadores entran a una ciudad en ruinas.

La cuantiosa intervención nazi-fascista ha dado sus frutos. Los nacionalistas creen que la guerra acabará pronto, cuentan con la superioridad de su material bélico y de su técnica militar. Las condiciones están dadas para lanzar la ofensiva final sobre Madrid. El ejército de Franco, en Extremadura, se rearma con los refuerzos que llegan desde el Norte y se pone en marcha. Pero en lugar de dirigirse hacia Madrid se desvía hacia Toledo.

Las tropas de Franco entran en esa ciudad el 27 de septiembre. Los milicianos que tratan de impedir su avance son aplastados por legionarios y marroquíes. Cerca de 40 anarquistas incendian el edificio en el que están atrincherados cuando se quedan sin municiones. Las tropas de Franco van ocupando toda la ciudad. En el hospital asesinan a heridos y a trabajadores. Los niños y mujeres que los guardias civiles del Alcázar habían tomado como rehenes en el momento de su acuartelamiento ya habían sido fusilados semanas atrás.

El levantamiento del sitio del Alcázar de Toledo, donde los guardias civiles resistían desde julio, tiene un importante efecto propagandístico. A fines de septiembre, y muy cerca de Madrid, el ejército nacionalista planea celebrar el Día de la Raza en la capital.

LA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL CON LOS REPUBLICANOS

Alrededor del mundo, millones de trabajadores se solidarizan con la causa republicana. El compromiso con el pueblo español no es declamativo, se expresa en una multiplicidad de acciones concretas y cotidianas. Así, se suceden huelgas, mítines,

concentraciones multitudinarias, marchas, y sabotajes en los puertos a las embarcaciones que llevan material para los fascistas. Muy importantes son las colectas que realizan con mucho esfuerzo los trabajadores. Con ese dinero, la República compra armas, e incluso aviones, para defenderse.

Del mismo modo, la solidaridad internacional cumple un papel muy importante en la lucha ideológica. A través de periódicos, folletos y volantes, informan lo que ocurre en España, enfrentando las versiones que difunden los grandes medios. La solidaridad no es, entonces, un «favor» ni un «acto de caridad». Por el contrario, es un acto de militancia. Todos tienen claro que en España no se decide solo la suerte del pueblo español, sino la de los trabajadores y desposeídos en general.

Este compromiso e identificación con la lucha española llegaron a su máximo nivel en la decisión de miles de militantes, intelectuales, artistas y trabajadores que desde decenas de países acuden como voluntarios. Dejan todo para ir a combatir el fascismo en la península ibérica, dispuestos a dar hasta la vida. Vienen llegando por su cuenta desde antes de que se desate la guerra. A partir de octubre, lucharán formados en las famosas Brigadas Internacionales.

El enorme apoyo de los pueblos contrasta con la indiferencia de casi todos los Gobiernos. Solo los de México y la URSS se definen claramente a favor de la República. Lázaro Cárdenas (1895–1970) y el pueblo mexicano envían a España combatientes, armas, alimentos y ropas. Sin duda el apoyo más importante proviene de la URSS. No por casualidad ambos Gobiernos han surgido de procesos revolucionarios.

Pero mientras los países fascistas se posicionan explícitamente a favor de los nacionalistas españoles, y México, la URSS y los pueblos del mundo se comprometen con la causa republicana, ¿qué actitud adoptan los gobiernos «democráticos» de

Francia, Inglaterra y los Estados Unidos? Pues a diferencia del compromiso militante de sus pueblos, estos Gobiernos le vuelven la espalda a la República.

LAS «DEMOCRACIAS» OCCIDENTALES Y LA «NEUTRALIDAD»

Winston Churchill (1874–1965) expresa con claridad y crudeza la postura de estas «democracias»: «Una España fascista resucitada, en completa simpatía con Italia y Alemania, es una suerte de desastre. Una España comunista (...) sería otro, y que muchos consideran peor.» (*Political Journal*, 10 de agosto de 1936.) Las mayores expectativas de los republicanos españoles estaban en Francia. Cercano geográficamente, en ese país también gobierna también un Frente Popular cuyo primer ministro es el socialista León Blum (1872–1950). Un acuerdo firmado un año antes entre ambos países establecía que España podía abastecerse de armas en Francia con carácter preferencial. Contrariando todo esto, cuando se desata la guerra, Blum emprende una campaña internacional por la «no intervención» en el conflicto «interno» español, y cierra la frontera para el paso de material bélico.

El 9 de septiembre se reúne en Londres por primera vez el «Comité de No Intervención», integrado por casi todos los países europeos. La reafirmación de la «neutralidad» es reafirmada ante la flagrante violación de este principio por parte de las potencias fascistas. Inglaterra busca garantizar sus propiedades y negocios en España, y no tarda en llegar a acuerdos con Franco y sus aliados germanos. Los Estados Unidos, que no participa del Comité, prohíbe por ley la venta de armas a la República, pero abastece de gasolina a los nacionalistas. Así, la «no inter-

vención» se convierte de hecho en el bloqueo a la República, que no puede comprar armas en el exterior.

Esta situación era reconocida abiertamente por representantes de los países en cuestión. El jerarca nazi Joseph Goebbels (1897–1945) afirmaba que Alemania no se ajustaría a negociaciones en comités y subcomités que se dilataban mientras los «rojos» hacían ejercicios de tiro en Valencia. Por su parte, *Roma Fascista*, el periódico del Grupo Universitario Fascista, reconocía con soberbia que Italia nunca había entrado en la farsa de la no intervención, y que combatían con orgullo en España junto a Franco. Claude Bowers (1878–1958), embajador de Estados Unidos en España, evaluaba que la no intervención y el embargo de su país a la República eran contribuciones importantes para la victoria del Eje. (London: *Se levantaron antes del alba*.)

La URSS fue el único integrante del Comité que denunció lo que ocurría. Tras varios intentos fallidos de que este organismo adoptara sanciones en contra de Alemania, Italia y Portugal, se consideró eximida de seguir respetando esos acuerdos. A partir de septiembre de 1936 envía a la asediada República grandes cantidades de armas, parque, tanques, blindados, aviones y alimentos. Esta ayuda material va acompañada por un grupo de élite de técnicos, asesores y cuadros militares, de los que prácticamente carece el campo republicano. Según archivos de la URSS, el número de estos voluntarios nunca habría superado los 3 000, aunque su formación se tradujo en una gran influencia. (Artola: «Reseña de España traicionada».) Habría que contar también, como aporte de ese país, la formación de muchos comunistas españoles que cursaron escuelas militares en territorio soviético.

La centralización del poder en el campo republicano

Hacia septiembre de 1936 la situación de la República era sumamente delicada. En las jornadas de julio el pueblo ha logrado frenar el avance fascista, y las principales regiones económicas y políticas han quedado en el campo republicano. Pero ahora el enemigo se ha reacomodado, ha consolidado su armamentística y, con la falsa neutralidad internacional, ha logrado un amplio margen de movimiento.

La pérdida de territorios durante la ofensiva de agosto, la dificultad de coordinar acciones entre milicias autónomas, la carencia apremiante de armas y, por supuesto, la inminencia del ataque nacionalista a Madrid, imponen la necesidad de organizar de una vez un mando único para enfrentar al enemigo. Los sindicatos y partidos, dueños de la iniciativa, no pudieron o no quisieron tomar el poder central. El Gobierno republicano, que desde el 18 de julio carecía de poder real, adquiere una nueva vitalidad. El 4 de septiembre, Francisco Largo Caballero, líder de la UGT y del ala izquierda del PSOE, es nombrado presidente y Ministro de Guerra. El Estado central resurge con un importante consenso.

Los poderes republicanos regionales comienzan a reconstituirse en detrimento de los comités. A fines de septiembre se forma un nuevo Gobierno de Cataluña, al que se incorporan republicanos. El 1 de octubre, por orden del flamante Consejo de la Generalidad, el Comité de Milicias se disuelve, y sus miembros quedan integrados en el Consejo. Todos ellos rubrican la decisión de disolver todos los comités locales de la región. En Aragón, luego de importantes presiones, el Consejo de Defensa incorpora a representantes de todos los firmantes del Frente

Popular. Los vascos quedan también en el nuevo marco institucional. Consiguen su estatuto de autonomía, eligen al presidente de Euzkadi (País Vasco), y Manuel Irujo se integra al Gobierno de Largo Caballero. En Asturias los comités subsisten. Una vez más, esto se logra por la unidad entre las centrales sindicales y por la alianza entre las Juventudes Libertarias y las JSU, descontentas por el creciente predominio del PCE. En las otras regiones la reinstitucionalización no presenta mayores inconvenientes, y el gobierno de Caballero logra «reencauzarlos» sin recurrir a la confrontación directa.

Inmediatamente se pone en marcha la militarización de las milicias. Un decreto del 29 de septiembre abre el camino que lleva a la formación del Ejército Popular. El Gobierno central pasa a hacerse cargo del estipendio asignado a los milicianos, que antes corría por cuenta de cada grupo. Se crea un Estado Mayor encargado de coordinar las acciones. Se integran al nuevo ejército militares profesionales que, aunque de lealtad republicana dudosa, aportan conocimientos técnicos imprescindibles. Al mismo tiempo, se desarrollan escuelas de formación de oficiales para los milicianos.

Dentro del Ejército Popular, las milicias pasan a encuadrarse en batallones, regimientos, brigadas y divisiones, y dejan de identificarse por sus nombres. Si bien gran parte de los regimientos mantienen sus jefes naturales, los grados son restablecidos, y el apelativo general de «compañero» comienza a caer en desuso.

Por un lado, estos cambios implican la liquidación del poder revolucionario, que se fundamentaba en las milicias. Por otro, tampoco es este un ejército tradicional. El adjetivo «popular» no es mera retórica. Constituido por trabajadores, su meta es derrotar el fascismo. Al contrario de los ejércitos burgueses, el ejército popular busca que la política no se diluya en la nueva

organización técnica. Para lograrlo, retomando experiencias históricas anteriores, se crea la figura del comisario político, encargado de mantener la línea política, y de la formación de los milicianos-soldados.

Sin embargo, la militarización genera fricciones. Milicias anarquistas rechazan estas medidas al grito de «Milicianos, sí. Soldados, ¡jamás!» El POUM, sin estar en desacuerdo con la formación de un ejército, ve con recelo la preeminencia del PCE y teme por el futuro de sus milicianos. Pero no aceptar las nuevas reglas significa quedarse sin armas y sin combates. En consecuencia, hasta las milicias más reacias terminan por subordinarse a la militarización y el mando único.

En estos meses, la hegemonía del PCE se consolida. No es solo la ayuda soviética la que promueve esto. Su Quinto Regimiento, formado en Madrid en los días posteriores al golpe fascista, es el único cuerpo de milicias que tiene sus mandos completos. Desde el inicio mantiene elementos de la disciplina militar tradicional. Su propio nombre lleva esta impronta; el ordinal «quinto» se debe a que en Madrid hubo tradicionalmente cuatro regimientos. No es azaroso que muchos militares republicanos se hayan acercado a este regimiento con formas menos disruptivas que otras milicias. Asimismo, la capacidad del PCE de ponerse al frente del movimiento dando respuestas rápidas a las necesidades del momento, junto a la disciplina y eficiencia de sus militantes, hacen crecer su ascendiente sobre las masas. En solo 6 meses, el PCE pasa de los 25 000 afiliados que tenía en febrero de 1936, a 110 000. Esta creciente influencia se cristaliza en el control de ciertos aparatos del nuevo Gobierno, como los órganos de propaganda, el Servicio de Investigación Militar y el comisariado de guerra.

Tal como se expuso anteriormente, la línea política del PCE sigue a la de la IC, que promueve la inclusión de fracciones

burguesas democráticas en la alianza antifascista. Hay organizaciones antifascistas que no acuerdan con esta postura. En definitiva, más allá de diferencias secundarias, la polémica se da en torno a cuál es la meta, ganar la guerra o hacer la revolución.

Sin embargo, era innegable que con el fascismo de por medio no se podía lograr ninguna de las dos. La conciencia de que el enemigo está del otro lado bombardeando, tratando de avanzar, matando, permite aún una fuerte unidad en la lucha.

Por otro lado, el proceso de definición de la situación de «doble poder» fue paulatino, la ruptura con la revolución no apareció de un modo tajante. En primer lugar, la reconstitución del poder republicano se presentó como la única alternativa real. Luego, no fue anecdótico que la máxima magistratura la ejerciera Largo Caballero, «el Lenin español», según algunos. Su figura contaba con la confianza de las masas y el respeto de casi todos los dirigentes. En tercer lugar, la incorporación de cuatro ministros de la CNT en noviembre vino a reforzar la idea de que el ímpetu revolucionario estaba garantizado.

Asimismo, el nuevo Gobierno dio sanción legal y continuó parte de las conquistas de las primeras semanas. En octubre, el Gobierno legalizó las ocupaciones de tierras de quienes hubieran participado del levantamiento nacionalista, y creó comités directivos en los Bancos en sustitución de los consejos de administración. Desde noviembre el ministerio de industria estuvo a cargo de un anarquista, lo que sugería algún tipo de reconocimiento a la política de colectivización e incautación que la CNT había llevado adelante. En febrero de 1937, acuciado por necesidades bélicas, el Gobierno republicano dispuso además la nacionalización de industrias estratégicas.

Las líneas de continuidad con la Revolución fueron más directas en áreas como la cultural. En plena guerra, cómo hacer que la educación llegara a todo el pueblo siguió siendo una

preocupación central. El Gobierno formó equipos de milicianos-maestros que se dedicaron a alfabetizar en el frente y en las zonas rurales de la retaguardia, mantuvo en funcionamiento las escuelas profesionales, creó bachilleratos simplificados, y fundó universidades populares e institutos de formación.

Barbro Alving, alias Bang (1909–1987), una periodista sueca, en su crónica del 9 de noviembre de 1937 cuenta cómo era por dentro uno de esos institutos para trabajadores situado en Valencia. El edificio, que había sido un colegio de los jesuitas, tenía en su entrada un cartel que decía: «Aquí está la nueva brigada de trabajadores, estudiando». El afán de cultura del pueblo había obligado a que se tuviera que establecer un examen de admisión. La institución tenía 150 vacantes y se postularon 600. La enseñanza era integral, incluía contenidos académicos y ciertos hábitos urbanos que muchos campesinos desconocían, como por ejemplo, el uso de cubiertos. Toda la enseñanza era completamente gratuita, y algunos trabajadores recibían además un estipendio para compensar los salarios perdidos. («La sed de conocimiento se sacia en plena guerra», 9/11/1937).

La creación de bibliotecas rurales, en los frentes y en todos los lugares posibles, forma parte del gran esfuerzo puesto en hacer llegar la educación hasta los puntos más recónditos de la geografía española. En sus Instrucciones al servicio de pequeñas bibliotecas de Valencia, María Moliner (1900–1981) les dice a los bibliotecarios: «El bibliotecario, para poner entusiasmo en su tarea, necesita creer en estas dos cosas: en la capacidad de mejoramiento espiritual de la gente a quien va a servir, y en la eficacia de su propia misión para contribuir a este mejoramiento...»

Puede argumentarse que estas transformaciones y leyes fueron menos avanzadas que las adoptadas por los comités

revolucionarios. El decreto gubernamental de incautación de tierras no legalizó muchas de las ocupaciones realizadas por los campesinos de tierras cuyos dueños eran grandes propietarios aunque no «facciosos» en el sentido estricto. También es real que las propuestas del POUM y la CNT de nacionalizar el comercio exterior y la banca no fueron concretadas, y que esto debilitó enormemente el desarrollo industrial de las empresas colectivizadas. Pero aun reconociendo todo esto, difícilmente puede negarse el carácter progresivo de estas medidas en una situación de guerra.

La organización política nacionalista

Al igual que el campo republicano, el nacionalista atraviesa un proceso de reorganización. En un comienzo, las diferencias políticas entre las tendencias y grupos nacionalistas habían sido postergadas, esperando resolverlas una vez en el poder luego del éxito del golpe. Pero la dinámica de la lucha echó por tierra la posibilidad de un triunfo inmediato. Los nacionalistas empezaron entonces a institucionalizar su alianza. En octubre de 1936, la Junta Provisional de Burgos nombra a Franco «Generalísimo y jefe del Estado». El «caudillo» concentra gracias a ello el máximo poder militar y político.

Sin embargo, las definiciones programáticas fueron avanzando más lentamente. Todavía en 1936, la Junta no se expide sobre el carácter del futuro Estado. Si bien hay una clara base ideológica falangista, la urticante cuestión de si se restaurará la monarquía o no es deliberadamente dejada en suspenso. Tampoco hay un posicionamiento explícito respecto al lugar

que tendrán en el futuro programa de Gobierno las reformas sociales propuestas por la Falange. Para los sectores más tradicionalistas y católicos, las medidas sugeridas por los fascistas españoles «pecan» de obreristas (¡!).

La defensa de Madrid: ¡No pasarán!

En el mes de octubre, el cerco nacionalista comienza a cerrarse sobre Madrid. Los bombardeos aéreos se producen varias veces por día y anuncian la proximidad del ataque terrestre. Efectivamente, las columnas de Mola, Varela y Yagüe se acercan cada vez más. Como si las bombas no fueran suficientes, los nacionalistas buscan desmoralizar a la población madrileña con todos los medios a su alcance. Cuando unos periodistas extranjeros le preguntan a Mola con cuál de sus cuatro columnas entrará a Madrid, él responde que lo hará con la «quinta columna», refiriéndose a sus partidarios que actúan contra la República dentro de la ciudad.

Pero Madrid se prepara para resistir. Todas las organizaciones redoblan la propaganda. Los actos se multiplican; hay marchas diarias de trabajadores, mujeres, estudiantes y docentes. Las paredes y postes se llenan de afiches y periódicos murales que explican la situación y cómo enfrentarla. Dirigentes de fuste como Pasionaria y Largo Caballero hablan continuamente en concentraciones callejeras y alocuciones radiales. En ningún momento se encubre la gravedad de la situación.

En esos días, las consignas «¡No pasarán!» y «¡Ni un paso atrás!» se convierten en bandera del antifascismo. El sentimiento unitario entre comunistas, anarquistas, socialistas, trotskistas, se traduce en una unidad en la acción que recuerda lo ocurrido durante la Insurrección de Asturias. La unidad se

plasma en el Gobierno. Con la entrada de los anarquistas, todas las organizaciones en lucha quedan representadas en él.

En la madrugada del 7 de noviembre, a punto de desatarse la batalla decisiva, Largo Caballero y sus ministros se trasladan a Valencia llevándose toda la documentación de Gobierno. En un sobre cerrado con instrucciones, las autoridades le informan al jefe de la división de Madrid, general José Miaja (1878–1958), que se queda al mando de la situación. También le ordenan que forme una Junta de Defensa integrada por todos los partidos miembros del Frente Popular. Sin mucho optimismo, la nota termina pidiéndole a Miaja que haga lo que pueda. El secreto en que se realiza toda la operación de salida del Gobierno abona la imagen de una huída. El pueblo de Madrid no comparte la decisión. El grito de la CNT de «¡Viva Madrid sin Gobierno!» no es mal recibido por los militantes de otras tendencias políticas ni por la población en general.

Una vez conformada, la Junta de Defensa de Madrid adopta medidas radicales: distribución masiva de armas entre el pueblo, propaganda con fervientes apelaciones al combate, formación de comités con amplísimos poderes, acción directa de masas, vigilancia y justicia revolucionarias.

La preparación de la resistencia implica trabajo y esfuerzo. En el Madrid sitiado nadie queda al margen. Quienes tienen armas van al frente. Los hombres y mujeres que quedan en la retaguardia, junto a niños y ancianos, construyen nuevas barricadas y trincheras. La Junta de Madrid cuenta con armas, aviones y blindados enviados por la URSS, con el asesoramiento de cuadros soviéticos para armar el plan de defensa, y con varios batallones y brigadas del Ejército Popular. Pero lo más importante que tiene para repeler la invasión es la voluntad popular de vencer.

Un aporte invaluable realizarán las recientemente fundadas Brigadas Internacionales, que encuadran a los voluntarios internacionales que llegan con la ayuda logística de la IC. Los batallones de estas brigadas nuclean a soldados que provienen del mismo país o región. Generalmente, cada unidad se identifica con el nombre de luchadores del mismo origen que los voluntarios. Así, en la XI Brigada formada en octubre de 1936 están los batallones Edgar André, integrado por alemanes, el Commune de Paris, por franceses y belgas, y el Dombrowski, por polacos, húngaros y yugoslavos. En la XII Brigada, con los famosos batallones Thaelmann, Garibaldi y André Marty, hay combatientes alemanes, italianos y franco-belgas, respectivamente. Más tarde se crean la XIII, la XIV y la XV Brigadas, hasta que en junio y julio de 1937 se completan los cuerpos internacionales con las brigadas 150 y 129. Además de las ya mencionadas, decenas de naciones están representadas en las brigadas: polacos, húngaros, checoslovacos, búlgaros y de las muchas nacionalidades de los Balcanes, estadounidenses, canadienses, mexicanos, chilenos, argentinos, cubanos, y de muchos otros países.

La solidaridad de estos 40 000 internacionalistas, la fuerza de su compromiso y su convicción férrea en la victoria, hacen que su incidencia sea cualitativamente superior a su peso numérico. Muchos de ellos no entienden el español, pero todos tienen muy claro por qué están allí: para combatir a muerte al fascismo. Los brigadistas alemanes e italianos tienen un motivo extra: revertir la derrota que han sufrido los trabajadores en sus países.

El origen social y político de los internacionales es diverso. Entre ellos hay mecánicos, albañiles, ingenieros, músicos, artistas, maestros, estudiantes, e incluso algunos pequeños comerciantes. Algunos son militantes experimentados como Pietro Nenni (1891–1980), Luigi Longo (1900–1980), Vittorio Vidali

(1906–1983), conocido como el Comandante Carlos, Palmiro Togliatti (1893–1964), Mijail Kolstov (1898?–1942) y Emilio Kléber (1898–1939). Otros no tienen un encuadramiento partidario.

Los hechos se precipitan. Los días 8 y 9 se producen combates de gran magnitud. Un hecho casual ayuda a los republicanos. En la chaqueta de un oficial nacionalista caído se encuentra la «Orden operacional núm. 15», con el detalle del plan de ataque. Los generales Rojo y Miaja, que esperaban el ataque desde el sureste, refuerzan gracias a esta información la zona de Ciudad Universitaria y Casa de Campo en el noroeste. Durante dos semanas los enfrentamientos son masivos. Los nacionalistas avanzan, pero las tropas moras y de la Legión se ven en dificultades al tener que luchar en las calles, un terreno que los republicanos dominan mejor. En los edificios de la Ciudad Universitaria se pelea cuerpo a cuerpo, con armas blancas, para conquistar cada piso o sector.

Hacia el 20 de noviembre la balanza empieza a inclinarse a favor de los republicanos, que poco a poco recuperan todo el territorio perdido. La batalla se traslada a las carreteras que unen a la ciudad con el resto del país, pero se ha levantado el asfixiante cerco. El «¡No pasarán!» se ha cumplido, y Madrid sigue siendo republicano. El pueblo unido ha infligido una grave derrota a un ejército profesional.

Vivir en guerra

La historia de la Guerra Civil española no es solo la de las batallas y campañas, ofensivas y defensivas; es también la historia de millones de hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos, que en el frente o en la retaguardia viven en guerra durante años.

LA VIDA EN EL FRENTE

Al igual que la Primera Guerra Mundial, la Guerra de España es una guerra de trincheras. Esto implica que, además de dedicarse a luchar, los milicianos y soldados del ejército popular deben trabajar en la construcción y mantenimiento de estas fosas. Cavar y apuntalarlas es una tarea fundamental, ya que los bombardeos generan derrumbes que pueden provocar bajas por asfixia.

Las trincheras tienen una estructura de línea que en ciertos sectores avanza sobre el territorio. En esos lugares se construyen parapetos donde se instalan los dinamiteros con sus bombas caseras, sus hondas y sus cigarros encendidos para prender la mecha. Fuera de la trinchera, por lo general en alguna elevación del terreno, se instalan los nidos de ametralladora.

Lejos de la línea de fuego, en alguna edificación, se establece la comandancia, que debe encargarse de coordinar las tareas de defensa y ataque, el sistema de relevos, la comunicación con la primera línea y la provisión de alimentos. También en zonas menos expuestas se organiza una enfermería y, en los casos que lo permitan, una escuela.

La provisión de alimentos y bebidas requiere de toda una logística, que va desde conseguirlos hasta hacerlos llegar a los soldados. El gobierno republicano distribuye una gran cantidad de alimentos enlatados que recibe de la URSS. Pero estos no son suficientes o no se pueden trasladar a algunas zonas, por lo que hay que conseguirlos en los pueblos o ciudades cercanos, muchas veces abandonados. Contar con un buen cocinero y con una comandancia que se ocupe de darles un plato de comida caliente o una taza de café a quienes hacen guardia en el frío de las sierras contribuye a elevar la moral de los combatientes.

Otro gran problema es el cuidado de la salud para evitar bajas por enfermedades. Mantener la higiene en las fangosas trincheras es algo difícil, y resulta imposible evitar la proliferación de piojos. Los inviernos helados y la lluvia persistente, sumados al agotamiento y la falta de una alimentación equilibrada, provocan muchas enfermedades, principalmente respiratorias. Estas situaciones se agravan cuando los relevos no pueden llegar a tiempo.

El cuidado del armamento también implica un trabajo continuo. Hay que limpiar los fusiles y clasificar las municiones. Los republicanos pelean, básicamente, con armas provenientes de México, Checoslovaquia y la URSS. Cada una de ellas funciona con una munición que, si se emplea en un arma de otro origen, la encasquilla, la traba.

Junto a estas cuestiones comunes, cada frente de combate presenta su particularidad. La geografía que los rodea y la distancia con las líneas enemigas marcan considerables diferencias. A veces los nacionalistas con sus aliados alemanes e italianos están muy lejos y transcurren semanas enteras sin que haya algo más que pequeñas escaramuzas. Estos tiempos muertos provocan mucho desgaste en los milicianos, que no tienen el aliciente de la batalla para dar cauce a la ansiedad y tensión permanentes. Entonces, los jefes y comisarios políticos aprovechan la relativa calma para organizar eventos culturales, obras de teatro, e instalar bibliotecas ambulantes. También se lleva adelante la alfabetización.

En otros frentes, por el contrario, es tal la cercanía, que los intercambios de balas se complementan con otro tipo de canjes. Más de un cronista relata cómo llega a las trincheras republicanas algún perro con una nota de soldados nacionalistas pidiendo tabaco. Los milicianos aprovechan para hacer propaganda contra el fascismo. Envían los cigarrillos envueltos en

publicaciones partidarias, y con notas en las que señalan que los generales nacionalistas no comparten los víveres con sus subalternos.

También es común en este tipo de frente la realización de «combates verbales». Durante la noche, de uno u otro lado, se provoca al contrario. Los nacionalistas suelen acusar a los «rojos» de servir a la URSS. Los republicanos señalan la dependencia nacionalista de los nazis alemanes y los fascistas italianos. Asimismo, les marcan a los soldados nacionalistas, muchos de origen humilde, que están luchando a favor de los poderosos. A veces, como relata el internacionalista cubano Pablo de la Torriente Brau, cada bando elige al más elocuente de entre los suyos para que los represente en la pelea «dialéctica». Por lo general son los argumentos de los republicanos los que triunfan. Entonces, cuando las razones se acaban, viene el rosario de insultos acompañado de ráfagas de ametralladora (P. Torriente Brau: *Cartas y Crónicas de España*). Una internacionalista argentina cuenta cómo debaten en su milicia qué insultos se van a gritar, y practican durante el día cómo hacerlo a modo de coro para mostrar organización (M. Etchebéhère: *Mi guerra de España*).

LA VIDA EN LA RETAGUARDIA

La guerra no se vive solo en el frente de batalla. No hay ciudad, pueblo o aldea que pueda mantenerse al margen. También en la retaguardia hay zonas en que la presencia del enemigo es inmediata, y otras en donde está más alejado.

Como vimos en la defensa de Madrid, la población de la retaguardia debe organizarse para refugiarse ante los bombardeos, garantizar su subsistencia y colaborar con el frente. Hay que contribuir con más trabajo para reemplazar a los milicianos,

juntar mantas y abrigos para el frente, estar alerta para no dar información a los espías nacionalistas de la «quinta columna». Los periódicos murales, las marchas y actos, concentran a hombres y mujeres que siguen con fruición todo lo que sucede.

Pero tal vez más llamativo que esto sea que, a pesar de todo, sigan existiendo actividades propias de la vida cotidiana. Durante bastante tiempo, los cines funcionan. Se proyectan las numerosas películas sobre la Guerra de España que se producen en esos años, y las legendarias de la Revolución soviética, como *Chapayev*, llenan las salas; pero también se ofrecen comedias como *Una noche en la ópera*, de los hermanos Marx. En Madrid, luego de los bombardeos, los niños salen a las calles a jugar y la gente se reúne en los cafés.

Ilya Ehrenburg, periodista de *Izvestia*, describe vívidamente este singular vínculo entre muerte y vida en el campo republicano:

He visto sacar torsos destrozados de entre los escombros; unas horas antes los niños jugaban en ese mismo lugar. Y las madres, de pie junto a ellos, contemplaron el horror. En Jaén, una madre encontró una mano de su hija pequeña. La juntó con el torso y empezó a buscar la cabeza. ¿Qué más se puede decir? ¿Que la gente teme pasar las noches en las ciudades? ¿Que pasa las noches en los campos? ¿Que el hombre se ve condenado a llevar una vida animal? ¿Que en las cuevas de Cartagena han parido ocho mujeres? ¿Que los ancianos se esconden en las alcantarillas? La muerte recorre el país. (...) En esa casa rosada vive una anciana. A su hijo lo mataron de un tiro en Pozoblanco. En la pared, alguien ha escrito con carbón: «Es mejor morir de pie que vivir de rodillas.» (...) España no quería vivir de rodillas. Lucha por su derecho a vivir de pie. La vida es vasta y magnífica. Así se

la siente aquí, con mucha fuerza, junto a la muerte. Pero más vasta y magnífica es la dignidad que ilumina la existencia humana, tan preciosa que, en comparación, hasta la vida misma de los hombres pierde valor. (...) En este mundo de muerte, vemos con claridad la vida, la vida rebosante, ebria de alegría, solemne. (Primavera en España, 1/05/1937)

MUJERES REVOLUCIONARIAS

Muchas mujeres, españolas o no, jóvenes o maduras, se convierten en milicianas. No lo hacen solo como enfermeras o cocineras; se incorporan como combatientes de primera línea con tal heroísmo que provocan la admiración de sus compañeros varones. En una sociedad como la española, donde la mujer es asociada a tareas hogareñas, las milicianas luchan a la par de los hombres y hacen respetar su igualdad en la toma de decisiones. Dolores Ibarruri, *la Pasionaria*, se convierte en símbolo internacional de la República y de la lucha contra el fascismo. La anarquista Federica Montseny (1905–1994) es la primera mujer en ocupar un ministerio en España y Europa. Otras menos conocidas, como la militante del POUM Mika Etchebéhère, son elegidas jefes de sus milicias, o como Rosario Sánchez, la joven dinamitera que perdió un brazo en la guerra, a la que Miguel Hernández le dedicara un poema.

Además de las mujeres que parten a los frentes, las que quedan en la ciudad cumplen un papel fundamental. Su energía llama la atención de milicianos y periodistas extranjeros. Diariamente realizan manifestaciones en las que llaman a la acción y advierten sobre el peligro de la «quinta columna». Piden armas y organizan codo a codo con los hombres la defensa de pueblos y ciudades.

Este protagonismo de las mujeres republicanas contrasta con el papel que les cabe en el campo nacionalista. Allí se concibe que ser madres es el único destino y propósito de su existencia. Su supuesta inferioridad se justifica con argumentos «naturales» y religiosos. Falangistas y católicos dicen que los «rojos» son tan cobardes que hacen pelear a sus mujeres, a las que les cabe el lugar de la casa. Esta concepción retrógrada se mantiene aun cuando muchas mujeres nacionalistas se conviertan en espías o realicen sabotajes, entre otras cosas.

LOS NIÑOS DE LA GUERRA

Los niños también viven la guerra. Los bombardeos nacionalistas a blancos civiles los incluyen. Corren con sus madres a refugiarse. En los avances nacionalistas sobre los pueblos son innumerables los que quedan huérfanos luego de ver cómo sus seres queridos son asesinados. Muchos de ellos, apenas entrando en la adolescencia, se van al frente, y mienten acerca de su edad para que los milicianos les permitan pelear.

A medida que la guerra se extiende y que los nacionalistas se acercan a las ciudades más pobladas como Madrid y Barcelona, la preocupación acerca de cómo poner a salvo a los chicos se torna acuciante. Entonces, el Socorro Rojo Internacional, organización impulsada por la IC, se encarga de sacar a niños y niñas que apenas caminan, y a otros un poco más grandes, del territorio español. Algunos viajan hacia Francia y Gran Bretaña, pero la mayor parte se dirige a la URSS, donde el pueblo los recibe con efusivas demostraciones de afecto. Crecerán y se educarán en sus patrias adoptivas, lejos de sus padres y de su tierra. Muchos padres e hijos no volverán a verse jamás. Algunos retornarán, ya adultos, a España, en las décadas del

cincuenta o sesenta, pero esta poco tendrá que ver con el país de su infancia.

LA CULTURA Y LA GUERRA

El fuerte y original desarrollo cultural que tiene lugar en España desde la instauración de la República continúa y se profundiza con la Guerra y la Revolución. Las posibilidades de transformación social crean las condiciones para que florezca la explosión creativa que tiene lugar en todas las artes.

Grandes intelectuales y artistas luchan contra el golpe fascista. Muchos de ellos no solo lo hacen con sus obras, sino con las armas en los frentes de batalla. Basta hacer una breve enumeración de los que participaron de uno u otro modo en la Guerra Civil española para tomar dimensión del potencial de la Revolución española en el plano cultural. Encontramos allí, entre muchos otros, a hombres de la talla del pintor Pablo Picasso (1881–1973), los escritores Ernest Hemingway (1899–1961), André Malraux (1901–1976), Alejo Carpentier (1904–1980). Y, por supuesto, una miríada de poetas con «poesías que exaltan la batalla por la libertad, que apuestan al triunfo, que lloran a los caídos o que lamentan el destierro» (Garrido: *Poesía como un arma.*): Miguel Hernández (1910–1942), Antonio Machado (1875–1939), Rafael Alberti (1902–1999), María Teresa León (1903–1988), León Felipe (1884–1968), el cubano Nicolás Guillén (1902–1989), los chilenos Pablo Neruda (1904–1973) y Vicente Huidobro (1893–1948), los argentinos Raúl González Tuñón (1905–1974) y María Luisa Carnelli (1898–1987), y la lista podría continuarse mucho más.

Pero además de estos artistas con nombre propio, florecen autores anónimos que componen canciones sobre las batallas,

los héroes, las organizaciones, etcétera. Sus obras están destinadas a formar parte del cancionero de resistencia en todo el mundo, y resulta imposible pensar en la Revolución española sin recordar esos versos. *¡Ay, Carmela!*, *La hierba de los caminos*, *En el pozo María Luisa*, las *Coplas de la defensa de Madrid*, *El Quinto Regimiento*, quedan fundidas en la memoria colectiva con *La Internacional*, *Hijos del Pueblo*, *¡A las barricadas!* y *Bandera Rossa*.

Todo este desarrollo se enraíza en una profunda confianza en el ser humano, en sus potencialidades, que solo pueden desplegarse socialmente y a través del trabajo. Y el pueblo responde con entusiasmo, como siempre ocurre cuando se convierte en protagonista de su destino. La riqueza de esta cultura republicana, auténtica arma de liberación, no puede ofrecer mayor contraste con la pobreza, conservadurismo y rigorismo católico que impera en el campo nacionalista.

Los primeros meses de 1937

Toda guerra se libra a través de enfrentamientos en varios combates y batallas. Algunos de estos adquieren una importancia particular, ya que dan cuenta de la relación entre las dos fuerzas en una situación concreta. Uno de estos «hitos» lo marca sin duda el triunfo republicano en Madrid, heroica coronación de las victorias de los milicianos en las principales ciudades durante las primeras semanas de revolución.

Ante su fracaso en la capital, los nacionalistas reordenan su plan. Entre febrero y mayo de ese año vuelven a la ofensiva, obtienen importantes victorias militares y avanzan en su propia organización política. No obstante, todavía la situación no es

definitivamente adversa para los republicanos, que ofrecen resistencia y hasta consiguen resonantes triunfos.

DERROTA EN MÁLAGA, TRIUNFO EN EL JARAMA

Reconociendo la imposibilidad de entrar a la capital con una ofensiva directa, los nacionalistas tratan de cortar sus líneas de abastecimiento. Trasladan los enfrentamientos a campo abierto, terreno mejor dominado por sus tropas, poco acostumbradas a la lucha de calles. Así, en diciembre intentan quebrar la carretera que va hacia La Coruña, pero después de dos meses solo han podido controlar ocho kilómetros. Finalmente, la llegada del invierno con fuertes nevadas contribuye a que durante el enero de 1937 los enfrentamientos disminuyan.

En la primera semana de febrero de 1937 los nacionalistas ocupan Málaga, ciudad portuaria sobre el Mediterráneo. Málaga había resistido el avance fascista, que se extendía desde Andalucía por el Sur y había impedido que su puerto fuera la cabeza de playa para las tropas africanas. Pero en este momento los nacionalistas la ocupan sin grandes dificultades. Los acompañan las primeras unidades completas de soldados italianos, conocidas como Corpo Truppe Volontarie y dirigidas por sus propios mandos. Tras la victoria, las tropas fascistas siguen por la línea de la costa hacia el Este. Avanzan cerca de 100 kilómetros, mas las brigadas republicanas logran detenerlas a 80 kilómetros de Almería.

Tan solo dos días después de iniciado el ataque en Málaga, las tropas nacionalistas lanzan una nueva agresión contra Madrid. Tras la dificultad para avanzar por el Norte, ahora buscan hacerlo por el sureste. La meta es interrumpir la ruta que une a Madrid con Valencia, convertida en sede del Gobierno republicano central. Los fascistas cruzan el río Jarama, pero no pueden avanzar más

allá. Apoyados por 40 aviones soviéticos, el Ejército Popular y las Brigadas Internacionales hacen fracasar la intentona. La Batalla del Jarama, en la que han perecido 15 000 hombres de ambos ejércitos, termina con un triunfo republicano.

LA VICTORIA REPUBLICANA EN GUADALAJARA

Mientras las tropas nacionalistas cruzan el río Jarama, tropas italianas se aproximan a Guadalajara, a poco más de 50 kilómetros al noroeste de Madrid. El triunfo parece asegurado. La presencia de más de 20 000 hombres, la ayuda de los alemanes, una enorme cantidad de cañones, tanques y ametralladoras motorizadas, así lo indicaban. La situación del otro campo apunta en el mismo sentido. Los republicanos acaban de perder Málaga y enfrentan la Batalla del Jarama. Mussolini saborea la repercusión internacional que tendría una victoria de sus hombres en España.

Ante el avance de las tropas italianas, el Gobierno republicano moviliza a la 11 División Comunista de Enrique Lister (1907–1994) y a la 14 División anarquista de Cipriano Mera (1897–1977). Varios batallones de internacionales quedan integrados en estas divisiones, y resulta de particular importancia el de voluntarios italianos. Los antifascistas de esta nacionalidad ponen en marcha una campaña de propaganda con el propósito de minar la moral de los soldados de Mussolini. La acción es exitosa; muchos de sus compatriotas se deciden a cambiar de bando, y el derrotismo cunde en los demás.

Tras varios días, y demostrando una gran habilidad táctica, los republicanos reconquistan los territorios perdidos apoyados por la aviación. Le provocan además un gran número de bajas al enemigo, que no ha tenido el cuidado de controlar las montañas y bosques que rodean el camino. Las tropas fascistas pasan

del repliegue a una desprolija desbandada en la que abandonan posiciones y armamentos. Los hechos son cantados por Miguel Hernández: «Ceniciento Mussolini. /Ven a Guadalajara, dictador de cadenas, / Carcelaria mandíbula de canto:/ verás la retirada miedosa de tus hienas, /verás el apogeo del espanto./ (...)Dictador de patíbulos, morirás bajo el diente /de tu pueblo y de miles. (...)» (Miguel Hernández: «Ceniciento Mussolini.»)

LA CAMPAÑA NACIONALISTA EN EL PAÍS VASCO

Ante las frustradas experiencias en la zona de Madrid, los nacionalistas centran ahora su ofensiva en el País Vasco. Conquistar esta región es importante por varias razones. Por un lado les permitiría cerrar la frontera francesa, obtener el hierro de la región y conseguir un apoyo más explícito de Inglaterra, que tiene inversiones en la zona. Además, es la única región en donde gran parte del clero lucha con los republicanos. La aniquilación de esta rama heterodoxa facilitaría que el Vaticano se adhiriera públicamente a los golpistas. Por último, se piensa que la resistencia local no será muy férrea, ya que los dirigentes nacionalistas vascos no dispondrán la movilización de los obreros.

Mola inicia la ofensiva el 31 de marzo de 1937. Su primer objetivo es Bilbao, capital de la provincia de Vizcaya. Planifica una acción rápida, contando con la enorme superioridad en armamento de su ejército y con las divisiones entre tendencias de la resistencia. Tal como se esperaba, la dirigencia del Partido Nacionalista Vasco no se pone a la cabeza de la defensa. Pero sí lo hacen los obreros, especialmente anarquistas de la CNT y mineros asturianos. Contrariando las órdenes de los líderes locales y representantes del Gobierno republicano, resisten con fervor. Cuando se ven derrotados, destruyen e incendian lo que ha quedado. El 19 de junio los hombres de Franco ocupan

Bilbao. Lo que iba a ser una operación «relámpago» ha tardado 11 semanas.

LA UNIFICACIÓN DE LAS MILICIAS NACIONALISTAS Y EL PARTIDO ÚNICO

En abril de 1937, la organización política nacionalista da un paso más. Con el consenso de Queipo del Llano y de Mola, Franco firma el decreto del Partido Único, que dispone la unificación de la Falange con los requetés y se convierte en Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Todos los demás partidos son disueltos. Asimismo, se ordena la unificación de las milicias nacionalistas. Franco, que desde octubre era ya Jefe del Estado y «Generalísimo», se convierte también en Jefe del partido y de la Milicia Nacional.

La Falange Española Tradicionalista adopta como uniforme la camisa azul, símbolo de los obreros industriales que usaba la Falange, y la boina roja, característica de los requetés carlistas. Se instituyen el saludo con el brazo derecho extendido y el símbolo del yugo y las flechas, ambos de origen falangista. En lugar de la bandera roja y negra en bandas verticales de la Falange, se restablece la roja y gualda de los monárquicos (con modificaciones en el escudo, es la misma bandera que se usa en la actualidad) (2006). Si bien se sigue cantando el himno falangista *Cara al Sol*, oficialmente se restaura el himno sin letra de la casa de Borbón. En esta exaltación a la jerarquía y a la «hispanidad», la Iglesia Católica aporta también sus símbolos.

GUERNICA

La ofensiva nacionalista en el País Vasco continúa. Como siempre, cada avance por tierra es precedido y acompañado por bombardeos de la aviación.

El 26 de abril de 1937, a las 17:45, la Legión Cóndor enviada por Hitler, compuesta por pilotos y aviones nazis, lanza bombas incendiarias de fósforo sobre Guernica. Es día de mercado, y los habitantes de este pequeño pueblo están en las calles. El bombardeo dura apenas unos minutos. Mujeres, niños y ancianos caen bajo las bombas, que destruyen las tres cuartas partes de los edificios de la ciudad. Más de 2 700 víctimas, entre muertos y heridos, se esparcen por las calles. Los fascistas alegan que no han sido ellos los responsables de la destrucción de Guernica, sino los anarquistas, que prendieron fuego al pueblo. Pero la flagrante mentira resulta insostenible.

El bombardeo a Guernica, inmortalizado en el famoso cuadro de Pablo Picasso, conmociona a la opinión pública internacional. Sin embargo, no es ni el primero ni el último ataque de este tipo a población civil.

Crisis en la alianza antifascista

LAS JORNADAS DE MAYO DE 1937

Desde la exitosa defensa de Madrid, el poder del PCE dentro de la alianza republicana y entre las masas no deja de acrecentarse. Pero no todas las tendencias del campo republicano están de acuerdo con la perspectiva de este partido. El descontento de estas fracciones se profundiza a medida que la guerra se prolonga, y las metas revolucionarias son postergadas una y otra vez.

La FAI, las Juventudes Libertarias, junto a la mayor parte de la CNT y el POUM, comienzan a mostrar su disidencia. A ellos se suman, a principios de 1937, los sectores de izquierda de la UGT

y del PSOE. Cataluña, una de las regiones en donde las transformaciones revolucionarias han llegado más lejos, se convierte en el epicentro de la oposición a la política dominante en el campo republicano.

El Gobierno central y el de la Generalidad vigilan con atención. Previendo que el Día Internacional de los Trabajadores, el 1º de mayo, tendrá lugar una manifestación opositora, prohíbe la realización de actos. Estos Gobiernos usan como justificativo la postura crítica de la Central para quitarle el poder local que esta aún conserva. Comienzan quitándole el control de las aduanas. Luego ordenan el desalojo de los cenetistas de la Central Telefónica de Barcelona. Militantes de la CNT ocupan ese edificio desde julio de 1936, y gracias a ello tienen el control de todas las comunicaciones de la ciudad. Anticipando la resistencia, el Gobierno central envía camiones de la Guardia de Asalto. Pero los obreros barceloneses se preparan para defender los espacios que ellos mismos conquistaron con la Revolución. En pocas horas, la ciudad se llena de barricadas.

Los obreros anarquistas, del POUM y de la izquierda de la JS, resisten. Blandiendo como argumento la necesidad de garantizar la «paz social» y evitar una lucha fratricida, el Gobierno republicano manda 5 000 guardias de refuerzo para controlar la situación. La mayor parte de los dirigentes políticos centrales apoyan esta decisión, al igual que los líderes catalanistas.

Por su parte, los dirigentes políticos de la oposición de izquierda se han visto superados por la insurrección y no pueden conducir el proceso en el momento más crítico. El resultado es la derrota de los obreros catalanes y de la oposición revolucionaria. Los muertos, heridos y presos políticos se cuentan por centenas.

LA RENUNCIA DE LARGO CABALLERO

Las Jornadas de Mayo provocan una fuerte crisis dentro de la alianza antifascista. El PCE, sectores del republicanismo, y la línea de Indalecio Prieto del PSOE claman por la exclusión de los «incontrolables» anarquistas de los espacios de Gobierno y por la ilegalización del POUM. Esto implica reestructurar de plano y modificar las bases sobre las que se reconstruyó el poder republicano. Pero Largo Caballero se opone con firmeza.

Las relaciones de Largo Caballero con los comunistas hace tiempo que no son óptimas. A principios de 1937, el dirigente socialista se opone a la propuesta de fusión del PSOE con el PCE, y discute con los asesores soviéticos la forma de encarar la guerra. Ataca el poder de los comunistas asumiendo él mismo la designación de los comisarios políticos, institución virtualmente monopolizada por el PCE, aparte de juzgar a los comunistas responsables de la detención de militantes de otras tendencias.

Tras las Jornadas de Mayo, estas diferencias se ahondan. Largo Caballero se niega con firmeza a ilegalizar y perseguir a los anarquistas y al POUM. Afirma que no está dispuesto a «utilizar métodos propios de gobiernos reaccionarios y de tendencias fascistas (...) Si el gobierno tuviese que aplicar medidas de represión sería como el gobierno Gil Robles o Lerroux. Destruiría la unidad de la clase obrera y lo expondría al peligro de perder la guerra y minar la revolución...». (Citado en Broué y Témime: ob. cit.)

En desacuerdo con el rumbo que va adoptando el resto del Gobierno republicano, pero sin decidirse tampoco a articular en torno suyo a los sectores radicales, Largo Caballero renuncia a sus cargos el 15 de mayo de 1937. La UGT lo expulsa y otro tanto

hacen las Cortes con los parlamentarios ligados a su figura. Los ministros anarquistas renuncian en adhesión.

EL GOBIERNO DE NEGRÍN

Tras la renuncia de Largo Caballero se forma un nuevo Gobierno republicano presidido por Juan Negrín (1891–1956). Obviamente, no lo integran ni el POUM ni la CNT. Incluso los sectores más radicalizados de la JSU y del PSOE son excluidos de los cargos más importantes.

El nuevo presidente es un médico socialista. Ex ministro de Hacienda de Caballero, mantiene buenas y estrechas relaciones con los soviéticos y comunistas. Como ministro fue uno de los encargados de organizar el traslado de las reservas de oro del Banco de España a la URSS, en octubre del año anterior.

El autodenominado «Gobierno de la Victoria» se plantea dos propósitos fundamentales: suprimir la oposición interna y ganar la guerra. Se evalúa que ambos están vinculados. Al acallar a los grupos «extremistas», el Gobierno daría muestra de moderación. Hipotéticamente, esto permitiría conseguir el apoyo de las «democracias» occidentales que tan aislada han dejado a la República. Una situación internacional menos desfavorable, a su vez, ayudaría a ganar la guerra.

Entre las primeras medidas que adopta Negrín está la orden de disolución e ilegalización del POUM. Muchos de los dirigentes y militantes de este partido son apresados. De algunos se desconoce el lugar en el que están detenidos. Su referente principal, Andrés Nin (1892–1937) es «desaparecido», aunque poco después se supo que fue asesinado violentamente en una cárcel secreta controlada por el PCE.

Los anarquistas sufren también la represión del nuevo Gobierno. En agosto es disuelto el Consejo de Aragón, conducido

por anarquistas de la línea de Durruti. Símbolo de las colectivizaciones agrarias, este Consejo, aunque con modificaciones, resistía al proceso de recentralización defendiendo su origen revolucionario.

Todo esto va acompañado de una intensa propaganda en la que se acusa a los militantes del POUM y a los anarquistas de ser agentes de Franco y de Hitler. La unidad de hermanos proletarios pasa a ser una reliquia del pasado.

En el plano militar, Negrín intenta retomar la iniciativa de la guerra. Para frenar el avance nacionalista en el Norte y quebrar la presión en los territorios cercanos a Madrid, a comienzos de julio ocupa Brunete, pueblo a 31 kilómetros de la capital. Al abrir un nuevo frente de combate pretende obligar al enemigo a dividir sus fuerzas. Alrededor de 47 000 soldados republicanos y una gran cantidad de artillería, especialmente antiaérea, son destinados para la operación. No obstante, aunque exitosa en un principio, la ofensiva se detiene. El mando republicano cae en la táctica defensiva de diversión que Franco ha desarrollado en África y emplea en la Península. Consiste en crear focos de resistencia secundarios, de escaso valor, a los que se destinan pocos hombres. Los focos llevan adelante una defensa sumamente agresiva. El objetivo es que el adversario se ensañe con ellos y disperse sus fuerzas en posiciones poco importantes en lugar de concentrarla contra el foco principal. Lo que hace el ejército popular en la batalla de Brunete es lo que los nacionalistas querían que hiciera. A fines de julio, el fracaso republicano es evidente. No ha logrado levantar el cerco que pesa sobre las cercanías de Madrid y tampoco ha frenado la invasión del Norte.

El avance nacionalista en el Norte

A mediados de agosto, pocos días después de la finalización de la batalla de Brunete, las tropas nacionalistas lanzan una campaña para terminar con la conquista del Norte. Tras la muerte de Mola el 3 de junio de 1937 en un accidente de aviación, esas unidades han quedado al mando de un militar allegado de Franco, el general Fidel Dávila (1878–1962). En una maniobra rápida, toman Santander en agosto. Luego, en solo una semana, arrasan con las defensas de toda la provincia vasca de Cantabria. La Guardia de Asalto, la Guardia Civil y los carabineros de la zona se pasan al bando vencedor y los jefes republicanos huyen. Únicamente los militantes de la CNT-FAI y del POUM ofrecen resistencia.

El ejército de Dávila ya no se detiene. Los miembros de la Junta de Defensa vasca capitulan ante los italianos en Laredo. A cambio, piden un permiso para salir del país y que se respeten las vidas de los combatientes vascos, a pesar de los numerosos asturianos que luchan en la región. Los italianos aceptan, pero Franco no. Desconoce el pacto, y los gobernantes vascos se convierten en sus prisioneros.

A finales de agosto de 1937, los republicanos ordenan un ataque en Aragón, con el propósito de detener la incontenible ofensiva nacionalista en el Norte. Logran ocupar Belchite, ciudad cercana a Zaragoza, aunque a costa de muchas bajas. Sin embargo, se repite una situación análoga a la de Brunete: la ofensiva de los nacionalistas no cesa, y los republicanos no pueden entrar a la ciudad principal, Zaragoza.

Los nacionalistas continúan su marcha hacia el Oeste para ocupar el territorio de Asturias, que todavía es republicano. Los milicianos asturianos no están dispuestos a entregar sin más el

territorio. Aprovechando la defensa natural de la Cordillera Cantábrica, demoran por casi un mes el avance franquista. Al igual que en otros casos, cuando la resistencia deja de ser posible se repliegan, no sin antes destruir todo lo que pueda ser de utilidad para los fascistas. Finalmente, el 19 de octubre estos se acercan a la ciudad costera de Gijón. Franco ordena acelerar las operaciones, y pide refuerzos a Mussolini para evitar los inconvenientes que trae el invierno que se acerca.

Las órdenes de Negrín para el Consejo de Asturias son terminantes: resistir. Pero, salvo los integrantes comunistas del Consejo, todos sus miembros evalúan que esto no es practicable. En consecuencia, ordenan el repliegue y salen del país. Inmediatamente, el jefe de la guarnición de Gijón, con los guardias civiles y los carabineros, toma el control de la ciudad y habilita la entrada de los nacionalistas. Miles de milicianos son apresados y fusilados. Tras la caída de Gijón, el frente Norte ya no existe.

Sin embargo, muchos combatientes logran esconderse en bosques, montes y montañas, y desde allí continúan la resistencia bajo la forma de guerrillas. Sin poder reconquistar lo perdido, fuerzan a las tropas nacionalistas a mantenerse alerta en la zona. Esta lucha desde la más absoluta clandestinidad se mantendrá incluso durante la feroz dictadura franquista.

La conquista del Norte tiene importantes efectos sobre la relación de fuerzas entre republicanos y nacionalistas. Estos últimos, al hacerse con este territorio, ven satisfechos los propósitos que se habían trazado al comenzar la campaña. Ganan el control sobre los recursos mineros del País Vasco y de Asturias, y un acercamiento oficial de Inglaterra. Los capitalistas ingleses vinculados a la explotación minera en el Norte hacen buenos negocios con los franquistas y con los alemanes nazis, que reciben importantes concesiones para explotar los yacimientos.

Sumado a esto, ahora que el clero republicano vasco ha sido exterminado, el Vaticano oficializa las relaciones diplomáticas que mantiene desde mucho tiempo atrás con el gobierno de Franco.

Los lazos entre franquismo e Iglesia no son nuevos, se remontan por lo menos a la preparación del golpe. El 1 de julio de 1937, la jerarquía eclesiástica española había hecho ya un gran favor al líder falangista al dar a conocer la carta «a los obispos de todo el mundo», donde más de cuarenta preladados fundamentaban el apoyo al movimiento nacionalista. Decían que la Iglesia no había querido la guerra, pero las amenazas que había sufrido hacían necesario y legitimaban el empleo de la fuerza. Agregaban que en España estaba en juego el futuro de la Cristiandad, y que por lo tanto, todos los católicos del mundo debían sumarse a esta «reacción heroica» contra el comunismo.

La conquista de territorios y el apoyo de dos Estados fundamentales como Inglaterra y el Vaticano son acompañados por un proceso de consolidación política interna. El liderazgo de Franco es cada vez más sólido. A ello contribuyen el aplastamiento de la disidencia interna y la muerte de líderes que podrían haberle hecho sombra.

En abril, un grupo de «camisas viejas» (falangistas de la primera hora) intentan dar un golpe contra Franco. El líder es Manuel Hedilla (1902–1970), sucesor de Primo de Rivera en la conducción de la Falange. El motivo es la discrepancia de este sector con el decreto del Partido Único. El plan es ejecutado sin ninguna sutileza, y Hedilla, condenado a muerte. Su pena es conmutada por varios años de prisión debido a la mediación del embajador alemán.

Respecto a la «selección natural» de líderes, la muerte de Mola completa una considerable lista de dirigentes derechistas fallecidos en esos años. Recordemos que José Calvo Sote-

lo es ajusticiado en los días previos al levantamiento armado del 1936. José Sanjurjo, quien debería haber sido el jefe de la sublevación, muere cuando se estrella el avión en que viajaba desde Portugal para ponerse al frente del alzamiento. José Antonio Primo de Rivera es fusilado en Alicante por los republicanos en noviembre del 1936.

La República abandonada

La situación de la República empeora al acrecentarse la fuerza del enemigo. A los reveses en la guerra y al hostigamiento constante de Franco y sus aliados, se suma un agravamiento en su aislamiento internacional.

Durante el verano del 1937, las potencias del Eje usan el Tratado Internacional de No Intervención para cubrir sus acciones de piratería en el mar Mediterráneo. Luego de un ataque a un barco soviético, la URSS presenta sus quejas ante el Comité de Londres, y exige reparaciones por los daños sufridos. Las «democracias» occidentales no atienden los reclamos rusos, piden explicaciones a Italia, y determinan que flotas de Francia e Inglaterra se dediquen a controlar la piratería. Sin mayores mediaciones, estos dos países invitan a Italia a sumarse a la vigilancia. Invertiendo la situación, el gobierno de Mussolini pone una sola condición: que la URSS quede excluida del grupo de control. Las «democracias» aceptan.

Temiendo ataques en Valencia, a fines de octubre el Gobierno republicano decide trasladarse a Barcelona. En realidad, en 1936 habría sido lógico que la sede del Gobierno se instalara allí, segunda ciudad en importancia del país. Sin embargo, en aquel momento la hegemonía anarquista y la fuerte presencia

del POUM convencieron al Gobierno republicano de elegir a Valencia.

Por su parte, los nacionalistas inician una nueva operación con el objeto de aislar a Madrid. En esta ocasión buscan tomar Alcalá de Henares. El Estado Mayor republicano da una respuesta audaz y muy sorpresiva, dada la delicada situación en que se encuentra: lanza una ofensiva sobre Teruel, en la región de Aragón. Los republicanos concentran a 40 000 hombres que deberán enfrentar a solo 2 500 del enemigo. A pesar de la diferencia numérica, la geografía de Teruel hace sumamente difícil tomar la posición.

Los movimientos comienzan el 15 de diciembre. En la primera semana de enero, tras cruentos combates, el ejército republicano consigue tomar Teruel. Un elemento casual contribuye al triunfo: el mal tiempo. Gracias a esto, la aviación fascista no puede participar de la batalla. Por primera vez en la guerra, los republicanos conquistan una ciudad importante. Franco se ve obligado a posponer la ofensiva contra Madrid, y traslada las fuerzas que tenía allí hacia Aragón.

El 15 de enero, los nacionalistas dan comienzo a la contraofensiva. Su movimiento va acompañado de los bombardeos incesantes de la aviación. Los republicanos resisten, pero los refuerzos no son suficientes y el frío arrecia. Resulta difícil sostener esta larga batalla de desgaste que ya lleva dos meses de duración. Poco a poco, las posibilidades republicanas de conservar Teruel se van desvaneciendo. Aun en esta inferioridad de condiciones, los soldados del ejército republicano pelean todo lo que pueden. Finalmente, los nacionalistas reconquistan Teruel el 22 de febrero de 1938, poniendo fin a la batalla. Han participado en ella nada menos que 180 000 hombres de ambos bandos.

Para los republicanos, aunque lograron alejar una vez más a las tropas de Franco de Madrid, el resultado de la batalla poco tiene que ver con las expectativas de diciembre. El año 1938 comienza para ellos con un duro revés material y moral. El Gobierno de Negrín vuelca todas sus expectativas en un cambio en la situación internacional. Indalecio Prieto, ministro de Defensa, argumenta que en esa coyuntura el inicio de la guerra mundial obligaría a los fascistas de Italia y Alemania a frenar el aporte de material bélico a los nacionalistas. Esto podría permitir una recuperación de la República. Por otra parte, el nuevo contexto alentaría a las potencias «democráticas» para apoyar a los enemigos ibéricos del fascismo. A pesar de todas las señales negativas que las «democracias» vienen dándole a la España leal, la evaluación de Prieto no es descabellada. La guerra está en el horizonte inmediato de Europa. En febrero de 1938, Hitler asume el mando de las fuerzas armadas alemanas y, un mes después, se anexiona Austria (Anschluss).

No obstante, el conflicto todavía no estalla. El ejército de Franco sigue recibiendo ayuda y delinea una ofensiva generalizada sobre el territorio leal a la República. Solo Madrid es excluido de los planes inmediatos de invasión. Aprovechando la concentración de tropas en el lugar a raíz de la batalla de Teruel, el primer blanco es Aragón. Esta región, la tierra en la que Durruti había dejado su impronta transformadora, cae en manos de los nacionalistas en marzo de 1938, pocos días después de iniciadas las acciones.

Tras romper esta línea del frente, los franquistas avanzan hacia la región de Levante. Para entonces los republicanos, por fortuna, han logrado ya rearmarse gracias a la llegada de material bélico desde Francia, que levanta el bloqueo momentáneamente. Así consiguen detener a los nacionalistas fuera de Valencia.

Pero el ejército de Franco desvía su trayectoria y continúa hacia adelante. A mediados de abril de 1938 toma la ciudad de Vinaroz, en la costa del Mediterráneo. Consigue dividir el territorio republicano aislando la comunicación entre las dos ciudades más importantes de España: Madrid y Barcelona. El Gobierno republicano se ve obligado a crear dos poderes regionales que suplan la imposibilidad de una única dirección central. El general Miaja y el comunista Jesús Hernández (1907–1971) quedan a cargo de la zona central, mientras que Cataluña está bajo el mando conjunto del general Vicente Rojo (1894–1966) y los comunistas Enrique Líster, Juan Modesto (1906–1969), y de Valentín González, *el Campesino* (1909–1985).

De esta forma, en 1938 se invierte la situación de los primeros días de guerra cuando los nacionalistas tenían su territorio partido en dos. Este dato geopolítico no es insignificante, sino que refleja un cambio sustancial en la correlación de fuerzas en contra de los republicanos.

A las dificultades político-militares y al abandono internacional (salvo honrosas excepciones), se suma la partida de los brigadistas internacionales. El Comité de No Intervención exige a nacionalistas y republicanos que retiren a 10 000 combatientes internacionales cada uno. Esta disposición implica el reconocimiento de una igualdad jurídica al derecho a la beligerancia de ambas fuerzas, a pesar de que los nacionalistas fueron quienes rompieron la legalidad institucional.

La batalla del Ebro

Ante una situación semejante, la causa de la República española parece perdida.

Sin embargo, la noche del 25 de julio de 1938, unos 50 000 hombres del Ejército Popular y de las Brigadas Internacionales cruzan el río Ebro por su parte más caudalosa, y en pocas horas ocupan un frente de 15 kilómetros de extensión. Los movimientos se realizan en completo silencio y con un despliegue de ingeniería de consideración: se montan puentes móviles sobre el río para permitir el cruce.

Una vez al tanto de la operación, la aviación nacionalista bombardea de modo implacable una y otra vez a los soldados y los puentes móviles. A pesar de todo, establecen una cabeza de playa en zona nacionalista. La hazaña épica queda inmortalizada en la canción *La batalla del Ebro*: «Aunque me tiren el puente / Y también la pasarela / Me verás pasar el Ebro / En un barquito de vela // En el Ebro se han hundido / las banderas italianas / En el puente solo quedan / las que son republicanas.»

Nadie en España ni en el mundo esperaba una acción semejante. Este era el efecto que el Estado Mayor republicano quería lograr. Una gran despliegue para demostrar que la causa republicana seguía viva y que, a pesar de las dificultades, la Guerra Civil no había terminado aún.

Pero, una vez más, el ejército republicano no puede transformar esta victoria inicial en un triunfo decisivo. Su infantería ha logrado cruzar y establecerse del otro lado del Ebro, mas los bombardeos aéreos de los fascistas han impedido el cruce de la artillería. Esto significa que el ejército republicano carece en el momento crucial del suficiente material pesado como para aniquilar al enemigo. El tiempo que le lleva al ejército popular trasladar el material pesado lo aprovechan los nacionalistas para redistribuir sus fuerzas y rearmarse.

Tras una semana de combates, la relación de fuerzas se equilibra y comienza una larga guerra de desgaste, como en Teruel. La disponibilidad de grandes cantidades de parque y armas y,

especialmente, de hombres para organizar los relevos, pasan a ser factores de primordial valor.

Mientras tanto, la evolución de la situación internacional se hace sentir en España. En septiembre de 1938, Hitler invade la región checoslovaca de los Sudetes, donde hay una importante comunidad alemana. Otra vez, la Guerra Mundial está a punto de estallar. Así lo cree Alemania, que se prepara disminuyendo los envíos a los nacionalistas españoles.

En esas circunstancias, el Estado Mayor de Franco considera seriamente la posibilidad de una derrota, y entabla conversaciones con la diplomacia de Francia e Inglaterra. Para evitar una agresión conjunta de republicanos y gobiernos «democráticos» europeos, promete mantenerse neutral en el conflicto internacional. Finalmente, la cuestión se resuelve de la mejor manera para el fascismo español. El 29 de septiembre se firma el Pacto de Munich. Pregonando la importancia de evitar la guerra, Inglaterra y Francia entregan a Checoslovaquia atada de pies y manos a la Alemania nazi. De la reunión son excluidos representantes checos y la URSS. Inmediatamente, Hitler vuelve a ayudar a sus amigos españoles.

El aislamiento de la República y de la URSS en el concierto internacional se hace evidente. Ningún Gobierno «democrático» está dispuesto a enfrentar a Hitler y a lo que él representa. Tratando de conseguir algún tipo de respaldo de las «democracias», el 1 de noviembre, el Gobierno republicano acepta cumplir con la exigencia del Comité de No Intervención de retirar a combatientes internacionales. La URSS, que empieza a pensar en las posibilidades de terminar con la Guerra de España, no se opone. Con honores, la República despide a los luchadores de las Brigadas Internacionales. Los voluntarios han estado en Madrid en la hora crucial, han participado de todas las grandes batallas de esta guerra, y muchos han dejado su vida en tierra

española. Pasionaria les dedica un conmovedor discurso en el que exalta su moral combatiente, su espíritu unitario y su heroica solidaridad:

Lo abandonaron todo: cariño, patria, hogar, fortuna, madre, mujer, hermanos, hijos, y vinieron a nosotros a decirnos: ¡Aquí estamos!, vuestra causa, la causa de España, es nuestra misma causa, es la causa común de toda la humanidad avanzada y progresiva. (...) ¡Camaradas de las Brigadas Internacionales! Razones políticas, razones de estado, la salud de esa misma causa por la cual vosotros ofrecisteis vuestra sangre con generosidad sin límites, os hacen volver a vuestra patria a unos, a la forzada emigración a otros. Podéis marchar orgullosos. Sois la historia, sois la leyenda, sois el ejemplo heroico de la solidaridad (...) No os olvidaremos, y, cuando el olivo de la paz florezca, entrelazado con los laureles de la victoria de la República española, ¡volved!... (Pasionaria. «Mensaje de despedida a los voluntarios de las Brigadas Internacionales», 1/11/1938.)

Una vez más, la actitud de los fascistas es diferente. Cumplen con el retiro de 10 000 italianos, pero reciben seguidamente a otros soldados nuevos acompañados por tropas especializadas y aviadores.

Mientras tanto, la Batalla del Ebro se ha convertido en una verdadera sangría. La ofensiva es ahora de los nacionalistas. El 15 de diciembre, el ejército republicano pierde las posiciones ganadas en los primeros días. Se habla de cerca de 20 000 republicanos prisioneros y un total de bajas superior a los 75 000 hombres. La embajada alemana en Salamanca calcula en 33 000 las bajas del ejército nacionalista.

Las últimas batallas

LA ENTRADA FRANQUISTA EN BARCELONA

Junto a la fuerza material, la fuerza moral de los combatientes desempeña un papel importantísimo en cualquier lucha. El convencimiento acerca de la justicia de la causa por la que arriesgan la vida y de las posibilidades de triunfar, es una fuente de valor para la contienda.

Las fuerzas republicanas quedan material y moralmente exhaustas tras la Batalla del Ebro. El ejército nacionalista, por el contrario, logra rearmarse en tan solo un mes, y el 23 de diciembre inicia la invasión a Cataluña. La «quinta columna» franquista contribuye al avance de las tropas realizando sabotajes, difundiendo informaciones confusas, con el propósito de terminar de acabar con la ya castigada entereza de la población. Cataluña, vanguardia del movimiento obrero español y bastión revolucionario de 1936, está a punto de ser pasada por las armas.

La fuerza de la unidad de los primeros meses y la confianza en la Revolución que estaba en marcha se han ido perdiendo. Luego de las Jornadas de Mayo, el Gobierno de Negrín se ha ocupado de desarticular las organizaciones que tenían su programa insurreccional. Apoyado en esta faena por los catalanistas, Negrín suspende luego la autonomía catalana. Así, también los catalanistas son empujados a la oposición. Ante este panorama, no es sorprendente que Cataluña no pueda ofrecer una resistencia como la de Madrid en el 1936.

Durante dos semanas, un ejército comandado por Líster contiene el avance franquista. Pero la superioridad en material bélico de los nacionalistas —su artillería es seis veces mayor a la del ejército republicano— se impone. En enero de 1939 rompen

las líneas republicanas, y ya nada detiene su avance hacia Barcelona.

La ciudad es bombardeada entre cinco y seis veces por día. La escasez es total; no solo faltan armas, no se consiguen alimentos básicos como el azúcar, el aceite y el pan. No hay electricidad y tampoco carbón, lo que resulta gravísimo en pleno invierno. Los cabarés, teatros, cines y cafés son los primeros en cerrar sus puertas pero también lo van haciendo los desabastecidos almacenes. En medio del frío y los caminos nevados, con la angustia de la derrota a cuestas, miles y miles de personas se agolpan en los Pirineos llevando lo que pueden para tratar de llegar a Francia. Su suerte allí no será la mejor, los esperan los campos de concentración para refugiados. Entre los que salen en aquellos momentos están los ex presidentes Largo Caballero y Azaña.

El 23 de enero, los nacionalistas llegan al río Llobregat, a 5 kilómetros de la capital. La heroica resistencia de algunos grupos resulta ineficaz, y tan solo tres días después los franquistas hacen su entrada en Barcelona. El destino de la zona central del país donde se mantiene el ejército republicano está marcado.

El triunfo militar y político dentro de España pone fin a la farsa de neutralidad de las «democracias» occidentales. Francia e Inglaterra otorgan su reconocimiento al Gobierno de Franco. El embajador extraordinario francés será nada menos que el mariscal Philippe Pétain (1856–1951).

LA JUNTA DE CASADO Y LA RESISTENCIA COMUNISTA

El Gobierno republicano busca establecer contactos diplomáticos con el bando nacional y con países «neutrales» para llegar a una rendición condicionada. Pero la postura de Franco es intransigente: rendición incondicional o nada. Los esfuerzos de

Negrín se encaminan entonces a organizar algún tipo de resistencia que lleve, no ya a la victoria republicana, sino a algún tipo de negociación. Los comunistas apoyan esta táctica, pero son casi los únicos que lo hacen. Los jefes militares consideran que carece de sentido seguir peleando en tal inferioridad de condiciones. La moral está en baja y las armas y municiones desde la URSS han dejado de llegar.

El coronel Segismundo Casado (1893–1968), jefe del ejército del Centro, inicia conversaciones con Inglaterra y Francia. En respuesta a estos contactos que se realizan sin su consentimiento, Negrín emprende cambios en su gabinete y en el ejército, reforzando más aún su relación con el PCE. Ascende de oficiales a coroneles a varios militares comunistas y les otorga el control de los puertos. Cerrada la frontera con Francia luego de que Cataluña fuera conquistada por los franquistas, los puertos se convierten en la última posibilidad de salida de España.

En reacción contra estas medidas, los militares no comunistas dan un golpe de Estado. Siguiendo las órdenes de Casado, ocupan los puntos estratégicos de Madrid y exigen la renuncia del presidente. Tras haber ordenado y organizado la resistencia, Negrín acepta la exigencia de Casado, renuncia y se va a Francia acompañado por los líderes más renombrados del PCE.

Pero varias unidades comunistas que están movilizadas se niegan a deponer las armas. Nuevamente tiene lugar un enfrentamiento armado dentro del campo republicano. La magnitud de los choques obliga a trasladar tropas que están en el frente de guerra a la ciudad. La lucha se prolonga durante varios días. Entre los oficiales comunistas que resisten se encuentra el comandante Luis Barceló (1896–1939), militar de profesión, que comandó el legendario sitio al Alcázar de Toledo.

La valentía y decisión de los comunistas es destacable, pero nadie quería ya seguir la guerra. El aislamiento de los comunistas

sale a la luz. El pueblo de Madrid, bombardeado, hambreado, desahuciado ante la derrota en ciernes, no tiene la fuerza que le había permitido frenar el alzamiento fascista en el 1936. El resto de las organizaciones populares se integra a la Junta de Casado y la resistencia armada es vencida. Barceló es fusilado por orden de Casado, y el saldo de estos días es de cientos de muertos.

LA RENDICIÓN INCONDICIONAL Y LA ENTRADA DE FRANCO A MADRID

Queda el camino liberado para entablar las negociaciones con Franco, pero este se niega una vez más a hacer concesiones y vuelve a exigir la rendición incondicional. Casado acepta, le entrega a Franco el ejército del centro y parte hacia Inglaterra.

Los fascistas alcanzan lo que trataron de conseguir durante tres años: entrar a Madrid. Los republicanos, sin importar ya las diferencias entre tendencias, saben lo que esto significa. Saben que les espera la cárcel, la humillación, la tortura, los fusilamientos en masa, porque esto es lo que han hecho los nacionalistas al tomar cualquier ciudad. Y son conscientes de que la represión será aún peor contra este bastión que tanto les costó doblegar a los franquistas. Desesperadamente, miles de hombres y mujeres intentan ponerse a salvo, caminando kilómetros y kilómetros en busca de alguna puerta al exilio. Las posibilidades de salir del país se vuelven mucho más remotas que en Cataluña. No hay fronteras ni puertos.

El 28 de marzo de 1939, las tropas de Franco entran a la capital; la nefasta «quinta columna» sale a vitorearlas. Muchos combatientes republicanos se hacen matar o se suicidan. Desde Burgos, Franco redacta el parte que anuncia la finalización de la guerra:

Parte Oficial de guerra correspondiente al 1º de abril de 1939, III Año Triunfal. En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas Nacionales sus últimos objetivos militares. LA GUERRA HA TERMINADO...

Eugenio Pacelli, recientemente convertido Papa Pío XII, le envía a Franco unas calurosas felicitaciones:

Elevamos nuestros corazones hacia Dios, sinceramente agradecemos a su Excelencia la deseada victoria católica en España. Rezamos para que este tan amado país, de nuevo en paz, vuelva con renovado vigor a las antiguas y cristianas tradiciones que le han hecho grande. (Citado en Seldes G.: The Roman Church and Franco.)

Franco responde: «Intensa emoción me ha producido paternal telegrama Vuestra Santidad con motivo victoria total nuestras armas, que en heroica cruzada han luchado contra enemigos de la religión cristiana».

ESPAÑA
DESPUÉS DE
LA GUERRA



MIAMI O LAS MONTAÑAS

LA OPERACIÓN PEDRO PAN Y LA CAMPAÑA DE ALFABETIZACIÓN EN CUBA

Deborah Shnookal

ISBN: 978-1-922501-75-2

Este libro utiliza el suceso como una ventana no solo a la relación históricamente tensa entre Cuba y Estados Unidos, sino también a la profunda revolución social que tuvo lugar en la isla después de 1959.

Es la historia de la generación que llegó a la mayoría de edad en los primeros años de la Revolución, los que se fueron con la Operación Pedro Pan y los que se quedaron, especialmente los muchachos y las muchachas que participaron en la Campaña de Alfabetización en 1961.

La imposición de un proyecto de sociedad de largo plazo

El triunfo nacionalista marca una profunda derrota para los trabajadores españoles. Si a comienzos de la década de 1930, España entraba en un período caracterizado por algunos como «revolucionario» y por otros como «prerrevolucionario», tras la conquista franquista de todo el territorio se abre en el país una larga era de contrarrevolución.

Todos los logros de campesinos y trabajadores rurales relativos a la distribución de la tierra son anulados de un plumazo. El régimen de Franco devuelve las tierras a sus «legítimos dueños», es decir, a los terratenientes de siempre, que jamás las han trabajado con sus manos. Obviamente, todos los lugares de trabajo colectivizados bajo cualesquiera de las formas puestas en práctica, son también reapropiados por capitalistas españoles o extranjeros. Los derechos conseguidos por los trabajadores pasan a la historia. El 1^o de mayo es desechado y, a cambio, se instaura el 18 de julio como fecha de «festejo nacional». Se extiende la jornada laboral y se reducen los salarios, al mismo tiempo que se prohíben las huelgas.

Acorde con la concepción fascista de la sociedad, los sindicatos dejan de ser la representación de los trabajadores. Son convertidos en organizaciones corporativas que agrupan, por rama de actividad, a los obreros junto a los patronos; su función, garantizar el orden.

También en cuanto al reconocimiento de los derechos de autonomía de las comunidades «nacionales», el régimen franquista borra todas las huellas de lo realizado durante la República. No solo se desconocen las autonomías político-administrativas, sino que se prohíbe cualquier exteriorización de las identidades regionales, incluyendo el idioma. «Si eres español, habla español», proclama la propaganda estatal.

La contrarrevolución se enseñorea en la cultura y la educación. Como ya dijimos, no hay en el franquismo un ápice del despliegue creativo republicano. El caso de Miguel de Unamuno (1864–1936), que se adhiere al levantamiento de Mola y Franco en sus inicios, pero rápidamente se muestra crítico, sirve para ilustrar la decadencia que se cierne sobre la cultura española.

El 12 de octubre de 1936, en un acto en la Universidad de Salamanca destinado a ser recordado siempre, Unamuno da una respuesta implacable al grito de «¡Viva la muerte!» del legionario Millán Astray y sus seguidores. Como Rector dice, ante una concurrencia masiva:

(...) acabo de oír el grito necrófilo y sin sentido de ¡Viva la muerte! Esto me suena lo mismo que ¡Muera la vida! Y yo, que he pasado mi vida componiendo paradojas que excitaban la ira de algunos que no las comprendían, he de deciros, como experto en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. (...) Astray vocifera «¡Mueran los intelectuales! ¡Viva la muerte!», y recibe el eco de los falangistas. Pero Unamuno no se amedrenta:

Este es templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis, porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaríais algo que os falta: razón y derecho de lucha. Me

parece inútil el pedirlos que penséis en España. He dicho.
(Citado en Hugh Thomas: La Guerra Civil Española.)

Se retira escuchando los gritos que lo acusan de traidor. Con una custodia armada en la puerta de su casa, no vuelve a salir de allí. A pedido de la universidad, renuncia a su cargo de Rector. Muere el 31 de diciembre de ese mismo año.

En línea con la anécdota referida, una vez conquistado el país, el régimen de Franco pone la enseñanza y toda la labor intelectual bajo el manto de la Iglesia católica. Particularmente en este ámbito, la «Compañía de Jesús» regresa a la España nacionalista en mayo de 1938. La reacción se siente en todos los aspectos. Se restablecen los castigos físicos y la religión en los colegios, dando marcha atrás en el humanismo liberador de la escuela republicana. Muchos planteles, especialmente secundarios, permanecen cerrados durante bastante tiempo por la imposibilidad de encontrar docentes que no hubieran tenido algún tipo de vinculación con el campo republicano.

La creatividad que había surgido con las transformaciones sociales y políticas es sepultada bajo una férrea censura. Muchos de los mejores intelectuales, artistas, escritores, profesores, etcétera, terminan en el exilio o prisioneros.

Dos casos ejemplifican muy bien la magnitud del atropello. El poeta Antonio Machado está gravemente enfermo en un campo de refugiados en Francia. Por la repercusión internacional del hecho, el Gobierno francés le ofrece trasladarlo a una clínica. Machado se niega, no está dispuesto a irse a morir en el lujo mientras sus compañeros permanecen en la miseria. Otro gran poeta, Miguel Hernández, es condenado a muerte. Un grupo de falangistas lo visita para ofrecerle la libertad a cambio de que se sume al movimiento. Él los rechaza con desprecio. Finalmente, su pena es conmutada por la de 30 años de prisión. En 1942,

con tan solo 31 años, muere de tuberculosis en las mazmorras franquistas.

La libertad de pensamiento es reemplazada por juramentos de adhesión incondicional al Caudillo, de fidelidad a la tradición y a la catolicidad. Todos los funcionarios deben jurar esto sobre un crucifijo, los Santos Evangelios u otros textos religiosos. En el caso de los profesores y académicos, la jura se realiza además sobre un ejemplar de Don Quijote, grabado con el escudo de la Falange Tradicionalista Española. Ironía de la historia, el régimen de la censura sacraliza una obra que pone en ridículo la quema de libros.

EL FRANQUISMO: UN RÉGIMEN BASADO EN LA VIOLENCIA DE UNOS POCOS SOBRE LA MAYOR PARTE DEL PUEBLO

Semejante proyecto de sociedad solo puede imponerse por la fuerza. Una violencia totalizadora abarca todas las esferas de la vida, más o menos explícita según el momento, según el sujeto, según las necesidades del régimen. Al igual que sucede a lo largo de toda la Guerra Civil cuando los nacionalistas toman un pueblo o ciudad, la violencia desplegada por el franquismo vencedor es ante todo directa, abierta y brutal. Para restablecer una sociedad donde unos pocos se privilegian a costa del sufrimiento de las mayorías, el terror se convierte en un arma política irremplazable. Los Consejos de Guerra ordenan fusilamientos masivos y largas condenas a encierro, amparadas en la Ley de Responsabilidades Políticas de 1939. Las innumerables fosas comunes que se siguen encontrando hoy en día (2006) son irrefutable prueba del ejercicio sistemático y planificado de un auténtico terrorismo de Estado.

Pero esta política no se limita a la etapa «fundacional» del régimen. Incluso cuando los fusilamientos masivos van siendo menos habituales, muchos años después, el Gobierno continúa empleando el asesinato. El 20 de abril de 1963, utilizando este medio, se deshace de Julián Grimau (1911–1963), consecuente luchador comunista. Del mismo modo que los bombardeos a la población civil durante la Guerra, la represión en sus diversas formas constituye un aspecto inseparable del franquismo.

El Estado español crea un gigantesco sistema carcelario y concentracionario, donde «retiene», entre los años 1939 y 1953, a 550 000 hombres y mujeres, la mayoría de ellos muy jóvenes militantes, luchadores, y hasta simples simpatizantes republicanos. La alimentación es mala y escasa, y las torturas físicas y psicológicas se realizan de modo permanente, tanto en las cárceles estatales como en las religiosas. Un gran poeta que estuvo preso más de veinte años, Marcos Ana, relata cómo periódicamente los cancerberos del régimen realizaban «sacas» en las que algún prisionero, elegido al azar, era apaleado hasta la muerte o fusilado. Después del asesinato, requisaban las cartas que el condenado había escrito a su familia, a sus compañeros.

La represión se ejerce también sobre los 300 000 exiliados. Quienes tuvieron la suerte de haber llegado a países amigos como la URSS o México, no pueden regresar a su tierra. Miles de los que se exiliaron en Francia, una vez que Hitler avanzó sobre ese país fueron entregados a campos de exterminio nazis, como Ravensbrück, Dachau, Buchenwald, Mauthausen y Mauthausen. Franco contribuyó con la medida al negarles la ciudadanía española.

La violencia que necesitan las clases dominantes españolas y que pone en práctica el franquismo se extiende en el espacio y en el tiempo, mucho más allá de la existencia física de los

sujetos que aniquila. El objetivo no es solo aplastar la generación que defendió la República y la Revolución, también se busca ejercer la violencia sobre las venideras. Para cortar la transmisión generacional de la experiencia de organización y de lucha, se recurre a todos los medios disponibles. Muchos bebés son arrancados de los brazos de sus madres «rojas», que paren en condiciones infrahumanas, y luego entregados a «familias decentes». Y así como se niega el derecho a la identidad en el nacimiento, igualmente se niega en la muerte. Se prohíbe la sepultura por parte de los familiares de las víctimas, y hay casos de «desaparición» forzada.

La aniquilación del enemigo va acompañada por el montaje de todo un aparato de represión simbólica que anula, o busca anular, las huellas de los republicanos. Son restablecidas la bandera roja y gualda y la *Marcha Real*, a pesar de que aún no se ha restablecido la monarquía. El himno falangista, *Cara al sol*, pasa a formar parte del cancionero oficial junto a otras canciones del mismo tenor. Las calles se bautizan con nombres de falangistas, de militares golpistas, de reaccionarios confesos, de representantes de la Iglesia dogmática. Los actos y discursos siempre pronuncian el grito de «¡España, Una, Grande, Libre!» Monumentos, carteles y pinturas contribuyen a la construcción de una memoria apologetica.

EL FRANQUISMO: UN RÉGIMEN BASADO EN LA EXPLOTACIÓN EXTREMA DE LOS TRABAJADORES

El hambre y la depresión económica se suman a este desolador cuadro. España ha quedado arruinada luego de la Guerra Civil. Han muerto cerca de 500 000 hombres y mujeres. Miles han quedado heridos y mutilados. Pueblos, ciudades, campos,

edificios, fábricas, ferrocarriles, carreteras y puentes, han quedado total o parcialmente destruidos. A los muertos y mutilados durante la contienda se agregan los fusilados, exiliados y presos. A causa de ello, España tan solo cuenta con la mitad de la población económicamente activa que tenía en los años anteriores a la guerra. La peseta cae a menos del 50% de su valor de preguerra, y la inflación galopante convierte los escasos alimentos en bienes de lujo.

La lenta recuperación de la producción se basa en una mayor explotación de los trabajadores, como siempre ocurre bajo el capitalismo. Los salarios paupérrimos son combinados con el trabajo forzado de los presos políticos, a tono con lo que ocurre en los países invadidos por la Alemania nazi. Ya en mayo de 1937, un cínico decreto reconoce el «derecho al trabajo» de los prisioneros de guerra, a los que se obliga a construir trincheras y fortificaciones para los nacionalistas. En octubre de 1938, otro decreto establece la «Redención de Penas por el Trabajo»: por cada día trabajado, el preso tiene un día menos de condena. Un jesuita se encarga de fundamentar la medida. Argumenta que los prisioneros deben reconstruir lo que han destruido al promover el marxismo en la Península.

Desde 1939, los presos son obligados a trabajar en casi todas las obras emprendidas por el Estado. El significado ideológico de muchas de estas obras no es menor: iglesias y conventos, y monumentos como el del Valle de los Caídos, en homenaje a los soldados nacionalistas. Asimismo, como las cárceles preexistentes no alcanzan, el régimen crea nuevas, y moviliza a los presos para su construcción. La cárcel de Carabanchel es producto de este tipo de trabajo. La «redención» incluye también el trabajo forzado para la costosa reconstrucción de la infraestructura, como aeropuertos, ferrocarriles, puertos, carreteras, canales, irrigación de pantanos, pueblos. En los talleres de las

penitenciarias, los presos construyen crucifijos para escuelas, o muñecas de trapo y aserrín.

No acaba allí la vinculación entre trabajo forzado y recuperación capitalista en España. La fuerza laboral de los presos es arrendada a numerosas empresas privadas, que hacen uso de una mano de obra increíblemente barata hasta entrada la década de 1970. El Estado «arrienda» a los presos a dependencias públicas por dos pesetas, mientras que en el mercado laboral el salario de un peón (de por sí bajo) se ubica entre las 12 y 14 pesetas. El trabajador ni siquiera puede quedarse con esas míseras dos pesetas; el Estado se queda con 1,50 por concepto de «gastos de alimentación». Muchos de los prisioneros son artesanos u obreros muy calificados que son «arrendados» por empresas privadas. Estas abonan 14 pesetas, de las cuales el Estado le «descuenta» 13,50; tres pesetas van a la familia del preso; 1,4 para cubrir la «alimentación», y 9,10 pasan a las arcas del ministerio de Hacienda, a cargo de Luis Carrero Blanco (1903–1973) (Javier Rodrigo: «Referencias» www.riomon.com). He aquí el secreto del «milagro» de la recuperación económica durante el franquismo.

La Guerra Civil española como primera etapa de la Segunda Guerra Mundial

En la Guerra Civil, el movimiento obrero internacional da su última gran batalla contra el fascismo antes de la Guerra Mundial. Al hablar de fascismo nos referimos a la forma política que adopta en distintos países la contrarrevolución conducida

por la gran burguesía a través de sus representantes armados, y que tiene el apoyo de importantes sectores de pequeños y medianos propietarios. El fascismo tiene por blanco a los trabajadores, sus organizaciones y sus conquistas. Por supuesto, cada situación nacional concreta le otorga sus características particulares, pero no hay diferencias en lo fundamental.

Hay que recordar que para el triunfo del fascismo español contribuyeron, no solo sus pares internacionales, sino la «neutralidad» de las «democracias» occidentales. Desde los impedimentos para adquirir armas en el exterior que tuvo que enfrentar el Gobierno legal y legítimo de la República, hasta la igualación en el derecho internacional del campo republicano con el golpista de los nacionalistas, pasando por la falta de sanciones en el Comité de Londres para Alemania, Italia y Portugal, que violaban sistemáticamente los acuerdos de «neutralidad», los gobiernos «democráticos» desempeñaron un papel muy importante en la derrota de la República española. La victoria fascista en España despeja el escenario. Recién cuando el enemigo «rojo» está vencido allí, las «democracias» occidentales consideran conveniente frenar a Hitler y a Mussolini, y se auto-proclaman adalides de la lucha contra el fascismo.

Menos de medio año después de la entrada de las tropas franquistas en Madrid, la invasión nazi a Polonia da comienzo a la Segunda Guerra Mundial (1939–1945). Las armas, los aviones, los tanques y las técnicas de ataque ensayadas en España son desplegadas ahora a escala internacional. De nuevo, la mayor parte de los millones de muertos son obreros, campesinos, estudiantes, militantes de izquierda, intelectuales progresistas. A lo largo de 6 años mueren alrededor de 50 millones de personas. Alrededor de 11 millones de seres humanos son asesinados por las torturas, el trabajo forzado, los fusilamientos o las cámaras de gas del nazismo que se esparce por Europa.

La intempestiva expansión del nazismo solo es frenada por el Ejército Rojo. Para infligirle esa derrota decisiva a las tropas de Hitler sucumben 20 millones de soviéticos.

Mientras Europa se desangra, el régimen franquista dice mantenerse «neutral». Pero esto no es exacto. Cierta «neutralidad» le permite hacer negocios con el Eje y los Aliados. No obstante, su alineamiento con el fascismo europeo se expresa de otros modos. Paga una parte importante de las deudas contraídas con Alemania e Italia, que ascienden a 1 200 millones de pesetas de oro y a 600 millones respectivamente. Ante la escasez de dinero en España, Franco no duda en enviarle a Hitler 10 500 «productores» cuando a comienzos de la década del 1940 el régimen nazi enfrenta graves dificultades por la falta de mano de obra. La palabra «productores» relacionada con un régimen semejante, no significa otra cosa que trabajadores forzados. También envía a la División Azul para luchar junto a Hitler, y niega la nacionalidad a exiliados españoles, que terminan en campos de concentración y exterminio. Solo en el campo de Mauthausen, los republicanos llegan a 7 000. Por otra parte, se mantiene dentro del Pacto AntiKominintern firmado el 27 de marzo de 1939, el que Franco suscribe a iniciativa de Alemania e Italia.

A pesar de todo, la lucha sigue...

A pesar de la fuerza con que se impone el régimen de los vencedores y de la prepotencia de falangistas y curas; a pesar del descabezamiento del movimiento obrero, con sus dirigentes y militantes exiliados, encarcelados o fusilados; a pesar de la represión contra intelectuales y artistas; en fin, a pesar de todo esto, la lucha del pueblo español no es sepultada de una vez

y para siempre. De más está aclarar que el nuevo proceso de lucha es muy diferente al que tuvo lugar durante la República, la Guerra Civil y la Revolución. El movimiento obrero y el pueblo español necesitan décadas para reconstruir la fuerza que tuvieron en aquellos momentos. Pero esta realidad no debe ocultar que, aun con una relación de fuerzas radicalmente desigual, la resistencia existe.

Bajo la forma de guerrilla urbana y rural, pequeños grupos golpean al régimen con atentados, sabotajes, secuestros... Muchos de ellos han surgido antes de la victoria final de Franco. Otros grupos surgen después con exiliados que vuelven luego de haber participado de la guerrilla antinazi en los bosques meridionales, los llamados «maquis». Con este nombre, «maqui», pasan a conocerse estas guerrillas y guerrilleros españoles.

Numerosos españoles antifascistas exiliados se integran a la lucha política de los países en los que deben reconstruir sus vidas. Sirven así de «correa de transmisión» del enorme caudal de la experiencia española hacia otros pueblos. A pesar de las diferencias de tiempo y espacio, los enemigos son los mismos.

Lentamente, al calor de las luchas, se van reconstituyendo también organizaciones de masas. Veinte años después del triunfo de Franco, los obreros emprenden acciones para mejorar sus condiciones de vida y, sobre todo, para ganar el derecho a organizarse autónomamente, fuera de los sindicatos fascistas. Estas reivindicaciones salen a la calle los 1^º de mayo. Esta fecha, símbolo de la lucha del movimiento obrero internacional, fue prohibida por el régimen. Cada 1^º de mayo miles de trabajadores marchan por las ciudades enfrentando la dura respuesta de las fuerzas del Gobierno. En cada acto hay cientos de detenidos.

Poco a poco, aun con Franco a la cabeza del Gobierno, muchos españoles levantan su voz para denunciar al régimen. Son acompañados por españoles exiliados y por militantes de todo

el mundo. Hay fuertes movimientos en contra de los asesinatos políticos y a favor de la liberación de los presos políticos. La perseverancia logrará la libertad de hombres que han perdido su juventud, pero no su dignidad, en las cárceles del horror.

También el reclamo de las comunidades «nacionales» por su autonomía se va haciendo más fuerte. La pelea por el reconocimiento de este derecho adopta a veces formas radicalizadas. Algunos grupos, junto a la reivindicación de la cultura y la tradición propias, incluyen programas de transformación social.

Por su parte, los estudiantes se movilizan por la democratización de la educación, tan encorsetada a través del imperio del nacionalismo católico. Múltiples intelectuales, artistas, actores, denuncian el rezago en que se encuentra el desarrollo cultural.

Asimismo, en contra del sojuzgamiento atroz al que la sociedad somete a la mujer, reaparecen movimientos más o menos orgánicos que reclaman el reconocimiento de la igualdad de los derechos entre los géneros.

La Guerra Civil española hoy

Luego de todo este recorrido, cabe volver a la pregunta inicial: ¿para qué, entonces, estudiar la Guerra Civil y la Revolución española en el siglo **xxi**?

Ante todo, porque es un deber mantener viva la memoria de los miles de hombres y mujeres españoles y de todos los rincones de la Tierra que lucharon por ser hacedores de su propia historia, dueños de su destino. Mas esta memoria, para hacerles honor a esos cientos de miles de hombres y mujeres, no puede ser la reverencial del frío monumento, sino una memoria viva, de lucha y para la lucha.

Rodolfo Walsh (1927–1977), periodista, escritor y militante argentino, dijo alguna vez:

Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes y mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia parece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas.

Pues no solo las argentinas, sino todas las clases dominantes, recurren al olvido, al ocultamiento y al vaciamiento de las luchas de los pueblos para perpetuar la explotación y la opresión. Y del mismo modo que se persigue romper la transmisión de la experiencia de lucha de una generación a otra, se busca limitar en el espacio esa historia y la relación que la une a todos los pueblos. Al recuperar la experiencia acumulada por los trabajadores en España en los años treinta, encontramos que muchas de las cuestiones que los hombres y las mujeres de aquella época se plantearon son las que hoy todavía tenemos que resolver. Claro, si es que procuramos que, de una vez por todas, la historia de todos los seres humanos sea verdaderamente humana.

COLECCIÓN DIÁLOGOS EN CONTEXTO



Cronología

1923

13 DE SEPTIEMBRE: Instauración de la dictadura de Primo de Rivera.

1930

28 DE ENERO: Renuncia Primo de Rivera.

17 DE AGOSTO: Varios partidos de la oposición firman el Pacto de San Sebastián.

DICIEMBRE: Levantamiento de militares republicanos en la guarnición de Jaca y en Cuatro Vientos.

1931

12 DE ABRIL: Elecciones municipales con amplio triunfo para los republicanos.

14 DE ABRIL: Instauración de la II República española. El rey Alfonso XIII huye a Italia.

Gobierno de Azaña: Inicio del «Bienio Reformador».

DICIEMBRE: Aprobación de la Constitución republicana de 1931.

1932

AGOSTO: Sublevación derechista de Sanjurjo.

SEPTIEMBRE: Aprobación en Cortes del Estatuto de Autonomía de Cataluña y de la Ley de Reforma Agraria.

1933

ENERO: Represión a los campesinos de Casas Viejas.

NOVIEMBRE: Elecciones generales. Triunfo de las derechas. Gobierno de Lerroux. Inicio del «Bienio Negro».

1934

Insurrección en Asturias.

1935

Fin del gobierno del «Bienio Negro».

1936

ENERO: Disolución de las Cortes. Firma del Pacto del Frente Popular entre partidos republicanos y de izquierdas.

16 DE FEBRERO: Triunfo del Frente Popular en las elecciones.

FEBRERO-JULIO: Se multiplican las acciones de masas y los choques entre fuerzas de izquierdas y de derechas.

12 DE JULIO: La plana mayor de Falange Española asesina al teniente Castillo, de la Guardia de Asalto.

13 DE JULIO: Guardias de asalto asesinan a José Calvo Sotelo, de la derechista Renovación Española.

17 DE JULIO: Puesta en marcha del plan golpista en Marruecos.

18 DE JULIO: El movimiento golpista se extiende por España. INICIO DE LA GUERRA CIVIL ABIERTA. Formación de milicias y de nuevos órganos de poder revolucionario en territorio republicano.

JULIO-AGOSTO: Decretos republicanos de incautación de las compañías de ferrocarriles y de los bienes de las industrias abandonadas por sus propietarios.

AGOSTO: Inicio de una ofensiva nacionalista tras llegada masiva de ayuda bélica de los países fascistas. Francia propone la «no intervención» en el conflicto español.

14 DE AGOSTO: Sangrienta represión nacionalista en la toma de Badajoz.

19 DE AGOSTO: Nacionalistas fusilan en Granada al poeta Federico García Lorca.

SEPTIEMBRE: Primeras reuniones del Comité de No Intervención en Londres. Los acuerdos son violados por Alemania, Italia y Portugal. Ante la falta de sanciones, la URSS se considera eximida de cumplirlos.

4 DE SEPTIEMBRE: Formación del Gobierno de Largo Caballero, comienza la reconstitución del poder central republicano en detrimento de los poderes revolucionarios.

5 DE SEPTIEMBRE: Toma de Irún por los nacionalistas.

27 DE SEPTIEMBRE: Franco levanta el sitio a los guardias civiles del Alcázar de Toledo mantenido durante setenta días.

OCTUBRE: Franco es designado Generalísimo y Jefe de Estado por la Junta Provisional de Burgos. Llegada masiva de material bélico y cuadros militares de la URSS al campo republicano.

El Gobierno republicano legaliza las ocupaciones de tierras de facciosos y sustituye los consejos de administración de los Bancos por comités directivos. Creación del Ejército Popular Republicano, militarización de las milicias.

12 DE OCTUBRE: Caída de la primera línea de defensa de Madrid. Se redoblan los bombardeos aéreos sobre la ciudad.

22 DE OCTUBRE: El Gobierno republicano aprueba la formación de las Brigadas Internacionales con luchadores antifascistas de todo el mundo.

4 DE NOVIEMBRE: Cuatro ministros anarquistas ingresan al Gobierno de Largo Caballero.

6 DE NOVIEMBRE: El Gobierno republicano abandona Madrid para instalarse en Valencia.

7 DE NOVIEMBRE: La Junta de Defensa de Madrid al mando de Miaja toma medidas radicales. Los fascistas llegan a Ciudad Universitaria y Casa de Campo, donde se producen duros combates. Desempeño heroico de las Brigadas Internacionales.

DICIEMBRE: Se estabiliza el triunfo republicano en la zona de Madrid

1937

7 DE FEBRERO: Toma de Málaga por los nacionalistas.

FEBRERO: Batalla del Jarama.

MARZO: Batalla de Guadalajara: resonante triunfo republicano, desastre de las tropas italianas. Mola lanza una ofensiva profunda en el Norte.

ABRIL: «Camisas Viejas» de Falange Española, en desacuerdo con el decreto de Partido Único que los agrupa e iguala con los requetés, dan un fallido golpe de Estado contra Franco.

2 AL 7 DE MAYO: Jornadas de Mayo. Trabajadores de Barcelona, encabezados por la CNT y el POUM, toman la ciudad en contra del aplazamiento de la Revolución; el Gobierno republicano logra controlar la situación.

15 DE MAYO: Renuncia de Largo Caballero por oponerse a la línea del PCE. Los ministros anarquistas también renuncian en apoyo.

17 DE MAYO: Formación del gobierno de Negrín. Represión e ilegalización del POUM. Represión a los anarquistas.

19 DE JUNIO: Los nacionalistas toman Bilbao tras once semanas de combates.

6-26 DE JULIO: Batalla de Brunete.

AGOSTO: Acciones de piratería de Italia contra la República en el mar Mediterráneo.

24 DE AGOSTO-6 DE SEPTIEMBRE: Batalla de Belchite.

26 DE AGOSTO: Los nacionalistas toman Santander.

20 DE OCTUBRE: Los nacionalistas toman Gijón.

31 DE OCTUBRE: El Gobierno republicano se traslada de Valencia a Barcelona.

15 DE DICIEMBRE: Comienzo de la Batalla de Teruel.

1938

22 DE FEBRERO: Fin de la Batalla de Teruel.

MARZO: Ofensiva nacionalista contra Aragón.

15 DE ABRIL: Las tropas nacionalistas llegan al Mediterráneo. El territorio republicano queda dividido en dos.

JUNIO: Ofensiva nacionalista en Levante.

25 DE JULIO: Tropas del ejército republicano cruzan el río Ebro en su última y más grande ofensiva.

1º DE NOVIEMBRE: Despedida de las Brigadas Internacionales, por requerimientos del Comité de No Intervención.

15 DE NOVIEMBRE: Finaliza la Batalla del Ebro con la derrota del ejército republicano.

23 DE DICIEMBRE: Comienza la ofensiva nacionalista contra Cataluña.

1939

26 DE ENERO: Entrada de los nacionalistas a Barcelona.

FEBRERO: Francia organiza campos de concentración para los miles de refugiados republicanos que cruzan los Pirineos. Francia e Inglaterra reconocen al Gobierno de Franco como legal.

5-6 DE MARZO: Una Junta encabezada por el coronel Casado toma el poder en Madrid para negociar la rendición. La resistencia comunista es derrotada.

28 DE MARZO: Casado firma la rendición incondicional y entrega el ejército del Centro a los franquistas. Entrada de Franco a Madrid.

1º DE ABRIL: Comunicado de Franco que anuncia el fin de la Guerra.

Bibliografía

- ABAD DE SANTILLÁN, DIEGO: *Por qué perdimos la guerra: una contribución a la historia de la tragedia española*. Plaza & Janés, Barcelona, 1977.
- ACERETE, JULIO: *Durruti*. Bruguera, Barcelona, 1975.
- AMILIBIA, MIGUEL DE: *La Guerra Civil Española*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- ANA, MARCOS; LUISA QUESADA Y JESÚS LÓPEZ PACHECO: *España a tres voces*. Ediciones Horizonte, Argentina, 1963.
- ARTOLA, CARLOS: «*Reseña de España traicionada*», edición digital de la Fundación Andreu Nin, enero 2003 (www.fundanin.org/artola3.htm)
- BROUÉ, PIERRE Y EMILE TÉMIME: *La Revolución y la Guerra de España*. Fondo de Cultura Económica, Argentina, 1962.
- CARPENTIER, ALEJO: *Crónicas de España (1925–1937)*, Letras Cubanas, La Habana, 2004.
- CIMAZO, JACINTO: *La revolución libertaria española (1936–1939)*. Editorial Reconstruir, Argentina, 1994.
- ETCHEBÉHÈRE, MIKA: *Mi guerra de España*. Plaza & Janés Editores, Barcelona, 1987.
- GARRIDO, MARIANO: *Poesía como un arma: 25 poetas con la España revolucionaria durante la Guerra Civil*, Ocean Sur, 2008.

GRAMSCI, ANTONIO: *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2003.

HAIMOVICH, PERLA: *Historia del Movimiento Obrero, fascículos 55 y 57 («Las movilizaciones obreras en España (1914–1936)» y «La Revolución española»)*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1973.

HERNÁNDEZ, MIGUEL: *Viento del pueblo*, 1937.

REVERTE, JORGE M.: *La batalla del Ebro*. Crítica, Barcelona, 2004.

LONDON, ARTUR: *Se levantaron antes del alba: memorias de un combatiente checo de las Brigadas Internacionales en la guerra de España*. Reverte, España.

MOLINERO, CARMÉ; SALA, MARGARIDA Y SOBREQÜÉS, JAUME (EDS.): *Una inmensa prisión*. Crítica, Barcelona, 2003.

RODRIGO, JAVIER: «Referencias», *Los campos de concentración franquistas* (página web del autor: www.riomon.com)

TAMAMES, RAMÓN: *La República. La era de Franco*. Alianza Editorial, Madrid, 1988.

THOMAS, HUGH: *La Guerra Civil Española*. Grijalbo Editorial, Barcelona, 1985.

TORRIENTE BRAU, PABLO DE LA: *Cartas y Crónicas de España*. Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 1999.

TROTSKY, LEÓN: *España revolucionaria. Escritos 1930–1940*. Editorial Antídoto, Buenos Aires, 2003.

TUÑÓN DE LARA, MANUEL: *Tres claves de la Segunda República*. Alianza Editorial, Madrid, 1985.

www.fundanin.org

www.nodo50.org/foroporlamemoria

www.nodo50.org/republica

ocean sur

una nueva editorial latinoamericana



Ocean Sur, casa editorial hermana de Ocean Press, es una nueva, extraordinaria e independiente aventura editorial latinoamericana. Ocean Sur ofrece a sus lectores, en español y portugués, las voces del pensamiento revolucionario del pasado, presente y futuro de América Latina: desde Bolívar y Martí, a Haydée Santamaría, Che Guevara, Roque Dalton, Fidel Castro, Hugo Chávez y muchos otros más. Inspirada en la diversidad, la fuerza revolucionaria y las luchas sociales en América Latina, Ocean Sur desarrolla múltiples e importantes líneas editoriales que reflejan las voces de los protagonistas del renacer de Nuestra América.

Editamos los antecedentes y el debate político actual, lo mejor del pensamiento de la izquierda y de los movimientos sociales, las voces indígenas y de las mujeres del continente, teoría revolucionaria, política y filosófica de la vanguardia de la intelectualidad latinoamericana, así como los aportes fundamentales de artistas, poetas y activistas revolucionarios. Ocean Sur es un lugar de encuentro.

www.oceansur.com ■ info@oceansur.com

Guerra y Revolución en España

La Guerra Civil Española, pelea entre la república y el franquismo, fue una batalla decisiva que significó el último aliento en Europa del impulso de la Revolución rusa de 1917 y el preludio a la escalada del fascismo y la Segunda Guerra Mundial.

Este breve escrito, narrado por una joven latinoamericana, rescata las aspiraciones sociales radicales de los pueblos de España y su brutal represión en manos del franquismo. Muestra también los vínculos de la solidaridad internacional que se desarrollaron durante ese período.

US\$12.95

ISBN 978-1-921235-80-1



5 1 2 9 5



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au